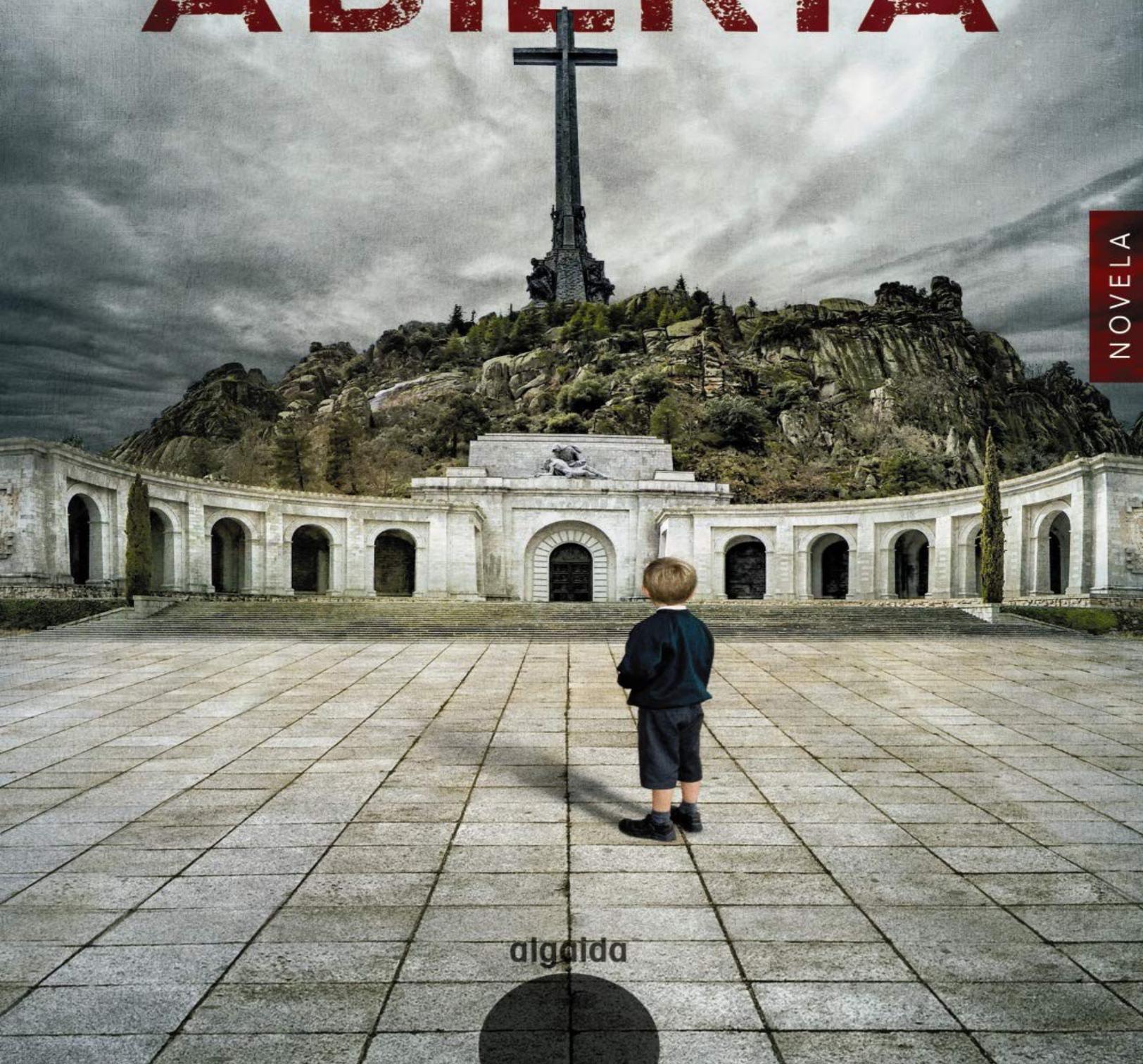


ALFONSO DOMINGO

A TUMBA ABIERTA



NOVELA

algaida

ALFONSO DOMINGO

A tumba abierta

Algaida Editores

©2018, Domingo, Alfonso

©2018, Algaida Editores

ISBN: 9788491890669

Generado con: QualityEbook v0.87

ALFONSO DOMINGO

A TUMBA
ABIERTA

algaida

Para mi madre, Antonia Álvaro

PRELUDIO FINAL

LA PALANCA, con varios golpes secos, se introdujo en la abertura. A pesar de la carpa levantada en el crucero, los ruidos sonaron como si fueran cañonazos, o, al menos, así lo sintió él, con el corazón acelerado y a punto de salirse del pecho. En el extremo de la palanca, en su largo mango articulado, hicieron fuerza cuatro personas hasta que se abrió un pequeño hueco. Ahí colocaron la pieza metálica, ajustándola al grosor de la losa, veinte centímetros, y ésta se enganchó con mosquetones al cabrestante de la polea industrial que se había colocado bajo un largo trípode. Una vez fijada con los tensores, cuando arrancara el motor eléctrico, la polea debía hacer su trabajo y liberar la losa del cemento de sus juntas. Se tensó el cable, al igual que la mirada de todos los miembros del equipo, enfundados en aquellos trajes aislantes. Era, sin duda, el momento más importante de su vida. Aguardó unos segundos para tomar aire y comprobar que todo estaba preparado, los hombres en sus puestos, listos los rodillos metálicos sobre los que se haría deslizar aquella pieza de granito de tonelada y media.

Maggie atendía al vigilante con la mascarilla y el anestésico, y miraba hacia el fondo de la cripta. Nadie a la vista, ningún peligro. A pesar de que lo que estaban haciendo constituía un hecho notable y extraordinario, jamás podría pregonarlo a los cuatro vientos. Cuanto más tiempo permaneciera en secreto, mejor. No se llevaría la gloria por aquella operación, y podría, de saberse en algún momento próximo, acarrearle más problemas y amenazas de las que había tenido a lo largo de su existencia.

Todo lo sopesó en esos segundos: las consecuencias jurídicas y personales, todo lo que significaba mover aquella losa y abrir la tumba. Pero había llegado muy lejos, y ahora no iba a echarse atrás. Asumía la responsabilidad de sus actos, como siempre había hecho. Sobre el delito que iba a cometer, ponía por encima algo que consideraba un bien mayor: la necesidad de justicia. Hábil en la dialéctica, superaba así esa contradicción, esa aparente paradoja. El final de esa argumentación se concretaba en esos segundos, en los que todo, salvo sus pensamientos que iban a una asombrosa velocidad, parecía suspendido. Las otras reflexiones, que como una ráfaga le llegaron entonces, fueron los acontecimientos ocurridos en su vida en los pasados meses, desencadenados a raíz de la muerte de su madre adoptiva. No estaría allí, con todas aquellas personas, a punto de realizar aquella acción, si no hubiera sido por ese maremoto que había arrasado su vida anterior y sus recuerdos. Echó la vista atrás, al torbellino en el que se había convertido su existencia, lleno de imágenes y encuentros de los últimos tiempos. «Vaya aventura», se dijo, él que siempre se había vanagloriado de tener una vida metódica y reglada, demasiado aburrida, según su exmujer.

Devolvió la mirada del equipo, que aguardaba su orden, y por fin pronunció las palabras que todos esperaban:

—¡Adelante, acabemos esto de una puta vez!

Iba a decir «¡Hagamos justicia!», pero, pensando que aquel era un grupo de delincuentes, no tenía mucho sentido.

—¡Mirá vos, el gallego siempre tan tierno! —dijo, divertido, Rodrigo por el intercomunicador

—. ¡Esta sí es buena!

El argentino pulsó el interruptor, el motor eléctrico comenzó a funcionar y la polea tensó el cabrestante, que elevó la losa por el lado de los pies, con un sonido metálico. Hubo un momento de suspense, pues, a pesar de las pruebas que habían realizado, todavía no conocían la respuesta de aquel mecanismo. La polea que habían instalado se suponía que podía levantar dos toneladas.

No sabían la resistencia que podría ofrecer la piedra con el borde de cemento que la sellaba el suelo.

Sonó un grito de alegría por los intercomunicadores, apenas contenido, cuando la losa se elevó unos veinticinco centímetros, lo suficiente para permitir que el primer rodillo de acero se deslizase bajo su superficie. La exhumación de Franco había comenzado. Otros lo llamarían robo, profanación u otra clase de exabruptos.

Alfredo, en aquel instante, sólo tenía pensamientos para una gran desconocida: su auténtica madre. Y volvió a aquella noche en la que comenzó todo, en la que su vida cambió de una forma total y para siempre.

I LA MUERTE LO PRECIPITA TODO

El médico, al salir de la habitación, le había dicho que ya estaba en la agonía, que era cuestión de horas.

—¡Pero si yo la he visto de repente con una energía...! Parecía que también iba a salir de esta...

—No te engañes. Es lo que se llama la mejoría de la muerte. El cuerpo hace un esfuerzo supremo antes de abandonar. Aprovéchalo para despedirte de ella. Seguramente, entrará en coma y ya no volverá.

Andrés Medina, el médico, tenía cara de cansado. Era un amigo de la familia, el hijo de un viejo camarada al que su padre había ayudado en una época de su vida, y estaba allí por amistad, ya que no pasaba consulta a domicilio. De hecho, había anulado algunas citas aquella semana. No era muy mayor, pero tenía una figura de autoridad y porte antiguo, de señor de orden. «Sólo le falta la leontina en el chaleco», pensó Alfredo, a la vez que se preguntaba por qué se aferraba a imágenes y frases absurdas en aquellos momentos.

—Me voy a la consulta. Llámame allí en cuanto suceda. Parece que no sufre, aunque tampoco iría a decírmelo, conociéndola como la conozco. Le he puesto una inyección de morfina, ayuda en estos momentos. Al menos, que pueda despedirse sin dolor. Dejo a Esperanza, la auxiliar, para que te ayude en cualquier cosa. Tiene inyecciones de morfina por si todo se alarga y tu madre sufre.

Tenía que prepararse, pues, para el pronto desenlace. Cuando entró en el cuarto, donde el sacerdote y dos mujeres vestidas de oscuro, tras la visita del médico, entonaban las letanías propias de las postrimerías, ella le hizo una seña para que se acercara. Él se inclinó hacia aquel rostro cerúleo, donde ya la muerte avanzaba incontenible, a pesar de ese extraño brillo en la mirada.

—Hazles salir, hijo. Tengo que hablarte —susurró con un hilillo de voz.

Alfredo se lo dijo a don Damián al oído y este, a su vez, se lo comunicó, más con gestos y señas que con palabras, a las dos feligresas que le asistían en ese momento, en ese rito que, sin duda, adivinaban más pronto que tarde para sí mismas. Alfredo le dijo también a la auxiliar que saliera.

Cerró la puerta y acudió al lecho donde la moribunda le miraba con ojos ya idos.

—Tienes que perdonarme, Alfredo.

—Pero, ¿por qué, madre? ¿Qué tengo que perdonarle?

Las lágrimas asomaban a sus ojos. Tal vez su madre, cristiana y piadosa como era, quisiera despedirse de él de aquella manera, dejando su alma limpia para el tránsito.

—Escúchame bien, hijo, porque no podré repetirlo. No eres hijo mío.

Sin duda, había llegado el delirio. El médico, don Andrés, no le había dicho nada en ese sentido, y, es más, siempre se había maravillado de la buena cabeza que hasta el final tenía su madre.

—Quiero decir, soy tu madre, siempre lo he sido y así quiero que me recuerdes, pero no naciste de mi vientre.

—¿Qué dice, madre?

—En la caja fuerte del despacho de tu padre hay un sobre. Allí está tu historia, de quién eres

hijo. Perdóname. He querido decírtelo muchas veces a lo largo de todos estos años, pero nunca fui capaz.

El temblor que había comenzado a subirle por toda la columna vertebral le anunciaba que aquella revelación no era ningún delirio. Le llegaron imágenes de su madre, momentos en los que ella, con el semblante demudado y un gesto extraño, se había dirigido a él. Nunca había superado aquella turbación, y él acababa achacando esos instantes a la tristeza que le producía el recuerdo de su padre muerto. «Eres igualito a él», le había dicho muchas veces mientras vivía, pero a raíz de acabar el luto jamás le había vuelto a recordar sus semejanzas, ni físicas ni de carácter.

—Pero qué dice, madre, no es momento para bromas.

—No te parí, aunque te haya dado en la vida todo el amor que te puede dar una madre. Nunca pude tener hijos. Tú fuiste mi luz y mi consuelo... Me cuesta hablar... En la caja fuerte, mira en la caja...

—Pero, madre, allí no hay nada, ya la abrí cuando la muerte de papá...

Sin darse cuenta, la última palabra le había salido temblorosa, influido sin duda por aquella insólita revelación. Su madre no parecía percatarse de ello. Tenía una misión en ese momento. Morir sin sentimiento de culpa.

—Yo puse los papeles allí después de la muerte de tu padre. Allí están... Quién fue tu verdadera madre, tu familia. Cómo me cuesta hablar, me pesa la lengua como si fuera de hierro... No sé qué habrá sido de ellos. En todos estos años me he acordado tantas veces de esa gente... No me quiero ir con ese remordimiento, aunque sé que ya es tarde. Ojalá Dios me perdone...

La moribunda calló por un momento. Se ahogaba, pero rechazó el agua que le ofrecía su hijo. Miró un momento hacia lo alto, como si la vista se le escapara, aspiró una bocanada de aire con mucho esfuerzo y continuó:

—Este es mi último trabajo en esta vida, me cuesta tanto... Dios no nos bendijo con hijos. Yo no pude dárselos a tu padre, que era veinte años mayor que yo, así que no había ninguna manera de tenerlos salvo la adopción...

Su madre estaba realizando un esfuerzo supremo, con la morfina que empezaba a hacer su efecto. En cualquier otro momento momento Alfredo no la hubiera dejado continuar, pero aquel instante era absolutamente importante para los dos, un momento de profunda verdad. También él estaba sufriendo.

—Y eso en este país siempre ha sido muy difícil... Yo creí que tu verdadera madre había muerto, que tu padre había conseguido, por su posición y contactos, que nos concedieran tu adopción... Me extrañó que me dijera que podíamos inscribirte en el Registro con nuestros apellidos, pero quizá el deseo de tenerte me nubló entonces la mente.

Esta vez tuvo que hacer una pausa y aceptó un poco de agua que con un vaso y una pajita le acercó su hijo antes de seguir.

—Hasta mucho tiempo después no me enteré de que te habían arrancado de los tuyos. Fue poco antes de morir tu padre, encontré esos papeles y entonces comprendí... Pero ya era tarde. Lo había hecho para hacerme feliz. A su manera, claro... Para mí fue un buen hombre, ya sabes lo que te dije hace tiempo, me gustaría que me enterraras con él.

Hubo un descanso largo, un alto lleno de vértigo. O al menos así le pareció a él, al que todo le daba vueltas. La habitación, la imagen de su madre, la cama. Hasta qué punto nuestro cerebro nos manda señales de alarma, signos de aviso al atravesar por un momento importante de la vida.

—No me guardes rencor, hijo mío, por Dios te lo pido. Reza por mí, para que mis pecados sean perdonados... Y ahora haz pasar a don Damián.

Aunque el momento era de una tremenda agitación interna, algo en la mirada de su madre lo

tranquilizaba. Se preguntó si ella se lo había confesado también al cura o iba a hacerlo en aquellos momentos, en una última confesión.

—El padre Damián no lo sabe —respondió ella adivinando el pensamiento de su hijo—. No se lo dije nunca a nadie y tampoco ahora voy a hacerlo. Esto se queda entre Dios, tú y yo. Creo y espero que me perdonará.

Algunas palabras se quedaban en la boca, o eran pronunciadas tan bajo que se perdían. Se acercó más al rostro de su madre, casi lo tocaba con su oreja. La vibración, tan cercana, le turbaba y le inquietaba tanto como la revelación que le acababa de hacer.

—Nunca debimos intentar remediar lo que no nos dio la Naturaleza, ahora lo veo claro, pero en aquel momento pensé que hacíamos lo mejor... El padre Poveda y la monja, sor Patrocinio, nos dijeron que eras huérfano y que era lo mejor para ti, crecer en una familia decente... Que Dios les perdone también, rezo por ello.

Aunque movía los labios, de su boca dejaron de salir sonidos audibles. Era posible que estuviera empezando sus letanías. Él se quedó allí, inclinado, unos minutos más, hasta que se convenció de que no habría más palabras. Se levantó y abrió la puerta, haciendo un gesto al sacerdote, que se había puesto una estola y llevaba los óleos de la extremaunción. Vio cómo entraba en aquella cargada habitación seguido de las beatas, que rezaban el rosario o alguna jaculatoria, y se quedó un momento quieto, mirando al vacío, entornando los párpados, como si lo que acababa de vivir fuera una alucinación, un sueño extraño, un delirio del que saldría cerrando y abriendo los ojos.

Y luego, lentamente, con un cuerpo de plomo que pesaba terriblemente, salió al pasillo. Entró en el despacho de su padre, desplazó el cuadro que ocultaba la caja fuerte y marcó los números. Se los sabía de memoria: 18-07-19-36. Su padre, además de un clásico franquista, siempre había carecido de la más mínima imaginación.

Encontró el sobre. Lo abrió con torpeza, porque le temblaba el pulso. La documentación era amplia y abarcaba varios aspectos. Cada papel, cada impreso de los que estaban guardados allí, serviría para sostener cualquier causa, pensó Alfredo Salinas, que no dejaba de imaginar, al hacerlo, a su padre, el honorable juez Bernardo Salinas, el que le había inculcado el espíritu de la justicia, aunque, eso sí, con esos tintes personales de odio hacia todo lo que oliera a comunismo, a rojerío, incluso a una mentalidad liberal. Era una contradicción en la que ahora no quería entrar, aún sacudido por la fuerte impresión de aquella revelación que había hecho su madre en el lecho de muerte. ¡Su madre...!

Sí, allí estaba el certificado, extendido por la clínica, con el nombre del doctor, acompañado de otros cuantos documentos. Los había bancarios, como los resguardos de varias transferencias, que, curiosamente, coincidían con el nombre del médico y también, de la congregación de sor Patrocinio, lo cual era muy revelador. Miró la suma: dos millones y medio de pesetas del año 1968, el año de su nacimiento. Su mente rechazaba aquello. No podía creerlo. Ese era el precio que habían pagado por él, y no precisamente a la familia, sino al médico, el doctor Varela, con la intervención del padre Poveda y las monjas, que se llevaron su parte.

Pero lo que verdaderamente le hizo temblar fueron aquellas fotocopias de un libro de familia, en el que se apreciaban dos rostros, un hombre y una mujer desconocidos en cuya imagen, algo desvaída, creyó reconocer un aroma familiar. Juan Gómez Águilas y Carmen Traperó Sánchez se llamaban aquellos padres que le miraban desde la lejanía de una foto poco afortunada en la que se veía sus rostros cansados. Se fijó más en la mujer, con sus arrugas, su pelo no tratado por la peluquería y su vestido mediocre. No tenía, desde luego, nada que ver con su mundo, y sin embargo, en aquella fotocopia borrosa identificaba elementos parecidos, como los ojos, aquellas

cejas, la nariz e incluso la forma de la boca y de la cara de sus padres. En aquel libro de familia figuraba que tenían cuatro hijos varones.

Aquello no tenía sentido, razonó, intentando poner algo de cordura en aquella revelación que le había cambiado la existencia, aquel doble mazazo. Por un lado aquella mujer, que siempre había tratado como madre, se extinguía, y por otro, descubría que había sido robado de otra familia, a la que pertenecía. Ningún terremoto, ninguna catástrofe natural que le hubiera sobrevenido hubiera logrado lo que aquellas palabras y aquel sobre habían supuesto, el desastre que le había desmadejado por dentro: toda su vida era una mentira, y aquella construcción que se había hecho, aquel hogar, aquella educación, los valores que había recibido, eran simplemente falsos, y todo no era más que un cruel engaño, una patraña.

El sonido de unos nudillos en la puerta le apartó de aquella amargura que había empezado a degustar, esa sensación de que todo se disolvía, como si fuera un sueño, o peor, una pesadilla absurda que no acababa de desaparecer. Se pellizó la mano y el brazo, como si con eso fuera a conseguir despertarse, pero solo consiguió enrojecer la piel y sentirse todavía peor.

—¿Sí? —preguntó mientras guardaba en el sobre los documentos que había extendido sobre la mesa y abrió la puerta. Era el padre Damián.

—Hijo mío, en estos momentos dolorosos es cuando nuestra fe nos sirve de apoyo y consuelo. Le he administrado la extremaunción e inmediatamente después, ella ha cerrado los ojos y ha entrado en un dulce sopor. Tengo que volver a mi parroquia, pero llámeme cuando lo necesite, en cualquier momento.

«Fórmulas de compromiso, en realidad el momento es ahora», pensó Alfredo, que tenía una cara seria, de circunstancias. Veía el rostro del sacerdote y creía ver, en aquellos ojos que enseguida se desviaban para no mirar de frente, su pánico hacia la muerte. Eso no era temor de Dios, sino más bien terror mundano, razonó, y se preguntó si su sospecha no había sido producida por su peculiar estado, ese en el que había caído tras la revelación y las pruebas halladas en la caja fuerte. No había nada más patético y, al mismo tiempo, más humano que un cura apegado a la vida y que desconfiaba del más allá. Y sin embargo, no le desagradaba aquel sacerdote con la nariz roja, señal de que le gustaban el alcohol y los placeres de la cocina.

—Hágame un favor, padre Damián, dígame a las mujeres que también se vayan. Ya que es el final, me gustaría estar a solas con mi madre, acompañarla lo que le quede de vida. Cuando ocurra lo inevitable, ya le llamaré.

Sólo él se percató del imperceptible temblor que le acompañó cuando pronunció la palabra «madre». Iba a replicar don Damián argumentando la necesidad y oportunidad de las oraciones, pero el gesto del hijo le hizo desistir de su propósito. Volvió sobre sus pasos y desde el quicio de la puerta, que daba al pasillo, Alfredo vio cómo entraba en la habitación y se lo comunicaba a aquellas ancianas, alguna de las cuales era amiga de la moribunda, conocidas de la parroquia y de las organizaciones de caridad a las que se había aficionado en el declinar de la vida.

Alfredo le dijo asimismo a la enfermera auxiliar que podía irse, que descansara ya que llevaba un día sin dormir. Él la llamaría cuando fuera preciso, pero prefería pasar esos momentos solo con ella. Esperanza se despidió de él con lágrimas en los ojos, pero comprendió aquel deseo.

Acto seguido, en medio de todo, una nota surrealista. Cuando salían las viejas, una de ellas, por reflejo o ceguera, en vez de marchar hacia la salida, al salir de la estancia giró al lado contrario y abrió la puerta de un armario, donde empezó a meterse hasta que las baldas y la voz del cura la sacaron de su error. En otro momento él se hubiera reído ante aquello.

Ya en la puerta, el padre y los ancianos hicieron un gesto que él correspondió desde el principio del pasillo. Eran miradas de despedida, de pena y lástima, pero en ellas Alfredo no veía

más que a los heraldos de la muerte, una procesión de potenciales plañideras, coro fúnebre que no estaba dispuesto a soportar. De hecho, una sombra de repugnancia hacia todo lo que tuviera que ver con la Iglesia había comenzado a invadirlo. Cuando oyó el sonido de la puerta al cerrarse avanzó hasta la habitación de su madre. Se quedó de pie, mirándola en el lecho, la leve respiración aún subiendo y bajando, y tuvo que luchar con dos sensaciones contradictorias. Por un lado el amor de toda una vida, y por otro haber sido víctima de un doloroso engaño, el peor robo que nadie pudiera haber hecho jamás, que era el de su origen. Le habían quitado todo, lo primero la confianza en el ser humano, y se preguntó por qué su madre no había callado al final y había destruido aquellos papeles, ahorrándole esa horrible sensación que tenía ahora. La culpabilidad y esa absurda necesidad de los católicos de intentar ser perdonados tras una vida que podía haber sido de infamia para ser merecedores del cielo y la salvación, y no del castigo eterno, le habían jugado a él una mala pasada, la peor de las jugadas vitales. Unas convicciones tan firmes horas antes parecían desvanecerse como su pasado.

De todas maneras, se acercó a la cama y se sentó en la silla al lado de la cabecera. Siguió espionando la cara dormida, quizá en coma, de su madre, y aquellas respiraciones. Sin darse cuenta, la emoción le había puesto lágrimas en los ojos, lágrimas que rodaron por sus mejillas y que él dejó fluir, incontenibles. No sabía si lloraba por aquel ser que se moría o si, en realidad, lloraba por sí mismo. Por un momento deseó cambiar las tornas, y que fuera él el que estuviera a punto de dejar este valle de lágrimas. Algo, que no sabía muy bien cómo definir, le fue insuflando el ánimo que le faltaba.

Fue al baño a lavarse la cara, necesitaba despejar aquella nube sombría que le ocupaba la cabeza, aquel dolor que parecía taladrarle las cejas. Se echó agua y se miró al espejo. No le extrañaba encontrar una imagen desencajada de sí mismo, pero lo que vio le confundió aún más: miró aquella cara, aquellos ojos, la nariz, las orejas, las mejillas, y empezó a preguntarse de dónde venía, quién era, cuáles eran en realidad su origen y su apellido, su nombre de pila. Aquel que le miraba desde el espejo de aquella casa era un ser desconocido, cuyo rastro parecía haberse borrado, como si fuera imposible reconstruir los pasos que la naturaleza había dado hasta llegar a su cuerpo, a su cara, a su realidad tangible.

Sintió que su corazón, sus pulsaciones, se aceleraban. No solo era la presencia de la muerte, el caballo cuyos cascos sentía ya galopar dentro de la casa. Era el fin del que había sido hasta ese momento. Volvió a la habitación, con su madre. La congoja que vivía, su desconcierto vital, le hicieron permanecer de pie un buen rato. Dudaba si volver a mirar el sobre o dedicar aquel tiempo a aquel ser que se estaba despidiendo del mundo, aquel ser que le había cuidado, vestido, amado, que le había dado todo lo que podía darle una madre. Prefería no pensar en la caja de Pandora que había abierto con el anuncio que le había hecho. Ella merecía irse en paz, y aunque dentro de él esa herida abierta acusaba a su madre por no haber callado y haberle evitado aquel momento, por otra parte, su tendencia a la verdad y a la justicia hacía que, a pesar de todo, le tuviera que estar agradecido.

Se tomó dos tranquilizantes y acudió a la cabecera de la cama. Su madre dormía o ya estaba en la agonía. A veces, el cuerpo se rebelaba y sufría un espasmo, que le llegaba a la cara en un rictus de dolor. Se sentó y le dio la mano, procuró tranquilizarla con aquel contacto en aquellos últimos momentos de su vida. Todos deberíamos poder despedirnos agarrando la mano de un ser querido.

Quizá fuera el efecto de las pastillas, pero allí, en la penumbra de aquella habitación, con la mano de su madre entre las suyas, sufrió un efecto de carrusel, de ser engullido hacia el fondo de la tierra con un movimiento frenético y circular, compulsivo. Otra fuerza, que podría ser la de la muerte, tiraba de su madre hacia arriba, con un movimiento contrario, pero también circular.

Quiso cerrar los ojos y que acabara todo, que aquello pasara como un mal sueño. El sonido de los relojes del salón de su madre, aquel tic-tac multiplicado que apenas soportaba, le llegaba nítido en el silencio de la noche, como una condena, un recordatorio, un martillo machacando su conciencia, y ahogaba el susurro de aquella respiración agónica.

El cansancio le hizo dormir algunos minutos, un sueño intranquilo del que se despertaba de pronto con angustia. Sí, su madre seguía allí, al menos su cuerpo, y no podía hacer nada. Fue al salir de uno de esos sueños leves cuando se percató de que la mano estaba fría y yerta. Su madre había partido y no tuvo que cerrarle los ojos, porque no los había abierto desde la noche anterior, cuando le había contado su verdad. Quizá fuera por la vergüenza de mirarle a la cara, pensó por un momento, aunque no estaba enfadado con ella, sino que experimentaba aquel amor entrañable de siempre, fruto de toda esa vida que habían pasado juntos.

Entonces lloró desconsolado, por ella, por él, por la humanidad entera, por el pasado y el futuro, por aquel misterio de la vida al que, por primera vez, se enfrentaba como un huérfano.

2 LA LLAMADA DE LA SANGRE

«Toda mi vida se entierra con ella», dijo en el sepelio, y algunos de los asistentes estimaron esa afirmación algo exagerada, fruto del inconsolable dolor que le embargaba. Pocas palabras más pudo decir, sino agradecer de forma torpe los desvelos de su madre y toda una vida dedicada a la familia. En su cara enrojecida aún se notaba el rastro de las lágrimas que había derramado con abundancia aquella noche interminable en la que ella había muerto, cuando había llegado el alba. Sí, había amanecido un nuevo día y había que salir adelante, a la luz, ante el mundo que seguía girando, con toda su podredumbre, su ración de miserias, y, también, de sueños, de esperanzas. «Con ella murió mi consuelo», había dicho, y los presentes advirtieron su desgarró, su orfandad, a pesar de sus cincuenta años y su cara resuelta, de triunfador.

En aquellas horas que siguieron al deceso se comportó como un autómatas, compadecido por amigos, compañeros de bufete, amigos de la familia entre los que había alguna gente importante, con cargos en las altas instituciones del Estado, las finanzas, la política y el ejército. Los camaradas de su padre ya habían muerto, pero estaban presentes los hijos de aquellas familias que habían prosperado en todos los ámbitos.

Lo único bueno de aquel estado de impacto con que le había dejado el golpetazo de la muerte era que no tenía que dar explicaciones, y que podía dedicarse sin problema a todo aquello que su cerebro procesaba, incapaz aún de hacerse a la idea de que era un niño robado, de que su madre, aquel ser que había muerto, no significaba nada para él en relación a su sangre, y de que no había sido más que un instrumento para satisfacer una necesidad biológica o sentimental. A pesar de todo, la había querido, porque es imposible borrar toda una vida de un plumazo, con sus avatares y vaivenes, sus ratos malos y buenos. Recordaba en especial los años pasados con ella tras la muerte de su padre, y cómo le había ayudado cuando se separó de su mujer, incapaces de una convivencia normal. Sí, nadie podría saber qué terremotos estaba sufriendo, cómo dolía todo aquello que iba más lejos, mucho más, de aquella muerte.

Lo que le rodeaba se le antojaba estúpido, falso, con falta de sentido. La visita de Andrés Medina, el médico, el certificado de defunción, la llamada a la agencia funeraria, el tanatorio, toda aquella parafernalia de la muerte estaba para él más vacía que nunca, a pesar de que realizó los ritos necesarios para dar tierra a aquella mujer, que, a su manera, le había querido con locura. Sentía que su imagen se difuminaba por momentos. Había una parte de su mente que iba desarrollando un odio visceral, una distancia hacia ella y su mundo, un rechazo que podía aflorar en el sepelio y echarlo todo a perder y, sobre todo, hacerle olvidar los momentos de amor que, sin duda, también había tenido. Pero afortunadamente estaba el duelo, y esa cara seria, de circunstancias, en las que se adivinaba un gran sufrimiento. En eso no mentían su rostro ni su cuerpo. Lo sentía, sentía una congoja que se le agarraba a la garganta y le quebraba la voz.

Era un doloroso contraste que hubiera muerto en abril, en aquella primavera lluviosa de aquel año, 2018, que quedaría marcado para siempre en su historia personal. También llovía con fuerza cuando salían del velatorio que se había realizado en el tanatorio de la M30 de Madrid. Sin embargo, el entierro no se iba a realizar en la capital de España. Había prometido a su madre hacía tiempo que la enterraría en la misma cripta de su padre, en un pueblo del interior de Burgos, y, tras un pequeño responso y bendecido por el cura, el féretro fue introducido en un coche fúnebre que haría el viaje hasta allí, donde ya estaban avisados. Él los seguía en otro coche, conducido

por su amigo Javier. La cripta de la familia paterna estaba llena, y, ante la contingencia, tuvo que encargar obras para obtener más espacio para el cuerpo de su madre. Las obras empezarían casi de inmediato, cuando se consiguiera el permiso municipal, una vez abonada la correspondiente tasa, y de momento se procedería a enterrarla en un nicho de manera provisional.

Ya estaba el cerebro procesando cosas e ideas que luego habrían de venir, pero de momento todo aquel devenir de sucesos se sucedía de la forma más natural. Más tarde pensaría si no fue aquel hecho, que ya había sido analizado por su mente, una de las piezas que, aún informes, se iban formando alrededor de su creciente cólera, sensación mitigada de momento por el estupor de la muerte, que lo tinto todo de aires sombríos y siniestros, aunque sea una consecuencia lógica de la vida, algo consustancial a ella.

Tras el entierro en el cementerio del pueblo, que él había querido que se desarrollara en la más estricta intimidad, tan sólo con el cura y media docena de personas, volvió a su casa y se quedó solo. Rechazó con cortesía los ofrecimientos de compañía, y hasta de refugio, que le brindaron primos lejanos y algunos amigos y amigas, que le recomendaban pasar en compañía aquellos difíciles momentos. Agradeció las muestras de solidaridad, pero se mantuvo firme. Tenía que superar aquello cuánto antes y lo mejor era adaptarse rápidamente a la nueva situación. En realidad, quería quedarse solo porque ya le asqueaba el ambiente en el que se desenvolvía aquella familia que hasta hacía pocas horas había sido la suya. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para contenerse y, en las ceremonias del tanatorio y del pueblo, para no delatar lo que le había pasado, su verdad oculta, el engaño y pantomima de su vida. Era verdaderamente doloroso cuando alguna de las amigas, o personas que vagamente conocía y que situaba en la esfera de la familia lejana de su padre, le hablaban del gran amor de su madre, de sus sentimientos cristianos, de su famosa caridad, que había ayudado a muchos pobres del barrio que iban por la parroquia.

De vuelta a casa, lo primero que hizo fue quitarse aquella chaqueta negra, aquella corbata, y volver a la caja fuerte, de donde sacó de nuevo el sobre. Había decidido conocer todo lo posible de aquella familia, la suya, la verdadera. Los Gómez Trapero reseñados en el libro de familia de aquel matrimonio eran seis. Sonrió. Seguramente nunca se habían referido a sí mismos de esa manera, como si fueran los miembros de un afamado linaje. No, seguramente serían gentes normales, hasta zafias, que arrastraban en sus huesos una miseria de siglos. A pesar de ello, y de pertenecer a un medio en el que no se sentía cómodo, estaba decidido a conocerlos, a saber dónde estaban, quiénes eran, qué hacían, cómo era su vida. Quería saber, sobre todo, si vivía su madre, la auténtica madre que había tenido la desgracia de ir a parir a una clínica donde, sin duda, le habían dicho que su hijo, recién nacido, había muerto para dárselo a aquella otra madre que no había podido tener descendencia. «¡Maldito instinto!» pensó, intentando buscar una eximente en los motivos de sus padres, una causa que mitigara el delito que habían cometido. No, no se podía engañar, no había sido por amor a él, ni por darle una educación, un futuro mejor, o, al menos, no sólo por eso. Lo habían hecho por egoísmo: la madre por vivir aquella experiencia de la maternidad, aunque no fuera con una criatura nacida de su propio vientre; su padre, seguramente, por hacerla feliz a ella, sabiendo que trasgredía aquellos principios que había jurado defender. Su madre tampoco había sido del todo sincera. Tuvo que participar en la comedia, pues recordaba fotos del álbum familiar donde se la veía, aún joven y feliz, con un embarazo.

Se imaginó a su madre fingiendo ese embarazo que no había tenido, colocándose almohadas en la tripa para engañar a las visitas, haciendo cosas ridículas como demostrar antojos ante los demás, vomitando a veces para que la vieran las criadas. Sí, aquello habría sido ridículo y seguramente habría tenido la complicidad final de un médico. No podía haber sido el doctor Medina, porque aunque había conocido a sus padres, había sido posteriormente, cuando él tenía ya

unos años.

Habría dado lo mismo que hubiera sido otro niño, u otra familia. La familia Gómez Trapero había sido la elegida por haber estado indefensa. Le urgía localizarlos, y se puso a estudiar con detenimiento la documentación. En aquella fotocopia del libro de familia venía una dirección de un barrio alejado del centro. La anotó y fue hacia el trastero de su casa. Ahí guardaba su madre cosas ya inútiles, como antiguas guías de teléfono, entre ellas una donde venían los teléfonos de cada calle de Madrid, ordenada por números. Él había intentado varias veces deshacerse de aquellas guías, como de otros objetos inútiles que poseía, pero su madre no le había dejado. Había argumentado razones peregrinas, y mira por dónde, pensó, ahora aquella tozudez puede que le deparara la primera de las respuestas de su búsqueda. Localizada la guía con páginas azules, fue al despacho y la abrió sobre la mesa. Como un poseso, buscó la calle, el número, y recorrió con su dedo todos los inquilinos. Lo hizo hasta tres veces para cerciorarse de que allí no había ninguna familia con esos nombres. Ni siquiera ningún Gómez, por raro que pareciera. Bueno, aquello no quería decir nada. Puede que en aquella época de la guía, los años 90, no tuvieran teléfono, o, lo más probable, que ya no vivieran allí. Había que investigar por otras vías, una familia no podía haber desaparecido así como así. Cogió su coche y acudió al número de la calle que venía en el libro de familia, en el barrio de Ciudad Lineal. Llamó a varios pisos, preguntando por los Gómez Trapero, hasta que una viejecita le comentó que hacía años se habían ido de allí, cuando murió el padre, y que la madre se había mudado con uno de los hijos, por el parque de la Concepción, pero que también había muerto hacía unos cuantos años.

No dieron resultado sus investigaciones ni en el registro civil ni en los cementerios, pues, como muy bien sabía por los artículos 29 y 30 del Código Civil, el nacimiento determinaba la personalidad, que se adquiría en el momento del nacimiento con vida, una vez producido el entero desprendimiento del seno materno. Por lo tanto, el nasciturus no era sujeto de derechos y obligaciones, carecía de personalidad jurídica, aunque fuera un valor constitucionalmente protegido. Pero ni en el historial clínico, ni en la restante documentación hospitalaria, ni en el Registro Civil figuraría nunca el nombre, su nombre, el que iba a darle su verdadera madre. Hasta eso le habían hurtado. Intentó localizar en el Registro Civil el fallecimiento de sus padres, por ver también si existían descendientes y domicilio familiar, pero al no tener fecha de la muerte no obtuvo ningún resultado. La cosa no se ponía fácil.

Había anulado todas las citas que tenía en su bufete, y las derivó al resto de los abogados que trabajaban para él. Afortunadamente, era bastante metódico y en su despacho todo estaba correctamente archivado. Se había dado un tiempo, aunque en su fuero interno ya consideraba la posibilidad de no retomar su actividad. El tiempo que no estaba investigando en la calle, en los registros o los cementerios, lo ocupaba haciendo exhaustivas búsquedas por Internet. Supo así que existían, a nivel nacional y autonómico, varias asociaciones de afectados por aquel robo masivo de bebés, que había tenido lugar en, al menos, treinta provincias españolas, entre los años 40 y 80 del siglo XX. Las cifras diferían, pero la más pequeña de ellas ya constituía un verdadero escándalo: nada menos que treinta mil bebés robados a sus madres, comprados y vendidos.

En medio de aquel tsunami que había cambiado por completo su vida, se preguntaba a menudo por el destino. Por qué, de pronto, viene un hecho que lo trastoca todo y lo construido deja de tener sentido, al igual que las esperanzas, el futuro e incluso la visión de las cosas y la realidad. Era como haber tenido un accidente y quedar tetrapléjico emocional. Así se sentía él, con sus cincuenta años, como un zombi, un muerto viviente. Lo tenía todo en la vida, aunque hubiera fracasado en su matrimonio, quince años antes. Afortunadamente, no había tenido hijos con su mujer. Católico practicante como era, no quiso siquiera recurrir al divorcio y se había separado

de ella cuando la convivencia se había hecho imposible. Después de aquella unión fallida había tenido alguna aventura, pero se había centrado en el trabajo, en consolidar su bufete, por una parte, y, por otra, en ampliar la pequeña fortuna que le había dejado su progenitor. Ese capital en realidad le había llegado a su padre por el matrimonio, ya que su mujer era hija única y había heredado todos los bienes de una acaudalada familia de ricos campesinos castellanos. Su padre había invertido en pisos y locales en Madrid, y, ya retirado de la carrera judicial, en varios negocios, según decía, para dejarle un buen patrimonio con el que pudiera empezar. Ahora que el maremoto había llegado y lo había sacudido todo, se preguntó, asimismo, por el origen de la fortuna familiar. Él, que además de doctor en Derecho era economista, sabía que el dinero no tiene paternidad, ni, desde luego, ética.

Fue algo que no pudo evitar. Sacó el álbum, las fotos de su padre y su madre, su historia familiar en imágenes hasta aquellos momentos. Vio a su padre en algunas fotos de infancia y juventud, luego en la guerra, donde sirvió, por supuesto, con los nacionales, con los que había conspirado contra la Segunda República. Vio sus fotografías en blanco y negro con uniforme falangista, y aquellas con aquel uniforme blanco del movimiento nacional; sus destinos en la judicatura de un país que había salido de una guerra asoladora que había dejado todo como un erial. Se preguntó si había mandado gente a la muerte, aunque eso era cosa de los consejos de guerra. Si no recordaba mal, su padre también había formado parte de esos consejos, ya que tenía la experiencia jurídica de un licenciado en Derecho, aunque, por la contienda, no hubiera acabado la carrera hasta 1940.

Sí, su padre seguramente había formado parte de aquello, y lo que hasta hacía dos días era un motivo de orgullo para él, su hijo, que había heredado sus valores, era ahora algo oscuro y seguramente sucio, repugnante. Tenía la sensación de haberse despertado de un sueño pesado, de vivir una pesadilla consciente, pues todo su cerebro y su cabeza habían sufrido un verdadero *shock* traumático. Y luego había visto la foto de la boda de sus padres, en 1963, él ya con cuarenta y cinco años, ella con veinte menos. Desde entonces debieron de intentar, durante años, tener un hijo. Lo consiguieron cinco años después, en 1968, según se apreciaba en las fotos del bautizo. Había una fechada. No supo en realidad por qué, qué oscuro impulso le obligó a ello, pero le dio la vuelta a aquella foto. En ella, con letra menuda, su padre había escrito bajo una fecha de 1968 algunas líneas:

«Tras perder a un niño en un aborto espontáneo, llegó Alfredo para alegría de esta casa y de sus padres».

Parte del enigma quedaba desvelado y el significado de aquellas fotos que él había interpretado como un disimulo de cara a la galería, aunque no les eximían de nada. Su madre había abortado y seguramente había perdido la posibilidad de tener hijos, por lo que su padre había buscado rápidamente la solución. Tenía dinero y contactos, y consiguió un reemplazo para su mujer. El doctor y la monja de aquella clínica buscaron una familia en aquellos días, y la elegida, la víctima, había sido la familia Gómez Trapero. Cómo tenía la fotocopia del libro de familia, por qué la había conservado, eran elementos misteriosos en aquel rompecabezas. De todas maneras, pensó, si su padre quería que su rastro se perdiera no la hubiera dejado en aquel sobre. Aquello quería decir algo. Seguramente afloraron sus escrúpulos en el último momento.

Y a seguir ese rastro se dedicó en los siguientes días y semanas.

3 BUSCANDO A LA FAMILIA

De entre todos los casos que había investigado y rastreado por Internet, había subrayado el de Enrique Vila Torres, un abogado de Valencia que, según se definía en las entrevistas que le habían hecho los medios, era especialista en filiación y restaurador de identidades truncadas. Quizá el hecho de haber sido un niño adoptado de forma ilegal, sumado al de ser abogado y con una edad similar a la suya, le impulsó a localizarle y llamarle. Le encontró en su bufete. Se presentó como un colega al que se le había presentado un posible caso de bebé robado y le preguntó por la especialidad nueva del Derecho en la que había sido pionero.

—A los veintitrés años me enteré. Murió mi padre en el hospital por un cáncer de pulmón, en 1988 y arreglando sus papeles en casa me topé con una carpeta que rezaba: «Auto de adopción». Ahí empezó todo.

—Debió de ser una auténtica sorpresa —dijo Alfredo pensando en su propio caso.

—Imagínese, de madrugada, en el silencio de la casa. Entonces empezaron a llegar imágenes infantiles que tenía olvidadas.

—¿Como cuáles? —Pensó Alfredo que, en realidad, aquello parecía un interrogatorio que se hacía a sí mismo.

—Con ocho años lloraba porque mis primitos me decían que era adoptado, y los mayores les hacían callar. Mi mente intentó olvidar ese recuerdo y lo aisló.

Alfredo, afortunadamente, no tuvo que soportar aquello. Sus padres eran hijos únicos y quizá, preparando su «llegada», se cambiaron de piso, del barrio de Salamanca al de Argüelles. Habían comentado que había sido un embarazo muy peligroso y complicado, que su madre había estado muy delicada, y que, a consecuencia del parto, no había podido tener más hijos. Ahora él sabía la verdad. De aquellas evocaciones le sacó otra vez la voz de Enrique Vila:

—Me miré en un espejo y me pregunté «¿Quién soy?». Desperté a mi madre en medio de la noche, se asustó y, entre lágrimas y con mucha vergüenza, me confirmó que me habían adoptado.

Él sintió un escalofrío. También se había mirado al espejo aquella noche en la que había sabido la verdad.

—Pero, dígame, ¿aquello cambió su relación con su madre? Mi cliente dice que ahora mismo está en una relación ambivalente, una mezcla de amor y odio, y que cada vez pesa más el odio, lo que me preocupa.

—Es normal. Yo le reproché que no me hubiesen contado la verdad, pero seguí queriéndola hasta que murió diez años después; pero cada caso es distinto y cada persona siente de modo diferente las injusticias que han hecho en su propia carne. Dígame, ¿su cliente sabe los detalles de esa adopción ilegal?

—Bueno, por lo que he podido comprobar, éste es un caso atípico. Parece que sabe incluso los nombres de la familia de la que fue robado. Se lo dijo su madre en su lecho de muerte.

—¡Qué interesante! Eso es muy raro. Normalmente su rastro se pierde entre las monjas y los médicos. Pues ahí tiene usted por dónde tirar. En el registro le podrán decir e incluso certificar, qué pasó con sus padres, si viven, si tienen descendencia. Con esos datos debe de ser más fácil. Entiéndame, nunca lo es, pero al menos tiene usted por donde seguir el hilo.

—Lo que me asombra es que el caso de mi cliente, es decir, el robo de un bebé, fuera algo que estuviera tan extendido hace unos años y sobre lo que apenas se ha hecho nada.

—Sí, parece mentira. Conocemos miles de casos desde los años 40 hasta incluso los 90. La ley antes impedía desvelar la identidad de la madre biológica, pero desde 1996 la ley protege al hijo que quiere saber. Y en España, le puedo asegurar, hay muchos adoptados. Unos dos millones, sin contar las adopciones en el extranjero. Yo calculo que unos trescientos mil españoles no saben que son adoptados, robados o sustraídos. ¡Cuánta gente ha muerto y morirá tras una vida de engaño y mentira, sin saber quiénes eran sus padres!

—Bueno, supongo que con muchos de los padres regiría la máxima de ojos que no ven, corazón que no siente.

—Todos somos seres humanos, tenemos derecho a conocer nuestras raíces: vulnerarlo es delinquir. Han robado al niño de sus padres, y, además, le han quitado también su libertad de contactar con sus padres biológicos. Es peor que amenazarte con un arma para que no te muevas: en ese caso sabes a lo que te expones y en un momento dado puedes decidir revolvete. Han salido ya tantos casos a la luz... Los padres adoptantes pagaban unos dos millones de pesetas, el equivalente al valor de un piso de la época.

«Los míos pagaron algo más», estuvo a punto de decir, pero se mordió la lengua. Seguramente, pensó con humor negro, los pisos en Madrid estaban más caros que en Valencia.

—Mi cliente no pensó nunca que había sido adoptado. Ni siquiera se le pasó nunca por la cabeza. Seguramente tendría indicios, pero los encapsularía, tal y como usted me dice que le pasó.

—Habría que hacerse la prueba de ADN si coinciden los cuatro indicios. El primero, ser hijo único. El segundo, los padres, o al menos uno de ellos, son algo mayores de lo habitual. El tercero es que no hay fotos del embarazo de la madre. Y el último, el físico, el adoptado es distinto a ellos. Lo genético tiene un poder tremendo.

—Vaya, alguno de esos indicios sí coinciden, le preguntaré por los demás. Y las causas para quitarles el bebé a las madres biológicas, ¿eran parecidas siempre? Porque mucha gente y medios de comunicación han empezado a acusar al franquismo, y yo creo que esto es más bien un problema de personas desalmadas que comerciaban con seres humanos, aunque fueran médicos o religiosas. De hecho, el delito continuó hasta los 90, según dice, es decir, ya con la democracia...

—Bueno, eso fue evolucionando. No sé si se acuerda usted de Vallejo Nájera y el gen rojo, todo viene en principio de ahí; primero eran secuestros ideológicos, se quitaban a los niños para que no desarrollaran el gen marxista. Pero luego el tema se fue volviendo económico, en muchos lugares de España había toda una red. Y pasaba de todo, con la complicidad de médicos y monjas. Ocultar un embarazo vergonzoso, o por abusos de familiares, o por violaciones, o por un desliz, en fin...

Ya tenía bastante. Siguió hablando un rato más con Enrique Vila de su «cliente» y, por último, le agradeció la amabilidad y los consejos que le había dado para llevar el caso y acusar a los responsables. Y, sobre todo, para intentar que pudiera conocer a sus verdaderos padres. Después de colgar, tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para calmarse. La ira le subía en oleadas y eso ponía a prueba su proverbial sangre fría, que había demostrado en muchos juicios y procesos, al sacar un último conejo de la chistera cuando todo parecía perdido. Debía aguardar el momento preciso y utilizar sabiamente las cartas, guardándose los naipes ganadores. Como en el póker.

No fue, desde luego, fácil, y pasaron semanas de gestiones, llamadas y visitas. Gracias a las direcciones, teléfonos y correos de las asociaciones que le había dado Enrique, pudo conseguir localizar a la familia. Afortunadamente, pensaba Alfredo, había sido por teléfono, porque si hubiera sido en persona hubieran percibido sus nervios, que le hacían temblar las manos y que, por suerte, afectaba menos a su voz. La práctica de la abogacía y el desarrollo de los juicios le habían dado experiencia en el control de sus cuerdas vocales, así como en sus mecanismos de

disimulo. Sin embargo, esas técnicas estuvieron a punto de no servirle de nada cuando llamó al teléfono que le habían dado y al otro lado del hilo surgió una voz, la de Santiago, uno de sus verdaderos hermanos.

—Sí, dígame.

—Hola, me llamo Alfredo Salinas. En la asociación bebés robados me dieron su número. Tengo un cliente que fue robado y parece que su madre coincidió con la de usted en la clínica de san Ramón, en 1968, y sería de gran ayuda para nosotros si pudiéramos hablar con su familia.

—Mi madre ya murió. No pudo encontrar a mi hermano y tampoco lo hemos logrado nosotros. No sé de qué manera podríamos ayudarlo.

Hubo un silencio. Aunque había logrado dominarse hasta ese momento, sintió que iba a fallarle la voz y decidió callarse. Fueron unos segundos. La situación era tan rara que Santiago tuvo que volver a hablar.

—¿Sí? ¿Me escucha? ¿Está usted ahí?

Esas frases le hicieron reaccionar. No podía fallar ahora, cuando había llegado hasta allí.

—Sí, sí, ¿no me oye? ¡Esta cobertura! ¿Me oye ahora? Bien, yo sí le oigo. Le decía que quizá alguno de los miembros de su familia habló con su madre y podría contarme cosas, detalles. Nunca se sabe. Si a usted no le molesta, le quitaré poco tiempo.

—Lo consultaré con mis hermanos, a ver si ellos pueden esta semana. Yo ando un poco pillado.

Estaba sentada en la terraza del bar en el que habían quedado, en una esquina del parque del barrio de la Concepción. Era una mujer morena, con una melena corta a lo *garçon*. Llegó a su altura y le preguntó:

—¿Dolores Gómez Trapero? Soy Alfredo Salinas, el abogado que llamó por teléfono.

—Sí, soy yo —dijo levantándose y estrechándole la mano—. Mi hermano Santiago me ha dicho que quería usted vernos, pero tanto él como mis otros hermanos no pudieron venir, tienen más edad y están más fastidiados. Han trabajado mucho en la vida, en trabajos duros, y eso ahora les está pasando factura.

Aquella mujer de unos cuarenta y cinco años, en cuyo rostro se reflejaba asimismo una vida dura, no podía sospechar que aquel abogado que se había presentado ante ella sufriera en su presencia una especie de escalofrío, una descarga nerviosa que le recorría por dentro y que amenazaba con materializarse en su rostro. Por fin estaba ante un miembro de su familia, la más joven. No estaba en aquel libro de familia, sino que nació luego. Se preguntó si ella reconocería en él aquellos rasgos familiares que tenían ambos, como ese remolino en el pelo, esa forma de la nariz, el arco de los ojos o ese hoyuelo en la barbilla. Pero aquello no era tan fácil. Él tenía barba, que disimulaba sus facciones, pelo más bien corto, y el color de sus ojos, marrón, era muy común. Sin embargo, él pensó que podría delatarle el nerviosismo que le embargaba.

—Sí, se trata del asunto de los bebés robados. Mi bufete no se dedica especialmente a estos temas, pero tenemos ahora un caso de un bebé robado. La madre recordó que en la clínica San Ramón, donde dio a luz y le robaron a su hijo, coincidió con una mujer que se llamaba como su madre, Carmen Trapero. Contacté con la asociación de bebés robados y me dieron su nombre y contacto.

—Sí, en efecto, mi madre estuvo solo una vez en esa clínica y siempre dijo que le habían robado a su hijo. Cuando me tuvo a mí, años después, en el 71, ya fue al hospital, y mi padre no se separó de ella.

Fue un momento duro. Alfredo quería preguntarle el nombre que le iban a poner a aquel niño, su verdadero nombre y la fecha de su nacimiento, pero no quería que le atropellara la ansiedad.

—Dice nuestra clienta que recuerda a su madre porque la familia había tenido una historia terrible —aventuró Alfredo una intuición.

—Pues sí, ¿qué quiere que le diga? Es una historia triste, que a veces hasta me cuesta contar. Mi familia fue de los vencidos en la guerra civil. Mi padre, que ya murió, antes de mi madre, vivió aquí la guerra, con diez años, y tres menos tenía mi madre, que venía de un pueblo de Toledo, aunque siempre decían que lo peor no fue el hambre que pasaron en la guerra, sino la miseria de después. Mis tíos, los hermanos de mi madre y de mi padre, eran guarnicioneros, otros familiares, obreros. Todos hicieron la guerra, algunos murieron, como el tío Esteban, y otros fueron hechos prisioneros. De los que acabaron en las cárceles después de la guerra, fusilaron a dos, al tío Alfredo y al tío Alberto. Uno era anarquista, de la CNT, y el otro se había afiliado al PCE. Al tío Joaquín, que no militaba en nada pero había hecho la guerra también, le tuvieron preso muchos años, e incluso con trabajos forzados, en el Valle de los Caídos. Trabajó en las canteras, con la piedra. Con ese trabajo reducía la pena, e incluso le dieron un poco de dinero al final, pero todo aquello estaba envenenado. A los diez años de salir de allí le salió aquella enfermedad de los pulmones, la silicosis, y se fue derecho para el hoyo, con un quejido que helaba el alma. Tenía los pulmones deshechos. Siempre contaba que sospechaba que a su hermano Esteban, el que había muerto en la batalla del Ebro, le habían llevado a enterrar allí. Era algo que le mortificaba. Años después nos enteramos de que así había sido. Joaquín trabajó para construir aquel horrible mausoleo adonde llevaron, contra su voluntad y la nuestra, a nuestro tío Esteban. Ahora dicen que algunas familias van a conseguir que los exhumen de allí. Pero no sé si nosotros tendremos fuerzas para reclamar a ese tío de mi madre.

Aquel valle, aquella cruz. Había visitado varias veces aquel lugar, con sus padres, y participado en alguna misa por el alma de Franco y de José Antonio Primo de Rivera. Estaba llorando casi sin saberlo, y, mientras una lágrima caía por su cara, le entró un escalofrío. Su interlocutora creyó que era por lo que le estaba contando, y en parte, desde luego, era cierto.

—¿Pero qué le pasa? ¿Se ha emocionado con la historia? Sí, nuestra familia ha sido un cúmulo de desgracias, pero no llore, hombre, que me va a emocionar a mí también; nosotros ya no lloramos cuando hablamos de estas cosas: se lo prometimos a nuestra madre, que siempre decía que teníamos que ir con la cabeza muy alta, que nuestros tíos habían luchado por lo que creían que era lo mejor. Nunca habían paseado a nadie, ni robaron a nadie; incluso en el pueblo, cuando expropiaron a los ricos, ni siquiera se aprovecharon de eso, aunque de nada les valió después, cuando perdieron la guerra: los trataron como a criminales, como a ladrones, como a escoria.

Las palabras de Dolores se le quedaron prendidas en el cerebro. Aún no sabía por qué, pero ahí se alojó aquel dato y poco a poco iría fermentando en su cabeza. La mujer, que tenía su atractivo de mujer madura, hizo una pausa, que él aprovechó para recuperarse. Ella sacó un cigarrillo de un paquete que tenía en el bolso y lo encendió, exhalando el humo con largueza. Era evidente que lo necesitaba.

—Perdone, ¿le molesta? —le preguntó.

—No, no, en absoluto. Continúe.

—El resto de los hermanos y mis padres, cada uno por su lado, fueron saliendo, trabajando en lo que podían, con aquellos salarios de mierda. No sé por qué se juntaron y se casaron. Yo quizá no lo hubiera hecho, pero eran otras épocas, y supongo que tenían derecho a creer en el amor, y a tener hijos... Ya ve, para que sus hijos vivieran con estrecheces y les robaran uno, porque de eso sí estaba segura mi madre. Intentaron moverlo, pero era imposible. Les amenazaron si acusaban sin pruebas. Mi madre siempre decía que aquello que le trajeron envuelto en vendas y tan frío que parecía que había salido de una cámara, no era su hijo. De hecho, tuvo un ataque, porque quiso

pegar a una monja y a un médico.

Sonrió ante aquel detalle de coraje. El hecho es que tenía que disimular un pequeño temblor de sus manos.

—¿Y sabe usted cómo se llamaba el niño?

—Quisieron que su nombre fuera el de uno de los dos hermanos de mi padre que fusilaron.

—¿Quién? ¿Alfredo? —exclamó él, sorprendido por la coincidencia.

—No, Alberto. Creo que así le iban a poner, aunque de eso no estoy muy segura. Era un tema del que mi madre no hablaba. En su corazón sabía que aquel niño vivía. Eso le amargó muchos años, ya no fue la misma, envejeció de repente. De alguna manera, aquello la trastornó, la fecha del aniversario del nacimiento y robo de mi hermano pasaba muy malos días, como ida, muy deprimida. Se culpaba de no haberlo evitado. Alguna vez mis hermanos incluso pensaron que podría suicidarse, aunque yo no lo creo. Ella siempre tuvo la esperanza de encontrarlo. Hasta muy mayor, cada vez que iba cerca de los colegios o los parques y veía a los chiquillos, se quedaba mirando por ver si reconocía a su hijo. Fue por ella, sobre todo, y por el mandato que nos dejó antes de morir de que buscáramos a nuestro hermano, por lo que fuimos a la asociación cuando todo esto empezó a salir a la luz. No nos han dado muchas esperanzas, la verdad. Yo ya desconfío de que pueda ver y abrazar a mi hermano algún día.

Aquel era un momento difícil. Dominó el impulso de decirle la verdad, de levantarse y abrazarla. Había pensado mucho en ese momento, cuando se mostraría a ellos y les diría: «Yo soy tal, aquel hermano que creísteis que había muerto»... No sabía por qué, pero algo le bloqueaba. Pensaba sin duda hacerlo y hubo algo que le contuvo. Una especie de pudor o de vergüenza por su fortuna, por su posición, por las ideas que había tenido hasta ese momento, todas heredadas de sus padres. ¿Cómo iba a explicar que él era rico, que tenía una carrera, un bufete, una serie de propiedades, mientras que su familia tenía que luchar todos los días por su supervivencia? Pensó que, de todas maneras, lo haría, pero antes quería saber alguna cosa más, aunque sabía que pasado aquel momento crítico en el que había callado, todo se haría mucho más difícil. A medida que iba conociendo los detalles, las horribles consecuencias que había tenido la guerra y la posguerra para ellos, con su secuela de muertes, prisioneros, trabajos forzados y una no menos forzosa marginación, más le costaba decirles que, en realidad, era su hermano.

—¿Cuándo murió su madre? Me ha dicho que fue después de su padre.

—Ella murió en el 80, al menos ella vio la muerte de Franco, lo que no alcanzó mi padre, que murió al año de yo nacer. Aún cuando se moría, según me contaron mis hermanos mayores, maldijo a Franco y su régimen criminal. Ese día que murió el dictador, y mira que nosotros éramos bastante pobres, mi madre compró una botella de cava y brindamos; yo era muy pequeña, aunque sospechaba por lo que era, pero en mi familia muchas de esas cosas no se hablaban, aunque se conocían los odios a ciertos nombres. No eran los tiempos de ahora. Ahora, si pudiéramos averiguar qué familia se llevó a nuestro hermano, la denunciaríamos: lo publicaríamos en la prensa o donde fuera, a pesar de que no pagaran por ello.

Agradeció haberse contenido. No podía decirlo, porque las consecuencias que tendría en aquella familia serían imprevisibles y no podría controlarlas.

—Por lo que veo, le echa la culpa de todos sus males al franquismo, pero, en realidad, por lo que parece, es obra de un médico y de unas monjas desalmadas.

—Eso no hubiera sido posible en otro régimen. Fueron el franquismo y sus jefes los que empezaron el robo masivo de bebés, y el sistema continuó por lucro, porque era un sistema corrupto en sí mismo.

—Bueno, es lógico que piensen así, por todo lo que les ha pasado...

—Ya ve, toda la vida intentando pasar inadvertidos. Por ejemplo, no teníamos en la guía el teléfono de casa... Había una consigna, que era ser invisible, no ser detectado, porque ya había caído sobre nosotros tanto castigo... En la familia del pueblo de mi madre, la casa familiar fue requisada por los falangistas después de la guerra. Es una pena, no podremos sacudirnos ese estigma, el de familia de rojos, el de víctimas. La vida es injusta, muy injusta.

Lo decía convencida, y seguramente tendría que ver con ello parte de la injusticia con la que le había tratado la vida. Pero en ese último detalle vio también que era miembro de aquella familia. Siempre había querido estar en un segundo plano, no hacerse muy visible. Sus padres no insistían tampoco mucho en que ocupase la primera línea de los estudios, los deportes, las relaciones sociales... Parecían contentarse con tenerle sólo para él. ¿Hasta qué punto aquella conducta era genética o aprendida? En cualquier caso, ya daba igual.

—¿Sabe lo que fue peor, para mí, de todo esto? —se sinceraba Dolores.

—No, cuénteme —replicó Alfredo, que esperaba que le contara otro desastre. Y no iba muy desencaminado.

—Que ninguno tuvimos educación. Quizá si todos mis hermanos y yo hubiéramos podido estudiar, las cosas habrían ido de otro modo, habríamos podido recuperarnos en la vida.

—Dolores, deme un abrazo. Puede ver en mí a un amigo. Intentaré que usted cumpla su deseo de encontrar a su hermano.

—Ya veo que le ha emocionado nuestra historia. Pero no crea que en este país hemos sido nosotros solos. Ha habido mucho castigo para los vencidos, y si ha sido posible alguna reconciliación ha sido por los matrimonios entre hijos de los dos bandos. En cualquier caso, si puede hacer algo, yo se lo agradezco de veras y le doy con gusto ese abrazo.

Tras la reunión con Dolores tomó varias decisiones. Socorrería a los miembros de su familia, les haría llegar dinero para mitigar aquella condena que venía desde el tiempo de la guerra. Y empezó a darle vueltas a una idea que le venía rondando la cabeza.

Iba a robar el cadáver de Franco.

4 LA DECISIÓN

La decisión primero había acudido a su cabeza como un mal aire y luego se había ido aposentando lentamente. Quizá fuera el poso de la conversación con su hermana. Era una idea que cualquiera hubiera motejado de temeraria, cuando no de absurda y loca: una quimera. Para él, sin embargo, se trataba de justicia poética.

Robaría el cuerpo de Franco del Valle de los Caídos.

Lo que no habían logrado los políticos de ningún signo en los años de democracia, lo iba a hacer él en un golpe de mano audaz. Y lo iba a robar para vengarse de lo que él y su régimen habían hecho a su familia, a su verdadera familia. De pronto se sorprendió. Aquello, era impensable que ni siquiera hubiera pasado por su cabeza hacía muy poco. Dudó si realmente había perdido la razón. Durante dos días había estado diciéndose a sí mismo que lo ocurrido tenía que ver con personas perversas, y no con un régimen que, si había tenido gente aprovechada en su seno, en lo fundamental había servido al país, lo había salvado del peligro comunista.

Tampoco, se decía, había tenido la culpa la Iglesia católica, sino ciertas monjas y curas, que habían pervertido el noble impulso de la maternidad de las mujeres para dar a esos hijos un futuro mejor. Pero no, estaba el tema económico, que invalidaba aquella intención, porque, además de ser delictiva, no se hacía de forma altruista. No, el robo de bebés no era justificable en modo alguno, como tampoco la pederastia, y eran cosas que había tapado la Iglesia católica. Un profundo asco le invadía y hacía que ese amor que antes había tenido por lo supuestamente sagrado se fuera transformando en un gran desapego que podía acabar en un odio visceral.

De la misma manera había sostenido, durante toda su vida, lo que en su entorno se denominaba la falacia de la democracia: el rechazo a denominar «dictadura» y «régimen sangriento» al que le había dado la posibilidad a este país de resurgir de sus cenizas tras una sangrienta guerra civil. En esas jornadas posteriores a la entrevista con su hermana se dedicó a sacar los libros de su padre, sobre todos los que hablaban de la Cruzada, del salvador Franco, y los comparó con una docena de libros de historiadores que había comprado, historiadores que habían escrito sobre aquel tiempo de ignominia y horror. Leía una cosa en uno y la contraria en otro, y, en ocasiones, en esa confrontación, creyó volverse esquizofrénico.

Tras aquella lucha interior, que le dejó destrozado, tuvo que admitir que aquel régimen corrupto había sido, sobre todo en la posguerra, como una casa de los horrores, en que la habitación siguiente todavía tenía más sangre y muerte que la anterior, más mierda acumulada, más abuso sobre la población de un país a la que sojuzgó, violó, manipuló, engañó, robó, asesinó...

No podía, en esos momentos, acudir a la religión, ni siquiera a la creencia en un más allá, sino que su único referente, el único valor al que agarrarse, era el que precisamente le había inculcado su padre: la justicia. No necesitaba que hubiera premio o castigo tras la muerte, sino en esta vida. Y él debía vivir, precisamente, para hacer justicia. Al menos, un poco de justicia con aquella familia de la que había sido arrebatado. Y señalar a los culpables, que habían destrozado muchos hogares como el suyo. Se sorprendió maldiciendo cosas que antes consideraba sagradas e intocables. Era alguien sin pasado, sin nombre y sin familia, habitante de la niebla, viviendo en un limbo en la tierra, jurando que haría todo lo posible por vengarse, porque aquello no quedara impune. También se maldecía a sí mismo por haber estado tan ciego. Ahora que le tocaba a él directamente se había percatado de cosas evidentes para una gran mayoría de españoles.

Por otro lado, para cualquier observador imparcial, pensaba, aquella decisión de robar el ataúd de Franco no era más que una pataleta, un rebote visceral, una fantasía vengadora imposible de realizar, que, además, podría acarrearle graves consecuencias si persistía en la idea. Pero había alguna parte de su cerebro en la que su razonamiento iba por delante, como un jugador de ajedrez adelantándose a las jugadas del contrario, diciéndole que merecía la pena, al menos, considerarlo. Así se le diluiría la rabia y podría hacer justicia en la fantasía. Pero no, no quería que sólo fuera en la fantasía, en su imaginación. Quería hacerlo de verdad, aunque aquello pareciera imposible.

Enseguida pensó sobre lo que podía hacer con el cuerpo. Seguramente su mente le mandaba ese pensamiento para que viera lo absurdo de su empeño, reaccionara y volviera a su ser. La otra mitad de él mismo, esa que había aparecido tras la revelación de su madre en el lecho de muerte, reclamaba su espacio y su venganza. Y, ahora que lo pensaba, la verdad es que su verdadera naturaleza siempre había estado allí: esa necesidad de justicia que había sentido desde pequeño y que su padre había canalizado en su beneficio, haciendo que cursara la carrera de Derecho y se dedicara a la abogacía. Desde hacía años, sin embargo, aquello se le revelaba estrecho, y le producía una honda insatisfacción. Pero ahora, con aquel impulso, sí pensaba que verdaderamente, iba a hacer justicia. Si siempre había pensado que la justicia para unos era la injusticia para otros, ahora había espantado aquello de su razonamiento. Él iba a ser ese justiciero que esperaba no el país, sino su propia familia, la de verdad. Iba a sacar de su tumba los restos de Franco y luego los iba a esconder en la cripta de la familia de su padre, en un pueblo de Burgos.

«¿No amabas a Franco, padre? Pues vas a descansar con él el resto de la eternidad», pensó con maldad, un pensamiento retorcido que había salido de ese, hasta ahora, ignorado rincón de su cerebro. Se descubría un aspecto que no le acababa de gustar, pero al que daba rienda suelta. La ira había sido siempre un motor para ciertas causas, y él la empleaba como viento de cola.

Una vez que había decidido consagrarse a aquella misión, hacía falta diseñar un plan que resolviera los múltiples obstáculos con los que se iba a encontrar. Por el dinero no habría problema. Iba a vender la mayor parte del patrimonio que le habían dejado sus padres, esos cuatro edificios de Madrid, más el chalet en la sierra. Claro, el chalet en la sierra, en Guadarrama, donde se veía en la lejanía aquella cruz. Era el sitio idóneo para planear la operación. No sabía si su padre había comprado aquel chalet por aquella vista que le conectaba con sus convicciones y su pasado o si había sido, como había dicho una vez, por una ganga muy especial, ya que aquella casa la habían construido en los años 30.

Así pues, aquel chalet de una urbanización con vieja solera sería el centro de la operación. Pero, sobre todo, necesitaba un plan y un equipo para llevarlo a cabo. Un equipo de delincuentes profesionales, con experiencia en robos, lo suficientemente bueno como para que trabajaran por una buena recompensa, que se esfumaran una vez realizado el cometido y que nunca se fueran a ir de la lengua. Intachables en cuanto a los hábitos. No podían ser alcohólicos, drogadictos ni tener debilidades manifiestas como el juego y las mujeres. Una especie de monjes justicieros. Bueno, tuvo que rectificar enseguida, esos no existían. No se le podía pedir a quien le gustaba vulnerar la ley que se controlara en lo que tocaba a las pasiones, a su libertinaje. Muchas veces, y lo sabía por la experiencia jurídica, el robo no era más que uno de sus vicios.

Así pues, tenía la primera elección. ¿Qué era antes, el plan o el equipo para llevarla a cabo? Parecía evidente que dependiendo del plan así necesitaría un equipo, pero también era cierto que sin un equipo de gente que supiera lo que hacía no habría plan posible, y, además, un buen equipo podría encontrar los posibles fallos del plan y contribuir a perfeccionarlo.

Optó por la opción que le parecía mejor en aquel punto. Contrataría una primera persona con

capacidad de liderazgo, con contactos en varios medios del hampa, que no estuviera demasiado fichado, que no fuera ni izquierdista ni hubiera tenido veleidades en ese sentido, sobre todo, porque sería lo primero que investigarían después, y con él comenzaría a diseñar un plan que llevaría aparejada una serie de necesidades, tanto humanas como materiales.

Fue repasando sus ficheros, sus casos. Buscaba entre los delincuentes que en algún momento había defendido su bufete. No había tantos que se ajustaran al perfil de lo que necesitaba: un ladrón de bancos, un buen zapador que hubiera desvalijado cajas fuertes entrando por las paredes, sin recurrir a los asaltos violentos. Desde el primer momento aquel nombre, Rodrigo Martínez, le vino a la cabeza. Era un argentino que llevaba quince años en España, que ya había obtenido la nacionalidad y empezado varios negocios que, por una razón u otra, habían fracasado. Para compensar las pérdidas y pagar a los trabajadores, se había enganchado con una banda que practicaba el butrón y con ella había participado en varios golpes, aunque sólo pudo ser acusado por uno.

Le hubiera gustado que no estuviera fichado, pero eso, se percataba, era prácticamente imposible. Alfredo le había ayudado tras su condena de tres años, de los que cumplió más de uno, y le había conseguido la asesoría de una empresa de seguridad. Les contaba cómo proteger mejor las cajas y cómo reforzar los mecanismos de control, no le habían vuelto a pillar en ningún golpe.

Rodrigo Martínez se extrañó de aquella llamada. Sí, Alfredo y su bufete habían sido sus abogados, y la verdad es que le habían defendido bien, aunque sus dineros le había costado. La mitad de un botín fue a parar directamente a ellos, pero a cambio, y con sus triquiñuelas legales, había conseguido que la pena se la redujeran a tres años, que por buen comportamiento se habían convertido en algo más de uno. De aquello hacía ya más de un lustro y Rodrigo, aparentemente, se había regenerado. Además del trabajo esporádico como asesor de una empresa de seguridad, había vivido de la renta de un local que había comprado, de sus actuaciones musicales —era bajo en una banda de *blues*— y, sobre todo, del dinero que había podido esconder de los golpes anteriores que había dado y que no le habían podido atribuir. Tenía una máxima que seguía a rajatabla: por muy exitoso que hubiera sido un golpe, no se podía repetir el *modus operandi* de la misma manera ni con las mismas compañías. Gracias a eso había conseguido librarse de varias caídas de algunas bandas con las que había trabajado en golpes esporádicos.

Alfredo le llamaba «el argentino», y supo ser misterioso. Aunque hacía años que no se veían ni se hablaban, le mandó un correo y Rodrigo le envió su número de teléfono actual. Tenía dos, según le advirtió, uno que utilizaba para su vida normal y otro para otro tipo de asuntos, encriptado y más seguro, que usaba, entre otras cosas, para sus actuaciones de *blues*. Allí le llamó Alfredo.

—Hola Rodrigo, cuánto tiempo.

—Que de pronto son años...

—Pues sí, tengo una propuesta que hacerte.

—¿Sobre algún concierto?

—¿Cómo?

—Este es el teléfono que utilizo para la música, ya sabés, mi música...

—Ah, en ese caso, sí, es para un concierto. ¿Cuándo podemos hablar?

—Cuando querás.

—Entonces, para estar más tranquilo, ven a mi chalet en la sierra. ¿Mañana te parece bien, a las cinco de la tarde? Te mando la dirección por whatsapp.

—¿Mañana? ¡Qué velocidad! Justo mañana no tengo nada. Allí nos vemos.

El argentino llegó más o menos puntual. Alfredo abrió la puerta metálica y Rodrigo Martínez

Cichero, al volante de su furgoneta, en la que se podían ver los nombres de varios grupos de música, entró en el chalet de aquella urbanización a la salida del pueblo de Guadarrama hacia el Escorial. Alfredo le esperaba en la puerta.

—¡Vaya choza! ¡Vos sí que sabés!

—Bueno, herencia familiar. Veo que, a pesar de los años que llevas aquí y de tu nacionalidad española, sigues hablando en argentino.

—¿Y qué querés? Uno nace, no se hace, aunque puedo cambiar de acento al toque. Porque después está ese refrán que tienen ustedes, uno es de donde paca, no de donde nace.

Pasaron al salón, en la parte de arriba, donde el anfitrión le ofreció bebidas.

—A estas horas, una tónica. No sé si después de lo que tenés que proponerme, tendré que pedirte una copa. Porque vos no me llamás por algo legal, eso ya lo sé.

—En efecto, Rodrigo, eres rápido. Tengo un trabajo para ti, que yo patrocino.

—Un abogado como vos metido en asuntos ilegales. Qué intriga... Desembuchá de una vez...

—¿Qué me dirías si el objetivo estuviera enterrado en roca viva, con una losa por encima de tonelada y media? Rodeado de medidas de seguridad, en un entorno de media montaña.

—Es decir, nada de hacer un agujero desde un edificio cercano...

—La única manera es levantar una losa de tonelada y media. No se puede hacer de otra manera. De noche, que yo sepa, no hay rondas de vigilancia. Tendremos, eso sí, que interceptar las cámaras y ver qué hacemos si existen sensores de movimiento o infrarrojos. Elegiremos un día muy especial, de tal manera que hasta los vigilantes anden relajados pensando en otras cosas.

—¿Un fin de año?

—Mejor: uno de los días que juegue España en el próximo Mundial de Fútbol.

—Bueno, ¿y cuál es el objetivo? ¿La casa de algún potentado con una gran caja fuerte? ¿Y no estará él viendo también el partido?

—En algún momento tengo que decírtelo. No buscamos ninguna caja fuerte. Se trata de un cuerpo. O los restos de un cuerpo.

—¿Todo eso por un cadáver de mierda?

—Bueno, no es cualquier cadáver. Ese muerto vale mucho. Quiero decir, es un símbolo para muchos.

—No me jodas, ¿ni que fuera el mismo Franco!

—Tú lo has dicho. Sabía que eras rápido y listo.

—¿Cooooo?

—Lo que oyes. Se trata de robar el cadáver de Franco.

Ese fue el momento elegido por Alfredo para un golpe teatral. Abrió la puerta acristalada que daba al balcón y señaló la cruz del Valle de los Caídos que se distinguía a una decena de kilómetros, recortada sobre la vegetación, con un color gris entre el verde y el azul con algo de calima que la difuminaba.

Todo pareció paralizarse, semejante a la imagen congelada de un vídeo. Los segundos necesarios para que la sangre de Rodrigo llegara a los ojos, a la cabeza, a la mandíbula.

—Vaya, se ha hecho un silencio... Sepulcral, nunca mejor dicho... —dijo Alfredo, que estaba de un excelente humor.

El cerebro del argentino bullía de actividad. Sopesó las posibilidades de broma, ingesta de droga por parte de su interlocutor, locura pasajera, enajenación. Su mirada, como un escáner, registraba la más mínima variación de Alfredo. No había dilatación de las pupilas, temblores, ningún signo externo de las posibilidades varias que había considerado. Aquel cabrón iba en serio. Aunque esa sonrisa irónica podía esconder algún objetivo oculto.

—Veo que he logrado lo que nadie había podido hacer hasta hora. Hacer callar a un argentino...

—¡¡¡No puede ser!!! ¿Me jodés?...

Aquella sonrisa continuaba. Y en los ojos del abogado había una segura determinación, una certeza.

—En ninguna de las dos cosas. En lo de que te he hecho callar y en que la operación es para robar los restos de Franco.

—¿Sos boludo? ¿Y para eso me has llamado?

—Me debes una. Y no lo vas a hacer gratis...

—¿Vos pensás que estoy loco?... O es que me lo dijiste por lo de argentino, recordando lo del robo de las manos del cadáver de Perón o el cuerpo de Evita, que estuvo desaparecido muchos años.

—La verdad es que no es porque fueras argentino, pero qué curioso, me interesa esa historia.

—¡Pará, pará! Primero me contás lo otro. Y poneme una copa, echá un chorreón de ginebra en este vaso...

—Sí, sí, te lo cuento, pero dime qué pasó con Perón y su mujer. Algo recuerdo...

—Bueno, dicen que los argentinos maltratamos todo lo que tiene que ver con nuestro país. En eso somos peor que ustedes. Y, por supuesto, no se zafan ni los muertos. Creo que fue en noviembre de 1955, dos meses después del golpe de Estado contra el general Perón, cuando robaron el cadáver de Eva Duarte, Evita, muerta tres años antes, de la sede de la Confederación General del Trabajo. Estuvo catorce años desaparecido, hasta que fue devuelto a Perón en su casa de Madrid en 1971, tras haber estado enterrado en secreto en Milán, en Italia. Hoy descansa en la Recoleta, en Buenos Aires.

—¿Y lo de las manos de Perón?

—Esas se las amputaron y robaron al cuerpo del general, que se encontraba en un féretro en una bóveda blindada en el cementerio de la Chacarita, en Buenos Aires. Fue en junio de 1987, de eso me acuerdo bien porque fue un bombazo en la Argentina. Yo era muy chico pero aquello impactó a la gente, no se habló de otra cosa durante días. También le robaron su sable militar. Esas manos de Perón nunca aparecieron, y ese caso es uno de los grandes misterios de la Argentina. Se supone que fue un grupo de los servicios secretos los que dieron cobertura a aquel robo.

—¿Y cuáles fueron las razones para hacerlo?

—Eso forma parte del misterio, aunque en la cultura argentina es tradición utilizar a los muertos dentro de las disputas de los vivos, de las luchas políticas y de poder. Hay una broma muy local que se inventó en esos mismos días en que desaparecieron las manos de Perón. Decían que se las habían sacado por «meterlas en la lata», que, te traduzco del lunfardo, quiere decir robar, afanar.

—Interesante, casi como aquí...

—Ninguna profanación es interesante. Y menos, esta de Franco. Pero decime una cosa, ¿vos no eras franquista?

—En efecto, lo era. Esto es una venganza personal. Y no pienso robar el cadáver de Franco, sólo pienso exhumarlo y enterrarlo en otro sitio, sacarlo de allí, donde no se merece estar.

—Vos estás loco. A mí no me metás en ese negocio. No es bueno andar con muertos, y más aquí, donde hay tantos franquistas. Te pueden linchar.

—No nos atraparán. Y, como te digo, no lo vas a hacer gratis, sino por un millón de euros.

Por segunda vez en aquella tarde, el argentino calló.

—No nos van a pillar, pero en el hipotético caso de que fuera así, sólo nos podrían poner una multa de seiscientos euros y condenarnos a varios meses de cárcel, por invasión de patrimonio y daños materiales. Ni siquiera cumpliríamos condena.

De pronto, el argentino, que iba a intervenir, se interrumpió, pareció pensar en algo que se había pronunciado hacía unos segundos.

—Esperá... Dijiste una venganza, ¿de qué? ¿Por qué? No puedo comprender por qué querés robar el cuerpo de Franco, si sos de la misma ideología según me confesaste una vez. Contame bien eso de la venganza, porque acá hay cosas que no comprendo, que se me escapan, y si no me las contás, no estoy dispuesto a entrar en el asunto. Comprendé, soy argentino, necesito saber la razón de las cosas, por muy locas que sean.

—Me tienes que jurar secreto absoluto.

—Mirá, me estás proponiendo un delito, justo vos, que sos abogado, y de los caros. Estás del lado del orden y me pedís secreto. No sabés nada de los delincuentes. Te pueden asegurar secreto total y cantan a las primeras de cambio que vengan mal dadas. Por mucho que te prometa secreto absoluto, quién te dice que no seré un soplón y largaré todo en manos de la cana, de la pasma.

—Que no cobrarás la mitad de tu parte hasta que no lo hayamos hecho.

—Eso son razones convincentes.

Te contaré las mías, que para mí son también muy convincentes. Como te decía, se basa en algo propio a la condición humana: la venganza. En la facultad de Derecho se hablaba de los móviles para delinquir: el sexo, el dinero sobre todo, pero inmediatamente después, la venganza. Yo pertenezco a ese grupo.

—Pero si no conociste a Franco...

—Pero sí sufrí las consecuencias de su régimen. Tendré que explicártelo todo. Soy un niño robado.

—¿Cómo?

—Un niño robado. La misma tipología que en Argentina, ni ustedes ni nosotros somos tan originales. O puede que tengamos raíces parecidas.

—Ahí sí me planchaste. Seguí.

Alfredo comenzó entonces una narración dolorosa sobre la muerte de su madre, su pasado, cómo fue robado a una familia de los vencidos y cómo, después de su descubrimiento, había conseguido llegar, con alguna peripécia, hasta sus hermanos. Le contó también los sufrimientos de aquella familia, los apuros económicos de sus cinco hermanos y de sus hijos, la entrevista con una de sus hermanas a la que, finalmente, no había dicho quién era. Cuando terminó la narración de tragedias y desgracias, subrayó, como un actor dentro de su papel:

—Todas esas son mis razones.

Unos momentos de silencio siguieron a aquella relación. El argentino le había mirado primero con sorpresa, pero, a medida que avanzaba en su exposición, a su rostro había asomado la sorna. Al fin reaccionó con cierta hilaridad, lo que, en principio, no le sentó bien a Alfredo.

—¡Pero reíte, gallego! Tomá las cosas por el lado bueno. Te libraste de una buena, una familia numerosa, eso es la peste ¿Vos sabés lo que joden los cuñados? ¿Y los hermanos? Todo parece muy bonito, pero conozco odios eternos entre hermanos, odios fraternales que se han ido labrando a lo largo de toda una infancia y adolescencia. Sos hijo único, no podés suponer los quilombos que se arman en las fiestas familiares... Una verdadera boludez todo. De acuerdo, perdiste a una madre, pero tuviste otra; vos sabés lo que cargan las viejas, son insoportables, con una hay de sobra. Además, te legaron una fortuna, cualquiera se pondría en tus zapatos. No perdiste gran cosa, perdoná que sea tan franco... ¡Huy, perdón, caraaajo! Vos sabés que soy un bruto a veces, no

tuve tu educación, digo las cosas como me salen. No andés con esa cara de amargado, no te cagaron la vida, simplemente te la cambiaron. ¿O es que hubieras preferido miseria y navidades con familia?

Alfredo tuvo primero que sonreír, soltar el ceño y relajar las quijadas, para luego reírse abiertamente. La verdad es que el argentino tenía razón en cierto modo. La vida había sido caprichosa con él: le había quitado una familia, pero le había proporcionado una fortuna con la cual podría remediar los males que sus padres adoptivos habían producido. Lo vio claro, como en una iluminación. Tenía una misión en la vida, una razón para vivir. Proporcionar medios materiales a sus hermanos y descendencia, y poder ejecutar una venganza ¿Qué más se podía pedir? Hay gente que vive muchos años y no sabe para qué. Él acababa de encontrar su motivo vital. Sí, en la vida había que acabar riéndose, aunque estuvieras en lo más bajo y tirado, en la depresión o la tristeza más absoluta. La vida, ese misterio, le había castigado por una parte y le había premiado por otra, y todo sin ser consciente, sin ser responsable de nada, salvo de haber nacido.

—Quiero ver el lugar antes de decidir nada.

—De acuerdo, hay que ir un domingo.

—¿Y no puede ser otro día? Los sábados normalmente tengo algún bolo.

—Ya veo que sigues con lo del *blues* ¿realmente te aporta algo esa música?

—Bueno, chabón, no tanto por el lado material, sino el espiritual. La gente del *blues* es como una gran secta. Y todos sabemos, tal y como leí en una novela hace unos años, que la vida es una canción triste que hay que cantar con alegría. Te prepara para este valle de lágrimas.

Sí, era posible que el argentino tuviera razón. Él podía sentirse *blues* en aquellos momentos; de hecho, esa melancolía de perdedores le venía muy bien, ya que en unos días había perdido casi la totalidad de su mundo: la familia que creía que era la suya, sus creencias políticas y religiosas y la confianza en el ser humano.

—Déjame que arregle cosas en esta semana y vamos al Valle de los Caídos el próximo domingo.

—De acuerdo. A ver si en ese tiempo recapacitás y te olvidás de este quilombo.

Alfredo sonrió. No estaba dispuesto a hacerlo. Y para preparar su viaje al escenario de su obra delictiva, pensaba hablar, aquella semana, con alguien que lo conocía bien y había participado en su construcción.

5 UN VALLE DE LÁGRIMAS

La cita era en el café Gijón. Llegó media hora antes, con cierta inquietud. No quería que le reconocieran con ciertas compañías. Pero no había problema. El círculo en el que él se movía no estaba muy cercano a los ambientes literarios o intelectuales del café Gijón.

No sabía por qué había elegido precisamente a Nicolás Sánchez-Albornoz. Sin duda, para saber cosas del Valle de los Caídos que le sirvieran para sus propósitos hubiera sido más práctico hablar con historiadores o escritores que habían publicado libros sobre el gigantesco mausoleo que él, desde luego, había visitado con sus padres más de una vez. Pero era quizá el prestigio de aquel hombre mayor, alguna de cuyas entrevistas había visto en el pasado, con prevención y algo de asco, lo que le había hecho finalmente contactar con él. Era su primer contacto con alguien de los vencidos políticamente activo. Aunque tenía un propósito muy definido, propósito que no podía confiar a aquella persona, también quería hablar con alguien que tuviera una edad parecida a la que podría haber tenido su padre, o una imagen que le recordara a él.

Así que movió sus hilos y pudo localizarlo gracias a sus contactos en el colegio de abogados, que le facilitaron los datos de Eduardo Ranz, abogado de las familias de las víctimas que querían exhumar del Valle de los Caídos a sus seres queridos y que, tras años de procesos, había logrado lo que parecía imposible: que los jueces le dieran la razón. La excusa que dio a Ranz fue que representaba a la familia de un represaliado que había trabajado durante la construcción del Valle. Cuando consiguió su teléfono y lo marcó, para su sorpresa, fue el propio Nicolás Sánchez-Albornoz quien le contestó. Al final, tras las explicaciones, convinieron una cita en el café Gijón.

Cuando vio entrar en el café a aquel hombre mayor, alto y de ojos claros, con un porte magnífico, le pareció, por un momento, ver a su padre, o, por expresarlo con más propiedad, a aquel que decía que había sido su padre y que, en realidad, había sido su raptor. Aquellos hombres antiguos eran miembros de una generación que había vivido en carne propia la historia de unas cuantas décadas de la vida del país, y eran un reflejo de aquellas situaciones difíciles por las que España había pasado.

Nicolás Sánchez-Albornoz, por lo que había investigado, había nacido en Madrid en 1926, era hijo del historiador y político Claudio Sánchez-Albornoz, que había sido ministro con la Segunda República y había llegado a ser presidente de la república en su exilio argentino. Él era también historiador y desde su juventud había sido un opositor al régimen, que en 1947 le había encarcelado y le había castigado a trabajos forzados por participar en un intento de reconstrucción de la Federación Universitaria Escolar. Su destino fue la construcción del Valle de los Caídos, pero allí duró poco. En agosto de 1948 consiguió lo que parecía imposible: fugarse del destacamento penal de Cuelgamuros junto con su compañero Manuel Lamana, en una fuga rocambolesca con la ayuda del antropólogo Paco Benet, la escritora Barbara Probst Solomon y Barbara Mailer. Tras aquello, que luego reflejó en un libro y que incluso había dado lugar a una película, que Alfredo no había visto, permaneció exiliado en Argentina durante décadas y luego en Nueva York, donde fue profesor universitario y desarrolló su carrera. Ya en España, tras la instauración de la democracia, fue el primer director del Instituto Cervantes.

Alfredo se levantó para hacerle una seña cuando lo distinguió en la puerta. Nicolás se acercó a la mesa donde él esperaba. Tras presentarse y estrecharle la mano, Alfredo le preguntó:

—¿Qué quiere tomar?

—Un café con leche está bien.

Un camarero acudió solícito a la llamada y tomó nota.

—Vaya, veo que tiene mi libro.

—En efecto, conseguí su libro *Cárceles y exilios* que espero que usted me firme.

—Claro. Son mis memorias de lo que viví entre 1936 y 1975. Esta edición es de hace seis años, pero está escrito mucho antes. Ahora ya apenas escribo algo, algún artículo de vez en cuando, o acudo a entrevistas que me solicitan.

Alfredo tragó saliva y entró en materia.

—Le agradezco su deferencia al venir hasta aquí. Represento a la familia de un penado que trabajó varios años en el Valle y que está estudiando si poner una demanda, ya que murió varios años después por silicosis. Ya sabemos que es muy difícil, o imposible, pero no estoy en este asunto por dinero, sino por afán de justicia.

—Tiene usted mucha razón. Todo hay que intentarlo. La pena es que no sabremos nunca qué cantidad de obreros fueron heridos y trasladados a hospitales. He leído por ahí que hubo quince mil afectados por la silicosis. Yo tuve suerte en eso, en el periodo que yo estuve no me consta que hubiera muertos, pero sí recuerdo comentarios de las explosiones que se hacían durante la construcción. Lo de los catorce muertos que figuran es una cifra muy reducida, pero que ha sido reconocida por la propia Fundación Francisco Franco.

»Estuve pocos meses, cuatro, y en el mejor destacamento de los tres, el que construía el monasterio, y con unas condiciones accidentales muy favorables, pues estaba en una oficina en vez de poniendo ladrillos o picando roca. Pero también he dicho que mi experiencia fue limitada y nunca he querido exagerar. Aquello fue un observatorio para ver lo que pasaba y cómo funcionaba el sistema. Pude ver toda la corrupción en torno a la alimentación de los presos, porque aquello era una máquina de distraer dinero.

—Eso me interesa, pudo influir esa mala alimentación en la salud del penado a cuya familia represento ¿Cómo era esa corrupción?

—El sistema, por lo menos en mi época, era que las compañías constructoras, Huarte y demás, arrendaban al Estado los presos por diez pesetas y cincuenta céntimos por día. El Estado, que recibía ese dinero de las empresas, depositaba cincuenta céntimos en una cartilla que el trabajador preso iba acumulando y que cuando salía libre se le pagaba. La propaganda de Franco decía que el Estado era previsor y creaba un fondo para que los liberados cobraran dinero al salir. ¿Pero qué cantidad era esa? Poca, para volver a su pueblo y poco más. Tras quitar esos cincuenta céntimos, quedaban diez pesetas. El presupuesto de la alimentación del preso era de cinco pesetas al día. El Estado hacía pagar al preso su alimentación y quedaban cinco pesetas de beneficio, que se distribuían para la financiación de los guardianes, de la Guardia Civil... Era un sistema por el cual mantener a toda esa población presa no costaba dinero al Estado, que podía permitirse el lujo de tener a decenas de miles de personas haciendo trabajos forzados.

—Todo bien pensado, ya veo...

—La corrupción se montaba en la alimentación de los presos. Las cinco pesetas por día para alimentar a los presos iban al Estado, que compraba la comida. Venían los camiones, hacían el paripé de bajar galones de aceite o lentejas, pero se volvían llenos. El estraperlo de esa época venía de lo que los funcionarios robaban a los presos. El funcionario podía hacerlo porque sus compañeros no le denunciaban y los jefes también estaban pringados. Era una corrupción vertical, como los sindicatos. Esto era generalizado, lo tenían que saber el ministro encargado y Franco, porque era la forma de comprar lealtades. El régimen conseguía acatamiento por la persecución y represión, pero también dando a su propia gente esos beneficios que llegaban de la corrupción.

—O sea, que lo que ocurre ahora no es nuevo. Hemos heredado esa corrupción.

—Es que esta gente corrupta se ha formado así. Cree que el mundo funciona y debe funcionar de esa manera.

Alfredo pensó que a aquel hombre no le faltaba razón. Él había asesorado e incluso defendido en los tribunales a gente muy rica, que se había enriquecido con el régimen, y que tomaban la corrupción como una cosa natural, reservada además a los de su propia clase. Entonces cambió de tercio.

—Dígame, había túneles secretos, se decía... —aventuró.

—Bueno, yo no me quedé a verlo —contestó Nicolás con sorna.

—No ha vuelto usted por allí, ¿verdad?

—¿Para qué? Hay muchas fotografías. No tengo el menor interés. Alguna vez que he pasado por la carretera he visto la cruz esa, con la que estropearon el valle.

—En algún momento tendrán que ocuparse...

—Hasta que no lo vea... Aquello se creó como un monumento religioso para dar culto a los muertos del franquismo, en especial a Franco y a Primo de Rivera; se convirtió en un lugar sagrado, reconocido por ley, y lo que habría que hacer es desacralizar el Valle de los Caídos, renegociar con la Iglesia, porque allí no puede darse culto, es un monumento a un acto político y tiene que tratarse como algo político.

—Y después de desacralizarlo, ¿qué?

—Ya veremos lo que hacemos, si se mantiene, de qué forma se mantiene, si se destruye o si se deja que la naturaleza lo destruya. Algo que ya está pasando: se está agrietando. El problema es que quedará una gran cantidad de huesos, de los dos bandos, pero también, de fusilados. Ahí está el problema, eso está lleno de cadáveres. Se complicará la solución.

—Y, por supuesto, sacar a Franco...

—De verdad, espero poder verlo algún día. Se les dice a los nietos de Franco: «Ahí lo tienen, hagan lo que les dé la gana». Y también a Primo de Rivera, a Jerez de la Frontera. Todo con normalidad.

—Pero dicen, o en algún lugar he leído, que en realidad la tumba de José Antonio no está donde está la losa, porque por allí pasaban los conductos del aire, y está más a la izquierda. Debe de haber más de un hueco por ahí.

—Ni idea, la verdad es que, aunque trabajé allí, no entré más que un par de veces en la cripta de la basílica, cuando la estaban construyendo. No era un sitio que me gustase. Y, como le digo, no me quedé para ver aquello, ni cómo terminaba.

—Sí, se largó usted en una fuga tremenda ¿Me firma el libro?

—Con mucho gusto.

Siguieron charlando un rato más, y frente a las pretensiones de Alfredo, que pensaba llevar a Nicolás Sánchez-Albornoz de vuelta a su casa en taxi, el anciano dijo que de ninguna manera: que volvía en autobús, que cogería en la Cibeles, y que, además, le venía bien el paseo.

«Gente de otra época, o tal vez es la genética», pensó al despedirse de su interlocutor y mientras veía a éste avanzar hacia la puerta.

De vuelta a casa, sistemático y preciso como era, se dedicó a estudiar la jerarquía del Valle, su situación jurídica, la ordenación legal que lo amparaba. Y, asimismo, las conclusiones de la última comisión de expertos para actuar sobre el monumento, la nombrada por el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero, convocada al final de su segunda legislatura.

La situación jurídica del Valle estaba determinada por un decreto ley del 23 de agosto de 1957 que atribuía la administración y titularidad del lugar a la Fundación de la Santa Cruz del Valle de

los Caídos.

Los fines de la fundación eran «rogar a Dios por las almas de los muertos en la Cruzada Nacional, rogar por las bendiciones del Altísimo para España y laborar el conocimiento e implantación de la paz entre los hombres sobre la base de la justicia social cristiana». La abadía benedictina asumió esos objetivos gracias a un convenio suscrito en mayo de 1958, un año antes de su inauguración, y que suponía que la orden debía tener en aquel monasterio un número mínimo de veinte monjes y dirigir una escolanía de cuarenta niños.

En sus conclusiones finales, aquella comisión instaba a modificar el «anacronismo» de la fundación para que el monumento se amparara por la ley reguladora del Patrimonio Nacional, que era como decir por el Estado. De todas maneras, aquel informe de la comisión no llegó a nada, salvo agitar cierta polémica en los medios. Presentado ya con un Gobierno en funciones, tras perder el PSOE las elecciones de 2011, la propuesta de exhumar a Franco del Valle de los Caídos y levantar allí un museo de la memoria quedó en nada tras el arribo del PP, que prefería no menear aquello de ninguna de las maneras. Era, quizá, el último residuo de un régimen que, en este aspecto, había dejado el tema atado y bien atado.

El comité había propuesto sacar a Franco del Valle, ya que no era un caído de la Guerra Civil, y trasladar a Primo de Rivera del altar mayor a una de las criptas laterales, con el resto de los enterrados. También había aconsejado enviar a un equipo de expertos internacionales para comprobar si era posible la exhumación de los republicanos que fueron allí inhumados sin el consentimiento de sus familias. El objetivo era acabar con los cadáveres de primera y segunda, y cambiar el significado del monumento.

Se suponía que el Valle de los Caídos albergaba los restos de unas 33.833 personas, aunque conocer el número exacto era imposible porque, según habían contado historiadores y expertos, no había fichas de entrada de todos los que estaban enterrados allí. Se desconocía el número exacto de centenares de republicanos, que figuraban como «desconocidos», trasladados sin el consentimiento de sus familiares. No había habido, pues, objetivo de reconciliación, aunque el régimen afirmara que el monumento tenía ese símbolo. Franco, en un decreto del 1 de abril de 1940 afirmaba al referirse al Valle de los Caídos: «La dimensión de nuestra Cruzada no puede quedar perpetuado por los sencillos monumentos con los que suelen conmemorarse en villas y ciudades, es necesario que las piedras que se levanten tengan la grandeza de los monumentos antiguos, que desafíen al tiempo y al olvido para que las generaciones futuras rindan tributo de admiración a los que les legaron una España mejor, los héroes y mártires de la Cruzada».

Es decir, el dictador tenía la misma enfermedad de todos los dictadores, una tumba que inmortalizara su memoria para los signos venideros y que siguiera cantando su victoria. En 1940, Franco todavía pensaba que la cripta se construiría en poco más de un año y el resto del monumento, en cinco. En realidad, fueron casi veinte años, y cuando el 1 de abril de 1959 se inauguró aquel gigantesco mausoleo, ya el país y la sociedad española habían cambiado y no había tanto entusiasmo por el Valle de los Caídos. El dictador advertía el 1 de abril de 1959: «No sacrificaron nuestros muertos sus preciosas vidas para que nosotros podamos descansar... La anti-España fue vencida y derrotada, pero no está muerta. Periódicamente la vemos levantar cabeza...».

La llamada de uno de los amigos cuya pandilla frecuentaba le sacó de aquel universo en el que se había sumergido.

—¿Qué, entonces te vas a venir a ver los partidos de España dentro de quince días? Hemos quedado mañana en el *pub* de Mariano, ya sabes, donde la pantalla panorámica, para ir calentando. Va a haber un ambientazo.

—No estoy para muchos partidos ni calentamientos previos, Javier.

—Pero, hombre, te vendrá bien distraerte. Ya sé que no hace mucho del fallecimiento de tu madre, el luto y lo demás, pero se puede hacer una pequeña excepción.

—No insistas. Si me encuentro con ánimo, ya te llamaré. Os agradezco vuestra preocupación por mí, estoy bien, sólo que quiero tener un tiempo de meditación e incluso de silencio. Que lo disfrutéis y que gane España.

Cuando colgó, ante la extrañeza de su amigo, que pensó que estaba muy cortante y algo desabrido, Alfredo se sintió bien. Había decidido romper con aquellos amigos que aún militaban en el mismo campo del franquismo; tenían un nacionalismo romo y cutre, basado en las pelotas y la testosterona, y una serie de clichés vacíos y sin sentido.

«Sí», se dijo, «mi partido es ahora otro, y en él, estoy seguro, yo acabaré ganando mi propio mundial».

6 LA INSPECCIÓN OCULAR

Iban en un vehículo alquilado con una documentación falsa de Rodrigo. Sabían que había cámaras que registraban la matrícula y los ocupantes de los coches que, previo pago de una entrada de nueve euros, entraban en el complejo propiedad de Patrimonio Nacional.

—¿Has visto la cámara? —dijo Alfredo al pasar.

—Sí, un modelo ya de hace algunos años. Tiene cierta nitidez para sacar las caras y las matrículas, pero no veo una específica para los rostros. Habría que saber cuánto tiempo almacenan las imágenes.

—No creo que esa casa de la derecha, donde están los guardias civiles y los seguratas, sea el puesto de control de las cámaras.

—Sin duda, ahí tienen un monitor conectado con el puesto de control. Pero lo más seguro es que el central esté en la basílica. O quizá no, todo eso habría que comprobarlo.

—A partir de este punto, cinco kilómetros hasta arriba.

—Me da tiempo a echar un sueñito —dijo Rodrigo tras sus gafas de sol—. ¡Vaya domingo! No es normal que, teniendo todo el día, me despertés para entrar de los primeros acá. Acordate que ayer tuve concierto y me acosté a las tantas.

—Era necesaria la hora por lo que verás.

En la ascensión, en ese día de marzo primaveral y claro, punteado por nubes blancas, se sucedía un paisaje de pinos a ambos lados de la carretera. Se veía cercana la montaña y, poco a poco, se abría el círculo de peñas alrededor de Cuelgamuros. El lugar, el llamado Risco de la Nava, había sido bien elegido: lejos de las poblaciones cercanas y en un lugar de la sierra desde el que se dominaba una gran extensión de llanura hacia Madrid.

—Esa es la bifurcación hacia el monasterio —dijo Alfredo al llegar casi a su destino—. Iremos luego.

Dejaron en coche en el aparcamiento, no muy lejos de la cafetería, construida en lo que era la entrada de un funicular que subía hasta la cruz y que hacía tiempo que ya no funcionaba. Salieron a la explanada y por la que se accedía a la basílica desde la que se disfrutaba de una fantástica vista. Quizá esa amplitud, algo desmedida, estaba diseñada a propósito para que se admirara la inmensa cruz que coronaba la peña y que uno se sintiera pequeño ante aquellas dimensiones que querían ser ciclópeas.

—Muy propio del fascio, esta extensión delante, para que formaran las legiones... —dijo el argentino, aún con los ojos semicerrados.

—Ya.

Se fijaron en las diversas plataformas que llegaban hasta las columnas de la arquería. Por una carretera lateral se podía llegar en vehículo casi hasta las escaleras de entrada.

—Diez escalones, unos dos metros y algo —anotó Rodrigo.

Mientras el argentino miraba con ojo profesional, Alfredo parecía más reconcentrado que de costumbre. Recordaba la última vez que había venido allí, con su madre, hacía unos diez años. Nunca le había gustado especialmente el monumento, con aquella luz tan tétrica, aquella estética desnuda y granítica, y ahora pensaba que quizá fuera rechazo instintivo, sin ninguna razón ideológica. No, desde luego, la sensación que le producía ahora.

Tras la pesada puerta de bronce que daba paso a la basílica, se pasaba al vestíbulo. A la

derecha, un cubículo hecho de mamparas dentro del cual esperaban sentadas dos funcionarias y cuyo cartel informaba que era la caseta de información. Enfrente se encontraron lo que buscaban: el control de entrada, con un arco detector de metales y un aparato de rayos X para los bolsos, semejante a los de los aeropuertos. Una vigilante a la derecha miraba la pantalla, mientras que otro miembro de la seguridad privada indicaba que los bolsos y mochilas debían pasar el control, y las llaves y teléfonos móviles, depositarse en un cajetín de plástico que se pasaba por arriba para que no pitara el dispositivo. Rodrigo se había cambiado las gafas de sol al bajar del coche por otras de cristales normales, pero, eso sí, con cámara oculta, con las cuales estaba grabando. Se quitó las gafas, al igual que las llaves y el teléfono móvil y las depositó en la cajita de plástico que el vigilante le devolvió después de que él traspasara el arco. Teóricamente, no se podía grabar dentro del recinto, a pesar de lo cual la gente se las apañaba para utilizar sus teléfonos, con imágenes y vídeos que subían luego a la red.

A la izquierda, nada más pasar el control, se hallaba la tienda de regalos y recuerdos, y un poco antes, pegado a la puerta por la parte de la salida, un recinto, hecho también con mamparas, que debía de ser utilizado por los vigilantes, seguramente para cambiarse. El puesto de control donde se veían las diversas cámaras colocadas en el recinto debía de estar oculto en otras dependencias.

Rodrigo se había camuflado con bigote y barbas postizas, y Alfredo llevaba un sombrero para que, en el caso de que hubiera cámaras, no los reconocieran. De todas maneras, en aquel control no parecía haberlas, y si las había, estaban tan disimuladas que no se apreciaban. En cualquier caso, con el tremendo contraluz que había, entre la luz que entraba de fuera y la de dentro, mucho más tamizada, no conseguirían imágenes nítidas.

—¿Has visto la empresa de seguridad?

—Sí, Ombuds Seguridad. La sede está en Las Rozas. Tiene tres empresas, dos para completar la seguridad global de la principal. Luego miramos su página web. Pero desde ya te digo que es una de las empresas que peor trata a sus empleados, con horarios abusivos, sin pagarles las horas extras, con retardo en los pagos y, en fin, una mierda de sueldo por lo general.

—Veo que eres todo un experto en empresas de seguridad.

—Gracias a tus recomendaciones, soy consultor de una de ellas. Les señalo fallos en el sistema, aspectos vulnerables, y, de paso, estoy al tanto de lo que se dice en el sector.

—Antes de pasar voy a comprar algo.

Alfredo entró en la pequeña tienda de regalos, otra construcción de mamparas donde se veían libros, objetos de recuerdo y, en general, toda la parafernalia de las tiendas de los monumentos y Reales Sitios de Patrimonio Nacional. Ante la mirada de Rodrigo, con aquellas gafas de pasta que junto con los postizos que llevaba le daban un aspecto de espía de la guerra fría, modelo años 50, Alfredo compró uno de los libros que explicaban el monumento.

—En casa de mi madre hay una edición antigua, tengo curiosidad por ver si la han modernizado. Sí, veo aquí que ya no hablan de Caudillo ni de la Cruzada.

El argentino le miró como si no diera crédito a lo que oía.

—Pero, sobre todo, lo he comprado porque así tenemos las medidas exactas de algunas cosas, lo que puede ser muy útil.

Entre el vestíbulo y el atrio, en sendos nichos, vigilaban dos grandes arcángeles, con mirada al suelo y una espada empuñada e hincada en tierra. Rodrigo los miró y entonces Alfredo, mirando el libro, le dijo:

—Como quiso el arquitecto, «celosos de la honra en la casa de Dios, montan guardia permanente en solemne advertencia a los que entran».

—Ya sabía yo que este lugar me tiraba mala onda —respondió el argentino—. ¿Qué, lo hacés para darme ánimo?

Al bajar los ocho escalones que desde el atrio conducían a la nave, se encontraba la gran reja, que imitaba las obras de esta especie que se comenzaron a construir en el siglo XVI para las capillas y naves de las catedrales renacentistas. La reja, poblada de santos, destacaba con dorados sobre hierro negro. Un poco después de pasarla había otros escalones que descendían. En total eran trece.

—Mirá, yo creía que el suelo era plano. Eso supone una pequeña dificultad, sobre todo para salir, si vamos cargados...

—Tal vez. Sigamos —dijo Alfredo—. Aquí cuenta que la ampliación en altura de la nave se realizó eliminando roca, tanto por la parte superior como por el pavimento, de forma que éste quedó dos metros más bajo que el del atrio. El proceso fue laborioso, y complicados los cálculos de la estabilidad de las masas rocosas horadadas, que ejercían presiones diferentes en sentido vertical y horizontal.

—Imponente escenario —dijo el argentino, que se movía con lentitud, ya que sabía que la cámara de las gafas, si se volvía la mirada a izquierda y derecha muy rápidamente, no dejaba ver más que un barrido, máxime con las luces que no eran las más idóneas—. Aunque parece que tiene algunos problemas.

Lo decía por los cubos metálicos que parecían grandes pebeteros pero que, en realidad, sembrados aquí y allá, recogían el agua que se filtraba desde el techo. En algunos de esos pebeteros había arrojadas colillas y hasta botellas vacías de agua, como si los hubieran tomado por gigantescas papeleras. Se preguntó quién podía fumar salvo los propios vigilantes, cuando el lugar estaba cerrado. Eso sugería rondas nocturnas, a tener asimismo en cuenta.

—Este túnel en forma de tubo se amplió por los laterales a fin de lograr que los espacios fueran más amplios y que la proporción fuera más equilibrada entre el recorrido desde la entrada al altar. Para lo que nos importa, está separado en varias zonas: una de entrada, dividida en tres, con el vestíbulo, el atrio, y un espacio intermedio que es el que estamos cruzando, y otra que es la gran nave. Como está excavado en granito y esta roca, por lo visto, tiene muchas presiones, se descartó dejar la roca excavada a la vista por el peligro de grietas y desprendimientos y se revistió con unos arcos fajones de hormigón armado revestido de cantería. La longitud total de la cripta es de doscientos sesenta y dos metros, y su altura en la nave es de 22, 11 en el vestíbulo y cuarenta y uno en el crucero. En la nave hay tres capillas a cada lado, con trípticos religiosos modernos pero que imitan estilos antiguos y están flanqueadas por los tapices del Apocalipsis según san Juan.

—Bonitos, aunque no sean de mi estilo. Seguramente valen algunos mangos.

—Ni te molestes. Son réplicas de los auténticos, de varios siglos de antigüedad, que están en el palacio de La Granja y que en un primer momento se colocaron aquí, pero que hubo que sustituir ya que la humedad empezó a deteriorarlos.

Para llegar al crucero, al final de la nave, tuvieron que ascender una escalera de ocho peldaños, que daba paso al espacio cubierto por los bancos. Un poco antes del crucero, en los muros, se observaban sobre sendas pilastras ocho estatuas, cuatro a cada lado, con partes negras y otras grises, la cabeza inclinada y cubierta. Eran figuras, que según el libro que llevaba Alfredo, invitaban al respeto y silencio, por tratarse de un gran cementerio de guerra y representaban a los muertos por tierra, mar y aire.

—Pero son cuatro...

—La otra representa a los voluntarios.

—No olvidan nada, desde luego...

Al terminar los bancos, antes del altar, se apreciaba una tumba sobre la que habían depositado flores que tapaban el nombre.

—¿Es esta? —preguntó Rodrigo.

—No, la de Franco está al otro lado del altar. Esta es la de José Antonio, el fundador de la Falange. Aunque por lo que he leído, en realidad esa losa no corresponde a la verdadera tumba, que está desplazada algunos metros a la izquierda, lindando con el espacio de esos primeros bancos. Tuvieron que moverla para poder meter los conductos de ventilación.

Antes de seguir Alfredo llevó a Rodrigo a una loseta grande, a la izquierda, que tenía una argolla.

—Sí, por aquí está, es verdad lo que había leído. Por esta loseta se desciende a un centro de detección de terremotos y de otros estudios científicos: el Laboratorio de Geodinámica y de Mareas Terrestres del Valle de los Caídos, que depende de la Facultad de Ciencias Matemáticas de la Universidad Complutense de Madrid y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. El CSIC cuenta también con otras instalaciones en el poblado y en la base de la Cruz.

En el círculo central se levantaba un altar, y, en él, un crucifijo gigante con la escultura de Jesús en la Cruz. Sobre ella, una cúpula con un mosaico, donde se podían ver a los santos, los caídos de Falange, el Requeté y en general los del bando nacional, llegando en loor de santidad al paraíso, donde les recibía Dios sentado en majestad en su trono con un libro, santos y arcángeles, todas las cohortes celestiales. También se veían todos los santos españoles, como san Isidoro, santa Teresa de Jesús o san Ignacio de Loyola. La base de la cúpula, como a unos doce metros, sobre las columnas, estaba rodeada por un balconcillo circular donde estaban colocadas las luces.

—¿Has visto dónde está la cámara? —preguntó Alfredo.

—Sí, son hábiles. Justo debajo del foco que ilumina, apenas se la distingue. Seguramente es una domo, que abarcará toda la superficie debajo de la cúpula, aunque puede que esté combinada en la misma instalación con una de efecto led, enfocada directamente a la tumba. Sonreí, nos están grabando. Algún día mirarán estas imágenes y pensarán en quién se oculta detrás de esas barbas y sombreros.

—Vamos a ver nuestro objetivo —dijo Alfredo quitándose aquella idea de la cabeza.

Al otro lado del altar, distinguieron enseguida la tumba de Franco. Tenía algunas flores más que la de José Antonio y hasta una corona con banderita española.

—Umm, se ve que es más popular —dijo Rodrigo.

Llegaron al pie de la tumba. No había mucha gente debido a la hora, cerca de las once de la mañana, así que pudieron demorarse tranquilamente observando todos los detalles. El primero, que estaba frente al coro. Luego, la longitud, y, por último, las baldosas de mármol que la enmarcaban. Dos baldosas al pie, tres a los laterales.

—Decime una cosa, ¿quién pone las flores en estas tumbas?

—La Fundación Francisco Franco, todas las semanas. Y si por un casual no están una semana, que alguna vez ha pasado, las ponen los mismos monjes benedictinos.

—No sé por qué, me imaginaba más grande la losa. Pero no, tiene los 2,25 metros de largo por un metro de ancho y 1,60 m de profundidad.

También habían observado la presencia de un vigilante, que paseaba cansino por el círculo central y los aledaños, atento a las dos tumbas. Tendría unos cuarenta años, cara seria, y no iba ataviado con la chaqueta de la seguridad privada, tal y como sí habían visto a sus compañeros en la entrada. Iba con una camisa blanca y llevaba un *walkie-talkie* en la cintura. Con discreción, siguieron sus evoluciones hasta que llegó a él una figura más joven, con una americana oscura.

Tenía un pequeño receptor en uno de los oídos, muy poco visible. Cuando Alfredo y Rodrigo se acercaron, paseando con disimulo, los dos bajaron la voz.

—¿Será su jefe o su supervisor? —preguntó Alfredo ya lejos de su alcance.

—Más bien parece del servicio secreto. Tengo olfato para esos pibes. Son discretos, como con las cámaras, pero esto está muy bien vigilado. Peor que con las cajas fuertes. Y no podremos saber si hay detectores de movimiento o rayos infrarrojos. De momento no veo ningún dispositivo, pero no lo descartés.

Siguieron la visita. En los brazos laterales del crucero se situaban sendas capillas. Lo curioso era que al lado de cada una de ellas se veían varias puertas. De una, sobre cuyo dintel se leía el cartel de «Privado», vieron salir a un monje que se dirigía a otra puerta con el nombre de «Sacristía». En la otra se leía encima: «Caídos por España, 1936-1939». En el ala contraria, en la otra capilla, también se veía las mismas puertas y las mismas letras, salvo la de Sacristía.

—Eso son los accesos a las tribunas y los osarios. En varios pisos a cada lado están los cuerpos de los más de treinta y tres mil que trajeron a enterrar aquí. Puede que un tío mío.

En esos momentos el vigilante de seguridad se dirigió a ellos:

—Deben abandonar el lugar, va a empezar la misa. Si se quieren quedar, vayan a los bancos.

—Ah, sí, ya van a ser las once —dijo Alfredo.

—¿Así que esa era la sorpresa? —soltó Rodrigo mientras iban hacia los bancos.

—No te quejes, tú que eres músico: es una misa cantada —sonrió Alfredo—. Pero te diré por qué. Los monjes y los niños de la escolanía salen por esa puerta, la del coro, enfrente de la tumba de Franco. Nos vamos a poner en primera fila, pero un poco esquinados, para ver todo lo que podamos del interior. Mi plan consiste en llegar por ahí, desde el monasterio, por esa puerta.

—Pero necesitaríamos un plano de esas conexiones con el monasterio.

—Todo está previsto —dijo Alfredo—. Aquí está.

Abrió ante él el libro que había comprado. En las dos últimas páginas venía una sección transversal de la montaña. En el dibujo se veía que el crucero, a través del coro, comunicaba con una galería que desembocaba en un ascensor y una escalera que subía hasta los niveles del monasterio, al otro lado, ya que no estaban al mismo nivel. Rodrigo miró aquel plano fijamente. También venía uno de toda la basílica, con la indicación de capillas laterales, la situación de los osarios, los huecos de escaleras, ventilación y otros detalles.

—Habría que saber la anchura para ver si puede pasar el féretro.

—Esa es la razón para venir a la misa. Tienen que entrar por esa puerta, y veremos la anchura del corredor. No sé cómo es el ascensor, ojalá sea ancho, para un gran grupo de personas. En último caso, también se puede poner el féretro de pie.

—¡Pero no me jodas!

Las protestas del argentino cesaron ante la campanilla que daba el aviso inminente de la misa. Se colocaron y al poco asistieron a la apertura de la puerta, sólo la hoja derecha de las dos que tenía. Primero había salido el cura, desde la sacristía, con su casulla, y luego varios monjes más, que iban a concelebrar con él la misa. Otros jóvenes, que debían de ser novicios, hacían de monaguillos y llevaban los recipientes con el agua bendita, las hostias y el vino, todo tapado con paños blancos. Les siguió un monje con el hábito negro al frente de los niños, ataviados para la ocasión, que fueron colocándose a la izquierda y a la derecha, delante de los sillones del coro, en el círculo central. Tanto Alfredo como Rodrigo comprobaron que no se veía mucho de la galería que llevaba al ascensor tras un corredor. En cualquier caso, lo habían grabado aquellas gafas con cámara oculta.

Aunque la misa era cantada y el argentino admiró alguna de las voces que entonaban aquellos

cantos e himnos religiosos, no era de su agrado y no veía la hora de acabar con aquello. Llegó la eucaristía y entonces, cuando el sacerdote iba a elevar los brazos con la hostia, se apagaron las luces. Todas menos una: un foco que iluminaba directamente al cristo en la cruz que presidía el altar, dentro del círculo central, y al oficiante. El efecto, con el humo del incienso que antes se había expandido por los acólitos, era el buscado. Parecía que la luz de Dios descendiera sobre aquel misterio.

Se miraron, pero esperaron a que acabara la ceremonia para comentar aquello.

—Buen efecto de luz —dijo Rodrigo en voz baja—. La Iglesia siempre tiene elementos teatrales.

—Antes eso me impresionaba. Ahora ya me deja frío. Soy un descreído, o como diría el prior que ha dado la misa, «he perdido la fe».

—De todos modos, no se veía demasiado del corredor ni a la entrada ni a la salida.

—Bueno, no te preocupes. Además de los planos hay un documental, donde se ve un poco más y que te pasará.

—¿Así que un documental? ¿Y para eso me hiciste tragar la misa?

—Hijo mío, pecador, algún sacrificio tendrías que hacer...

—Me callo; estas gafas, además de imagen, graban sonido y no quiero que registren lo que en estos momentos pienso de vos.

—Puedo imaginármelo. Pero piensa mejor en tu recompensa. Salgamos, tenemos que inspeccionar los laterales de la arquería.

—Miremos la tumba una vez más, así dejamos que la gente vaya saliendo.

Dieron la vuelta al altar y cuando llegaban, junto con otras familias, oyeron a un niño que decía:

—¡Mira, papá, Cristo da la espalda a la tumba de Franco!

—Buena observación, a fe mía —dijo Alfredo en voz baja. Aunque abominaba de la Iglesia, aún le quedaba una remota fe en el Dios que había amado durante tanto tiempo.

Había demasiada gente, muchos curiosos rodeando aquella losa, y dieron la vuelta para salir de la basílica con y las personas que habían acudido a la misa. Un niño lloraba y aquel llanto, con la reverberación, se hacía casi insoportable.

—Menos mal que no tuve hijos —dijo el argentino—, pero bromas aparte, ¿te percatás de la sonoridad del lugar? Eso no es bueno para el trabajo que hay que hacer.

—En eso justo estaba pensando... En el hecho de que, afortunadamente, no tuve hijos. Así no he tenido que contarles la verdad. Pero sí, ya suponía que lo de la sonoridad va a ser un problema. Habrá que pensar en alguna solución.

Salieron. El paisaje era grandioso y contrastaba con lo lúgubre del interior: cielo límpido, nubes de algodón suspendidas en el azul, moviéndose lentamente en la dirección del viento. Al lado de la escalera de acceso, un coche patrulla de la Guardia Civil. Cuatro guardias civiles departían a unos metros.

Tomaron la parte izquierda de la arquería. Al final había unas escaleras que daban a un pequeño aparcamiento. Allí estaba estacionada una furgoneta de la empresa Otis de ascensores.

—Mira por dónde, nos han ahorrado una investigación. Estaba pensando en la empresa que hace el mantenimiento de los ascensores y ahí está.

—Qué raro, un domingo.

—Habrán tenido una avería. Eso me da una idea.

Volvieron sobre sus pasos y recorrieron la parte derecha de la arquería. Allí, bajando unos escalones se veía una pequeña carretera. Estacionado, otro vehículo, un 4 × 4 de la Guardia Civil.

—Tienen un destacamento de cinco agentes, ellos son los que se encargan de la seguridad en el exterior de los edificios y en todo el perímetro. Esos cuatro que hemos visto más otro que tiene que estar en el control con las cámaras —ilustró Alfredo.

—¿Y esos datos? —preguntó el argentino.

—Informes parlamentarios, que hablan del número de efectivos, no de las medidas de control.

Siguieron por aquella carretera hasta la cafetería, a unos doscientos metros. Era un edificio por donde, en sus tiempos, se entraba al funicular que había dejado de hacer su servicio hasta la cruz hacía varios años, debido al mal estado de las estatuas de la base.

—Esta cafetería fue arrendada a la fundación Francisco Franco, que asimismo tiene unos locales en el sótano de la basílica.

—Ya veo, los hombres no solo viven del aire.

—Y menos éstos...

Tomaron el coche y recorrieron el trayecto que les separaba del monasterio y la hospedería, a la espalda de la basílica donde estaban. Si desde el otro lado del risco de la nava el paisaje era imponente, no lo era menos desde esa zona. Llegaron a una explanada de 300 por 150 metros, flanqueada por dos galerías de treinta y tres arcos que unían los edificios de la abadía benedictina, junto a la peña donde se alzaba la cruz, y el del Centro de Estudios Sociales, al extremo opuesto.

—Ese Centro de Estudios Sociales, donde está la hospedería, era el primitivo edificio destinado al monasterio y se construyó entre 1942 y 1949 —informó Alfredo—, pero fue rechazado por los benedictinos, que decían que estaba lejos de la basílica y que tendrían que recorrer esa distancia por los arcos todos los días, con las inclemencias del tiempo. Al final tuvieron que construir nuevos edificios para la abadía y la escolanía, estos, que son los que nos interesan, porque son los que están unidos en el interior con la cripta.

Dejaron el vehículo en la explanada y pasearon por la arquería que, según ilustró Alfredo leyendo el libro comprado, tenía su inspiración en la plaza del Palacio Real de Madrid. El conjunto, entre el monasterio actual y la hospedería, enfrente, desprendía un estilo mezclado entre clasicismo y la estética borbónica de los sitios reales. Durante su recorrido de inspección, en el que iban sacando fotos, vieron que se podía acceder con vehículo hasta la escalera que llevaba a la portada del monasterio, unos ocho peldaños.

—Es verdad lo que dice aquí, que en esa puerta del monasterio se aprecia una influencia de los templos egipcios, con esa especie de paredes contrafuerte a los lados.

—Lo cual le viene muy bien al espíritu del conjunto, faranoico-paranoico —replicó el argentino.

—Tienes que elevar el nivel de esos juegos de palabras.

—Y vos, pensar en objetivos más razonables ¿Sabés lo que me repugna de todo esto? Claro, vos no conocés. Mi apellido, Cichero, que viene de un ancestro italiano, de mi madre, es el de una familia de funebreros y dueños de la principal casa de velatorios boquense. Es como volver a un tema familiar que siempre estuvo ahí.

—Fune... ¿qué?

—Funebreros, ¿es que no hablás el mismo idioma?

—Bueno, ya sabes, somos pueblos separados por un idioma común.

Se detuvieron frente a las puertas de bronce del edificio de la abadía, más pequeñas que las de la basílica y en su mismo estilo. La cerradura era de la época en la que había sido construida, los años 50.

—No parece que la abran mucho. ¿Y detrás?

—Detrás de ellas, un vestíbulo conduce a los larguísimos y oscuros corredores que llevan hasta la basílica por dentro, con el ascensor y las escaleras —dijo Alfredo.

—¿Sabemos la distancia?

—Unos ochenta metros al menos, calculo por el plano, hasta los ascensores. Y una vez abajo, desde allí a la puerta del coro de la basílica, calculo que unos veinte.

—Tendríamos que saberlo exacto, e incluso recorrerlo antes.

—Haremos lo posible. Todo eso tendremos que planearlo con tranquilidad y seguridad. Pero ya te has hecho una idea. Yo tengo muchas para desarrollar. Las iremos discutiendo mientras reúnes un equipo.

7 UN EQUIPO PARA UN PLAN

Tras la visita al Valle se reunieron en el chalet con abundante provisión de bebida y comida. Era la hora del almuerzo, y mientras comían guardaron silencio, sin duda pensando en todas las dudas, complicaciones, necesidades y en general, todo lo que suponía una operación de esas características. Fue ya en los postres cuando el argentino, tras apurar su segundo botellín de cerveza, abrió el fuego.

—Necesitaremos un buen equipo, y eso cuesta caro.

—Ya te he dicho que no habría problema por el dinero.

—Bueno, no sé si podrás pagarlo.

—Pero, ¿en quién estás pensando?

—Un tal Tom Cruise...

—¡Serás tarado! —dijo Alfredo riéndose—. Esto no es una misión imposible. Se puede hacer y lo vamos a hacer.

—Bueno, ya me dirás cómo. Supongo que tendrás un plan.

—Algo he pensado, pero por eso he recurrido a ti. Tú eres especialista en hacer planes.

—O sea, que solo tenemos dinero y una voluntad nacida de la venganza. Es poco, aunque se puede empezar. Pero decime una cosa, y ésta es la única condición que te voy a poner. Si después de planearlo, ver todas las posibilidades, las segundas opciones, las fugas, los posibles imprevistos, vemos que existe un 20% de posibilidades de fracaso, lo abandonamos. En ese caso sólo te cobraría el tiempo que he estado trabajando, no te voy a sacar tanta plata.

—Lo vamos a hacer. Simplemente, porque no se ha hecho y podemos hacerlo.

—Esas no son razones. Gallego, ¿te puedo decir algo?

—Sólo si dejas de llamarme «gallego». Sabes que soy de Madrid.

—Está bien, madrileño. Te diría que para que culminés esta operación te enfriaras. Que no lo tomaras como algo personal. Que lo tomaras como una operación, ilegal, obviamente, pero desde el punto de vista técnico, hasta profesional.

—Hombre, soy abogado, no enterrador. No sé cómo me podría tomar esto de una manera profesional. Si fuera así, un buen profesional de lo mío, yo mismo tendría que ir a confesar a la policía o al fiscal.

—Entendeme, carajo. Quiero decir, que lo hagás sin odio. Decís que actuás por venganza, y hay un dicho que me encanta, y es ese de que la venganza es un plato que se sirve frío.

—Joder, para ser argentino te sabes todos los refranes... Comprendido. Intentaré sacar el dedo de la sopa caliente.

Sabía lo que Rodrigo quería decir. No sufría, sin embargo, ninguna obcecación peligrosa. En su cerebro se había abierto paso la idea de que aquello que iba a emprender era lo que iba a dar sentido a su vida, a una vida que hasta el momento, no tenía un claro propósito. Sería una argumentación viciada casi de antemano, pero sentía que, por primera vez en su existencia, estaba decidido a hacer justicia. Para eso había estudiado, para eso le habían inculcado esos principios. Y, curiosamente, hacer justicia significaba, en este caso, saltarse la ley. Sonrió. La ley y la justicia no siempre iban unidas.

—Entonces, tu plan de partida, ¿cuál es?

—Estamos a principios de mayo. Tenemos más de dos meses para prepararlo y poder hacerlo

durante la noche del domingo al lunes, el día 15 de julio, fecha de la final del mundial de fútbol, en la que toda la vigilancia privada y los guardias civiles estarán pendientes si juega España.

—Perdone, ¿y si no es así?

—La final de un mundial la ve todo el mundo, es la mejor fecha y hora para un atraco. Porque, si no, tendría que ser un lunes, que está cerrado el Valle, y durante el día supongo que habrá vigilancia en la cripta. Creo que la mejor forma es por el monasterio. Habrá que anular las cámaras y ver la manera de levantar esas dos baldosas para levantar la losa.

—Bien, supongamos que todo eso es factible. ¿Y cómo pensás sacar el féretro? Porque supongo que no vas a sacar el cuerpo, o los huesos, lo que quede, dejando allí la caja.

—Estaba dándole vueltas a eso. Creo que podría ser con una furgoneta de la empresa de mantenimiento de ascensores. Aún quiero ver dónde podríamos almacenar el féretro hasta que el lunes pudiera entrar el vehículo y, después cargarlo y sacarlo.

—A plena luz del día y teniendo que bajar al menos una escalera de varios peldaños, a la vista de todos.

—Tenemos que pensar en eso, como en otros detalles. De momento, y para empezar, habrá que contratar a un buen *hacker* para meterse en las empresas de seguridad, mantenimiento de ascensores, Patrimonio Nacional e incluso Guardia Civil.

—Desde luego. Pero te digo desde ya que tu plan es más endeble que mi carrera académica.

—Y eso que no has estudiado en la universidad Rey Juan Carlos... Pero bueno, para eso estás tú. Tenemos que diseñar un plan perfecto.

—Veo que necesitamos un equipo de al menos cinco personas, quizá otras dos más como conseguidores, que estarán solo al principio de la operación. Empezá a apuntar: además del *hacker*, necesitamos dos buenos conductores que puedan ayudar físicamente en la extracción del ataúd, dos expertos en construcción, poleas y demás, porque habrá que mover esa losa y dejar todo como estaba. Y aparte de estos, otra persona para conseguir y falsificar las credenciales que vamos a necesitar, ya sean de Patrimonio, de Otis o de quien sea. Y además de las personas, habrá que pensar en el material, empezando por los coches, la maquinaria que vamos a emplear, que tiene que ser muy sofisticada y poderosa y, al mismo tiempo, que no ocupe demasiado. No sé, de verdad, por qué se te ocurrió esto, con la cantidad de cosas que hay para fracasar.

—¿Eso es todo?

—Y te olvidás de la figura más importante. Sin ella no lo lograremos.

—¿Quién? —dijo amoscado Alfredo. No se le ocurría qué era lo que habían dejado fuera.

—Un mago. Ya que no vamos a tener a Tom Cruise, al menos contratá a David Copperfield o alguien así, capaz de hacer desaparecer cualquier cosa.

—¡Ja ja! —rio—. ¡No sos un tarado, sino un pedazo de boludo de igual tamaño que la basílica del Valle! —dijo, imitando su acento.

—¡Uff!, aún te falta mucho para el argentino. No es tan fácil imitar ese acento, por mucho que lo creás ¿Sabés que una temporada me gané la vida allá, en Buenos Aires, imitando a famosos?

—Mirá, porteño —siguió imitando—, tienes una facultad, con ese humor tan peculiar que tienes, que no sé si es argentina o te viene de alguna otra parte. Me has dado un par de ideas. Estoy pensando...

—¡No, otra vez no! ¡Te dije que no lo hicieras! ¡No volvés a pensar!

—Vamos a necesitar, tal vez, un mago y un imitador de voces. Es lo que le faltaba a nuestro plan.

—¿El toque artístico o creativo?

—No, el toque Berlanguiano. O esperpéntico. Siempre he pensado que Berlanga y Valle Inclán

hubieran hecho una gran pareja. Si les unes a Buñuel, haríamos una trinidad perfecta.

Rieron. Era una forma de relajar la tensión que les invadía desde que habían visitado el lugar, el escenario del crimen según podría definirlo judicialmente un fiscal.

—A partir de ahora hablaremos en clave, o, por lo menos, no nos referiremos a las cosas por su nombre. Hablaremos de «operación», o mejor, de «operación Chaplin» —siguió Alfredo.

—Vaya, buen nombre. Supongo que es un guiño por lo de «El gran dictador».

—Suposición equivocada, aunque tenga su interés. Estuve buscando en la red robos de cadáveres famosos. Es más bien por el robo que hicieron del cadáver de Chaplin en Suiza. Podía haberla llamado Napoleón, Shakespeare, Mozart, o cualquiera de las personas famosas cuyos cuerpos fueron robados a lo largo de la historia. Lo de Charlot le viene como anillo al dedo. Tú me decías que tenía que reírme un rato. Pues empezemos por el nombre. La verdad es que la historia de los últimos cien años en este país sería de risa si no hubiera sido tan trágica. Y ya que hablamos de cine, tengo que enseñarte algo. Aunque no es una película cómica.

Alfredo encendió la pantalla panorámica de plasma última generación y, desde un aparato reproductor, abrió una carpeta con una serie de archivos. Se había hecho con los No-dos que ilustraban tanto la construcción del monumento como su inauguración, y, por último, el entierro de Franco. Los fueron viendo uno a uno, señalando detalles y tomando algunos apuntes. De vez en cuando Rodrigo pedía detener la imagen.

Vieron la capilla ardiente, con todas aquellas colas desfilando ante un ataúd forrado de blanco donde el dictador había sido amortajado con uniforme de gala de capitán general; toda aquella ceremonia, las honras fúnebres, la salida del Palacio Real con la presencia de los reyes y todo el colegio de cardenales. Después, el féretro se trasladó en un camión descubierto con motoristas a los lados y la Guardia Mora a caballo, que le siguió hasta que la comitiva enfiló el arco de la Victoria, cubierto con crespones negros.

A su llegada ante la explanada del Valle de los Caídos, fue recibido por una guardia militar de honor. Allí lo alzaron a hombros prebostes del régimen y franquistas señalados, que se iban turnando hasta la entrada en la basílica, entre los alabarderos, militares vestidos de gala y, en general, un templo abarrotado en el que se encontraban algunos mandatarios extranjeros, dictadores como Pinochet. Antes del entierro, en un corto ritual, el cardenal bendijo con el hisopo la tumba en la que iba a ser enterrado, que se encontraba en el presbiterio entre el altar mayor y el coro de la basílica.

—Ahí, pará, ¿esa es la fosa? ¿Me recordás las medidas?

—Un hueco de 2,25 metros de largo, un metro de ancho y 1,60 m de profundidad. Tuvieron sus dificultades para que se conservara en buen estado.

Alfredo sacó un libro, *El Valle de los Caídos, una memoria de España*, de Fernando Olmeda, de donde había sacado la información.

—El arquitecto Ramón Andrada, de la empresa Huarte, recibe instrucciones, en otoño de 1975, para comprobar el estado de la fosa de la cripta; se descubren importantes filtraciones de agua y cieno que obligan a emprender trabajos urgentes de impermeabilización. Después de desviar las conducciones, se preparan muros de hormigón forrado en plomo que aíslan completamente la fosa.

—¿Y dentro de la fosa?

Dentro de la fosa hay cuatro escudos grabados. En la cabecera, el escudo nacional franquista; a los pies, el guion militar de Franco; a la derecha, las insignias de capitán general y a la izquierda, el emblema de Jefe Nacional del Movimiento. Pero no sobresalen mucho.

Siguió la filmación del entierro, Rodrigo fijándose en los detalles que le interesaban. Vieron, a

cámara lenta, cómo en medio de un corro de altas personalidades, entre las que estaban los reyes Juan Carlos y Sofía, los operarios pasaban las cuerdas bajo el ataúd, éste era alzado en vilo y depositado lentamente en el suelo del sepulcro. Después, usando unos rodillos, hicieron correr la losa de granito de veinte centímetros de grosor para sellar la tumba.

—Ahí, ahí, ¿qué están haciendo?

—A los pies de la tumba, en el centro, sellan un hueco que es el que habría que abrir para hacer palanca y levantar otra vez la losa.

—¿Sabemos algo de la losa?

—En 1959, cuando se inauguró el Valle, un cantero de Alpedrete había tallado una piedra de tonelada y media similar a la de la tumba de José Antonio. Incluso se habló de que, en realidad, era la primera que se iba a utilizar en aquella tumba, pero que no tenía las medidas. Se localizó la losa, se grabó en ella el nombre de Francisco Franco y se transportó a la cripta, donde un equipo especializado realizó varios ensayos de colocación incluso la misma mañana del sepelio.

—Así que tonelada y media... Parecería que no quisieran que, por lo más remoto, pudiera salir de su fosa...

Alfredo, por reflejo, le miró con el ceño fruncido, pero enseguida se sumó a la ironía del argentino.

—Desde luego. Había muchos que querían que el franquismo como régimen se acabara, y que nos incorporáramos a Europa y a las grandes riquezas que nos daría volver a la senda de la democracia. Al menos para algunos. Franco impedía lo que luego fue llamado «la transición». Pudo haber transición en el régimen político, pero, en lo esencial, todo quedó igual, «atado y bien atado». Es algo que siempre me negué a admitir. No hubo vuelcos económicos, ninguna familia de las que estaba en el poder perdió un ápice de su dinero o poder, dinero que muchas veces habían hecho con métodos fraudulentos o criminales.

—A mí me venís a contar de métodos criminales. Los argentinos somos maestros en eso. Yo solo robé bancos, pero lo peor allá y acá son los ladrones de guante blanco, los que están en el mejunje, en la política, en los negocios.

—Además de los ascensores, estoy considerando otras dos posibilidades para acceder al Valle de los Caídos, bajo varias tapaderas. ¿Te acuerdas del centro de detección de terremotos que te señalé, en aquella loseta al llegar al crucero? Depende de la Facultad de Matemáticas de la Universidad Complutense de Madrid y del Consejo superior de Investigaciones científicas. Con el *hacker* podríamos simular una avería en los aparatos y entrar como si fuéramos técnicos para repararlos.

—¿Y la otra?

—Me convence menos incluso que la anterior. Se trataría de introducirse como técnicos de mantenimiento de la empresa «Rocafort», que es la encargada del funicular, aunque no funcione. Tiene la ventaja de que se podría meter hasta un camión, pero el asunto sería luego entrar en la cripta.

—Bueno, tenemos que empezar a trabajar con un *hacker*. Tendremos que entrar en el correo y organigrama de esas empresas u organismos, y comprobar visitas, pautas, rutinas.

—Sí, está bien, hay que empezar a pensar en el equipo. He pensado ofrecer para los que actúen en la operación medio millón de euros en dos plazos y para los apoyos puntuales necesarios antes de la operación, entre cien y doscientos mil euros, también pagaderos en dos partes, una al principio y una vez acabado el trabajo.

—Me parece bien, vos ponés el incentivo y las reglas para cobrarlo. Lo mejor es que, si te parece, yo seleccione en primer lugar a los candidatos, y vos los entrevistás para darles el visto

bueno.

—Vaya, argentino, esto parece una selección de personal o un *casting*. No sabía que las cosas se hacían así.

—El capitalismo, el *marketing*, la empresa, los procesos de selección, la entrevista personal... No hemos inventado nada. La diferencia en este mundo es que nadie engaña a nadie, nadie quiere dar una imagen diferente a la que es. Como se juega la libertad, y a veces la vida, no hay tiempo para tonterías o, como se dice ahora en España, para posturos. En una semana, quince días a lo sumo, puedo empezar a tener seleccionados.

—Tenemos algo más de dos meses hasta la final del mundial para preparar la operación. De acuerdo, comienza y ya me cuentas, nos veremos aquí. Da la información estrictamente necesaria. Prefiero que este sea el centro de operaciones. Estamos tranquilos y cerca del objetivo, por si hay que hacer otras visitas.

—Habrá que hacerlas con los que vayan a participar directamente sacando el fétetro, sin ir en grupo, y convenientemente disfrazados. Y mejor en autobuses, mezclados con una excursión de las que se hacen ahora.

El primer miembro del equipo que Rodrigo seleccionó era el *hacker* que debía romper la seguridad de varias empresas. Después de una semana de haberlo localizado, consiguió hablar con él y convencerle, tras un par de horas, de que formara parte de aquello. Así se lo contaba a Alfredo.

—Algoritmus es su apodo, y no creo que te diga su nombre real. He tenido que contarle de qué se trataba, no había otra manera. Yo lo conocí por uno de los golpes, tenía que entrar en la red de una empresa de seguridad y conseguir el código de las alarmas, algo que está absolutamente protegido.

—¿Y cómo lo hizo?

—Se las ingenió para lanzar un ataque informático con el grupo al que pertenece y bloquear las páginas web de la empresa. Y la empresa lo buscó para que neutralizara el ataque. Lo hizo y, de paso, consiguió esos códigos; no me preguntés cómo, yo controlo hasta cierto punto ese lenguaje de exploits, vulnerabilidades, códigos fuente, *hack coders*, *crackers* y demás.

—Entonces es bueno.

—Uno de los mejores; ahora, hay que saber tratarlo.

—¿Es uno de esos frikis, tal y como dicen que son los *hackers*?

—Hasta cierto punto. La mayoría se creen muy buenos en lo suyo, si no el mejor, y a veces hacen las cosas por superar retos que parecen imposibles.

—Y por un buen dinero, también.

—Bueno, a veces esa no es la última razón. En este caso, Algoritmus se llevó algo, pero no todo lo que podría haber sacado. Hay muchos *hackers* que son auténticos piratas y sólo les importa la pasta, son extorsionadores, chantajistas, en fin, ya sabés. Y hay otros que actúan en causas nobles, para proteger a personas e instituciones, y no cobran dinero.

—¿Y Algoritmus pertenece a esa categoría?

—No puedo decir que no haya pedido dinero o extorsionado, pero no lo tengo tan claro. En el caso que te cuento, intervino porque la empresa de seguridad era la que se dedicaba a proteger a una serie de cabrones de la construcción, gente que había provocado la crisis y todo eso, fondos buitres.

—Dime una cosa, ¿y por qué le llamó la compañía de seguridad?

—Se dedica a la seguridad informática. Tiene una pequeña empresa donde emplea a piratas condenados y reconvertidos. Ya sabés, no hay que fiarse de las apariencias.

—Supongo que también lo dices por mí. Lo tengo merecido.

Cuando Rodrigo llevó a Algoritmus al chalet para que se entrevistara con Alfredo, el abogado se sorprendió de su aspecto. Era un joven alto, sin gafas, con cierta pinta atlética.

—Siempre he pensado que los *hackers* eran escuchimizados, con gafas y aspecto asocial.

—Todo eso ha cambiado mucho. Es como si yo dijera que todos los abogados son retorcidos y que les pierden la vanidad y las cuentas corrientes. Te podría decir que los *hackers* somos los buenos, aunque nos saltamos barreras y reglas, y los ciberdelincuentes son los malos.

—Te llamaré Al. Lo de Algoritmus me resulta ridículo, sobre todo en persona.

—Me es igual como me llames. Haré el trabajo, si la recompensa es la prometida. También creo que la causa lo merece. No haría nada contra mis principios.

«Y si esos principios están bien pagados, mejor que mejor», pensó Alfredo.

—Nunca podrás jactarte de este trabajo.

—Tú no sabes los que he hecho. Mis trabajos más especiales nunca se han conocido ni han salido a la luz. Estoy en el reflejo oscuro, o, por decirlo mejor, en el espectro invisible.

—Supongo que sabes más o menos de qué se trata, ya perfilaremos detalles. ¿Cómo piratearías Patrimonio Nacional, la congregación benedictina, la empresa de ascensores y, si es preciso, la Guardia Civil?

—Lo último te diría que, además de ser difícil, puede ser peligroso. No me metería en esos jardines. Y sobre las otras, habría que comprobar sus sistemas primero. No sé si has oído hablar de la ingeniería social.

»Lo mejor y más rápido es poder enviar a su correo un troyano que nos permita controlar su equipo. Si pican y lo abren, se instalará en sus terminales y podemos hacer con ellos lo que queramos. Y otra opción es mandarles un *phishing* haciéndonos pasar por su proveedor de correo y pedirles directamente su contraseña. No sabes lo ingenua que es la gente. Yo intentaría esto primero, pero necesito conocer bien los objetivos para preparar algo creíble.

—¿Y si tienen buenos antivirus?

—¿Antivirus? Me parto. ¿Te crees que soy un *lammer*? Estás hablando con un profesional. Yo escribo mi propio código, y te aseguro que ningún antivirus del mercado ha detectado nada mío hasta ahora.

Alfredo se quedó pensativo. Le daba vueltas a lo que decía Al.

—¿Y si no se puede acceder a esos puestos y no pican?

—Otra posibilidad es lograr averiguar la contraseña de esos correos; aunque eso puede llevar un tiempo, es más seguro.

—Pero no será fácil hacerse con las contraseñas...

—Hay que tener mucha información: número de matrícula del vehículo, fecha de nacimiento, lugar, nombre de la esposa o de los hijos, en fin, todo lo que rodea a esa persona. Y paciencia. El 90% de las personas utilizan una contraseña que tiene que ver con ellos, con sus fechas, mascotas, familiares, hobbies, en fin...

—También deberíamos ser capaces de llamar con un teléfono cambiando el número que apareciera en la pantalla, para que creyeran que llaman de Francia o Italia.

—Hay varias apps para eso: una es Voz IP, otra Fakecaller ID, otra Call ID change; en cualquiera de ellas introduces tu número y la salida de la llamada puede ser cualquier otro, hasta de otro país. ¿No estás harto de responder a llamadas de números que parecen de España y en realidad están llamando desde Perú o Marruecos?

—Necesitaremos una primera llamada a la abadía que crean que viene de su congregación de Francia. Y en algún momento también podemos necesitar una llamada del Vaticano. ¿Cuándo

puedes empezar?

—Cuando quieras. Primero hay que comprobar sus sistemas de seguridad, dónde tienen los servidores, antes de diseñar el troyano. Dejando aparte a la Guardia Civil, ¿son sólo las empresas y organismos que me has dicho?

—Sí, Patrimonio Nacional, la congregación benedictina de la abadía del Valle de los Caídos, la empresa Ombuds de Seguridad y la de ascensores Otis, de momento.

—Vale, en una semana nos vemos y le cuento cómo están las cosas.

—Para entonces también tendremos claro por donde vamos a empezar, con qué correos.

—Contale lo que me has dicho sobre el troyano que vas a utilizar —intervino el argentino.

—Si tengo que utilizar un troyano lo llamaré antiFranky.

—Bueno, es un poco obvio.

—Pero no es por Franco —añadió Rodrigo.

—¿Ah, no? ¿Y entonces?

—Por ser lo contrario a Frankenstein. El doctor Frankenstein da vida a un monstruo hecho de retazos. Aquí lo que se pretende es borrar al monstruo y condenarlo al olvido.

Alfredo puso una sonrisa de circunstancias. Cuando se fueron el argentino y Algoritmus, se sentó en una mecedora en el balcón, desde donde se veía, lejana, la cruz del Valle. En aquellos días tenía momentos bajos, en los que la persona que había sido, con sus convicciones, rutinas y pensamientos, le alcanzaba. No era fácil cambiar de una forma tan rápida. Una de sus mayores preocupaciones era si se había ido al extremo opuesto por la ley del péndulo, si aquellos valores de justicia y ley que defendía como abogado ya no eran más que un viejo recuerdo y se había pasado al lado oscuro, al lado del delito y sus practicantes. Si estaba socavando, horadando todo el orden que había defendido y mantenido. Y si eso saltaba por los aires, ¿qué quedaba? La ley de la selva, donde todos querrían imponer la ley del más fuerte, no precisamente la del más justo.

Aquellas dudas y escrúpulos se diluían un tanto cuando veía cómo se había enriquecido su vida desde que había tomado la decisión: los mundos que abrían las personas que iba conociendo, cada cual con una diferente historia, preocupaciones, objetivos vitales, opiniones.

Había abierto el odre de todos los vientos y ya no podía cerrarlo. No podría, desde luego, volver a ser quien había sido, o quien creía que había sido, un producto de una familia de derechas, franquista, católica apostólica y romana, que veía siempre peligro por todas partes para el bienestar de todas aquellas personas de orden.

8 UN PAPEL PARA UN MAGO

No sabían cómo resolver algo que les parecía capital, y eran las llaves del pasadizo y las puertas del coro de la basílica. La única posibilidad era utilizar a una persona mayor, que pudiera hacerse pasar por un hermano de la orden y quedarse unos días en la hospedería interna de la abadía, conviviendo con los monjes, y aprovechar el descuido o las horas de la noche para robar las llaves y hacer un molde en masilla o porcelana fría.

—Tendría que saber latín y francés. Y religión católica... No creo que haya nadie así, tendremos que desecharlo.

Alfredo y Rodrigo habían dado vueltas a esa idea, hasta que, de pronto, a Rodrigo se le iluminó la bombilla, según decía.

—Ya está. Ese es un papel para el gran Marcel.

—Ilústrame, argentino.

—El gran Marcel, en realidad Marcelino Cifuentes, viejo actor, viejo mago, casi viejo de todo. Está retirado y vive en una residencia privada, donde sigue haciendo a veces números de ilusionismo para los viejos. Sabe francés, desde luego, latín porque fue seminarista —no sé si por eso está muy rebotado con la religión— y habrá que enseñarle a hacer copias de las llaves.

—¿Y cómo sabes de él? Serías un gran director de *casting*, je, je.

—Yo sé de muchas cosas, gallego. Lo utilizamos una vez para que distrajera a un guardia de seguridad haciendo unos trucos de magia. Por eso sé que está en una residencia privada, de esas de monjas, que paga con lo poco que ahorró y que complementa su pensión.

—No sé, argentino; ¿está bien física y mentalmente? ¿Podrá hacerse pasar por un monje francés?

—Desde luego sabe francés. De hecho, su nombre le viene de cuando actuaba en circos franceses. Pero habrá que comprobar como está. A ciertas edades un par de años puede ser un mundo. Organizo una visita a su residencia.

Y, desde luego, el argentino la organizó. Fuera porque le había avisado, fuera porque ya estaba programado, el hecho es que llegaron a la residencia, en las afueras de Aravaca, en plena actuación del gran Marcel. La recepcionista les indicó el pequeño salón de actos donde tenía lugar la actuación, que debía de ser una actividad mensual, a tenor del interés que suscitaba entre los demás compañeros de residencia, es decir, ninguno. La residencia la atendían monjas, cuya presencia se sentía aquí y allá, entre las auxiliares que asistían a los ancianos que se repartían por salas, pasillos y por el jardín.

—Estos lugares me deprimen —comentó Rodrigo—. Veamos al gran Marcel cuanto antes. Su lema de mago es: «La vida entre lo visible y lo invisible». Por cierto, para él soy el «uruguayo», no conoce mi nombre de verdad.

—Vaya, eso me suena de una película.

—Tampoco le digas tu nombre real, utilizá un seudónimo, por ejemplo, «Paquito»

Alfredo le miró enfadado.

—¿Tú me ves como Paquito?

—Está bien, bromeaba, llámame como quieras.

—Entonces seré Roberto.

Entre miradas curiosas de los viejos que aún sentían curiosidad por lo que pasaba delante de

ellos, entraron en el salón sin poderse quitar esa agridulce sensación que producen la inmensa mayoría de las residencias para mayores. Ante ellos el gran Marcel, vestido con un *smoking* algo ridículo de lentejuelas, sacaba pañuelos de colores de una chistera. Él los miró, pero apenas pestañeó. Aguantaron varios números más de desaparición de objetos y, por último, el mago dio por concluida su actuación, que apenas registró el aplauso de algunos cansados residentes y de las visitas que les acompañaban.

—Ahora mismo me cambio y hablamos —les dijo Marcelino—. Esperadme en el jardín, en la mesa más separada que haya. Aunque parezca que no, aquí nos puede oír cualquiera.

—No creo que muchos, la mayoría están dormidos —replicó Alfredo.

—Dormidos no, hipnotizados. Los hipnotizo para que se les pasen los dolores físicos y mentales, sobre todo a los que están aquí abandonados.

Alfredo no quiso contradecirle. Aquella imagen le recordaba el doloroso declive de su madre. Pero cuando salían hacia el jardín habló como para sí mismo.

—El único que hipnotiza bien es el Lorazepam. No sé, no sé, Rodrigo, me parece un patético cantamañanas.

—Esperá a ver.

Cuando llegó a la mesa, el mago abrazó al argentino.

—¡Caramba, uruguayito, cuanto tiempo!

Luego saludó a Alfredo con una gran sonrisa y con las dos manos, como si se tratase de un antiguo y fiel admirador.

Se sentaron y, antes de nada, el argentino le regañó con ternura:

—Ya está, siempre lo hace. Devolveme mi cartera y el reloj del señor Roberto.

El gran Marcel puso cara de haber sido pillado in fraganti y sacó los dos objetos de sus bolsillos. Alfredo se percató de que le había quitado el reloj limpiamente.

—Era broma, ya sabes. Tendría que haberme dedicado a eso, uruguayito —dijo el mago.

—Uruguayo a secas. Ya es bastante...

—Desde luego, habría hecho carrera —contestó Alfredo, que, con un golpe de cabeza, dio el visto bueno para que el argentino, uruguayo en aquel momento, le expusiera el trabajo que habría que realizar.

—Se trata de que durante unos tres días, en una abadía, te hagás pasar por un hermano beneditino que viene de Francia y hagás copias de una serie de llaves que tendrá el portero, el administrador o el prior, aún no sabemos. ¿Te ves con fuerzas?

—Hombre, no es muy atrayente el plan, pero salir de aquí unos días siempre me vendrá bien. Por el acento no hay problema, puedo *imigtag* el español de un *fgancés* con más o menos acento. Pero tendría que estudiar a los benedictinos. Aunque tengo experiencia en tratos con las brujas... Digo, con el clero —señaló a las monjas—, una comunidad monástica es otra cosa.

—Aquí he traído unos cuantos libros y devedés. La regla de san Benito, cantos gregorianos, etc.

—¿Y mis honorarios?

—Ciento cincuenta mil euros —dijo Alfredo.

—Por esa cantidad puedo hacer hasta de Papa y distraer las llaves del Vaticano.

—De momento no es necesario.

—¿Y de qué se trata, uruguayo, del robo de algún libro, algún cuadro?

—Nada que tenga valor material, no disminuiremos esta vez el patrimonio de nadie —soltó Alfredo, o mejor, Roberto—. Pero en su momento lo sabrás. Y me tienes que dar tus medidas, habrá que confeccionarte un hábito. Tengo un buen sastre, iremos y le diremos que es para una

fiesta de disfraces o una representación. ¿Puedes esta semana?

—Como ves, tengo todo el tiempo del mundo. Aunque no tenga relojes tan caros.

—Es la costumbre. Bueno, tenemos que irnos, el uruguayo estará en contacto contigo y te pondrá un documental del lugar donde tendrás que actuar...

—De acuerdo. Antes de irnos, ¿no queréis ver mi colección de cactus? Como no hay que regarlos mucho, las monjas permiten que tengan unos cuantos. Yo, en broma, les digo que son plantas tan secas y espinosas como ellas, je, je...

Mientras el gran Marcel se preparaba, siguió adelante el proceso de selección de aquella operación que habían bautizado como Chaplin. Lo siguiente era conformar el equipo de técnicos que moverían la losa y sacarían el féretro. El argentino citó una tarde a los que había seleccionado. Alfredo abrió la puerta del garaje y esperó a que salieran del vehículo. De pronto se encontró con tres jóvenes fornidos y bien parecidos, que parecían sacados de un gimnasio más que de los bajos fondos.

—Bueno, te presento a Julio, Zacarías y Enrique. Formarán con nosotros el equipo de técnicos, si das tu aprobación.

—Encantado, chicos; pasad, tomad asiento. ¿Tenéis experiencia?

—Bueno, hemos hecho papeles de todo tipo: secuencias de acción, peleas, y también hemos tenido diálogos de varias frases —contestó Julio—. Los tres además nos hemos apuntado a Arte dramático.

—¿Cómo?

—Lo que oís —intervino Rodrigo—. No me dio tiempo a explicarte. Los conozco por mi parte artística y creativa, y me han parecido los más idóneos. Han trabajado en equipo, se cuidan, van al gimnasio, y nadie podría relacionarlos con nada delictivo, porque no tienen antecedentes. Son perfectos... para el papel.

—Puede probarnos, no se arrepentirá —intervino Enrique.

—Me vais a perdonar un momento, chicos. Rodrigo, ven al despacho, tenemos que hablar. Sentaos, poneos una copa si queréis y esperad un momento, por favor.

—Claro, no se preocupe. No bebemos. ¿Tiene zumos?

—Sí, claro, servíos lo que queráis.

Alfredo, con cara de pocos amigos, cerró la puerta tras de sí, tragó saliva, respiró un par de veces y explotó:

—O sea, que tenemos un equipo formado por un músico de *blues* que en los ratos libres se dedica a hacer butrones, un pirata informático que se cree el rey del mambo y que está algo grillado, como casi todos los que se tiran horas y horas ante un ordenador, un mago que cuida cactus, y un grupo de tres figurinistas con ínfulas de actores.

—Escuchate a vos mismo. No parecéis un abogado justiciero. Sopesá las ventajas y los inconvenientes y verás que pueden ser las personas idóneas. Se creen los papeles y no están viciados, son de fiar.

—¿Les has hablado del tema?

—Lo suficiente. Vos debés contarles el resto.

—¿Por qué crees que lo harán bien? ¿Por la pasta?

—Por varias razones. Quieren el dinero para montar una compañía y dedicarse al teatro. Pero también te diría que por el papel. Nadie ha contado para ellos para algo tan importante y no nos defraudarán. No hay nadie con más decisión que un actor en busca de su papel y cuando cree que va a realizar sus sueños de ser conocido.

—Ya. Voy a tener que desencantarlos.

—Bueno, hacelo con tacto, pero no te preocupés: están acostumbrados a las negativas. Todos los días van a *castings* donde nadie los elige.

—Me vas a romper el corazón.

—Ah, ¿pero tenés?

No pudo por menos que soltar una carcajada. Rodrigo conseguía desarmarle casi siempre.

—No demoremos más lo inevitable.

Alfredo salió del despacho seguido de Rodrigo, que llevaba una cara seria.

—Muchachos, tengo que desengañaros. Aunque este podría haber sido vuestro mejor papel y, desde luego, de lejos, el mejor pagado, no va a poder ser.

—La cara de los tres figurinistas no registró ninguna variación. Estaban hechos a las negativas, era lo primero que les enseñaban en las escuelas y talleres de actuación.

—Quiero decir, no vais a poder contarle a nadie, ni hablar con nadie, ni celebrar una maravillosa actuación. Este teatro, esta actuación, va a ser secreta ¿Podrá vuestro ego soportarlo?

—Por supuesto, aún no somos primeros papeles, podemos soportarlo. Además la recompensa merece la pena.

—Si no estáis de acuerdo, se acabó el papel.

Alberto dirigió una mirada a Rodrigo, que sonreía complacido. Esta vez el gallego se la había dado. Acabaría por cogerle afecto a ese picapleitos.

—¿Quiere decir que nos contrata? —preguntó Zacarías, aun con la incredulidad en el rostro.

—No sé si esa es la palabra correcta, desde el punto de vista jurídico ni creativo. Más bien os doy la bienvenida a una asociación de malhechores.

Se miraron entre ellos, no sabían si sonreír.

—Eso es, quizás, lo único que nos preocupa. ¿Qué es lo que hay que hacer?

—Disfrazarse de técnicos de arreglo de ascensores, ayudar a levantar la losa y sacar el féretro y trasladarlo, por corredores y un ascensor, hasta una furgoneta. Puede que existan tramos que haya que llevarlo cargado, aunque tendremos un carrito para transportarlo.

¿Qué nos puede pasar si nos pillan? —preguntó Julio, el más joven de los tres. Tendría unos treinta años y vestía de forma informal, con una pelusa de barba en la cara. Daba imagen de intelectual, junto con Enrique, moreno y con gafas. Zacarías era más corpulento y lucía una barba rubia.

—No os preocupéis, en la cárcel hay grupos de teatro. Y de música.

Ante la cara que habían puesto los tres figurantes, que parecían los tres mosqueteros, Alfredo siguió:

—Conseguiréis más fama que la que hubierais podido soñar nunca trabajando años y años. Pero está prohibido fallar. No podemos permitirnoslo. No cobraríais la segunda parte, yo no podría pagaros.

Los aludidos callaban, un poco anonadados por la ironía.

—En cuanto a vuestra preocupación legal —siguió Alfredo en el papel de abogado defensor o juez improvisado—, son seiscientos euros de multa por las infracciones al reglamento legal sobre inhumaciones, traslados y exhumaciones, y el delito contra el artículo 526 del Código Penal por violar nichos o sepulturas se castiga con una multa y una pena de máximo de diez meses, que no cumpliríais porque no tenéis antecedentes ni habéis sido condenados con anterioridad.

Se sabía de memoria las penas por aquellos delitos que iban a cometer, y sabía que nunca serían demasiado graves, aunque había otras que serían peores que una condena judicial, y eran la condena pública, y el abandono de todos los que habían sido sus amigos, así como de los clientes de su bufete.

Durante aquellas semanas había estudiado en profundidad el tema de la gestión pública de los servicios mortuorios, que había tomado distintas perspectivas históricas a partir del pensamiento higienista propio de la Ilustración, a lo que se sumaba la tradición religiosa cristiana sobre la muerte. La doctrina había evolucionado, como los tiempos, y ahora se ofrecían servicios múltiples con contenido económico y equipamientos modernos, y tanatorios asépticos donde se realizaban los velatorios, con servicios de cafetería y funeraria. Todo aquello animaba el artículo 10.1 de la Constitución española, que tenía en cuenta la idea universal de la dignidad humana, también presente en los restos mortales, así como el respeto al dolor de los allegados, la última voluntad del fallecido y las libres determinaciones de los familiares.

La normativa legal se había desarrollado con las competencias de las comunidades autónomas y las entidades locales sobre la sanidad en relación con los cadáveres y restos cadavéricos, es decir, inhumaciones, traslados y exhumaciones, que se reflejaba en un reglamento. Lo que le interesaba, en el ámbito penal, estaba en la disposición adicional segunda de ese reglamento, que determinaba la imposición de sanciones de hasta seiscientos euros por las infracciones de su contenido, sobre todo la exhumación o traslado de restos humanos con infracción de las disposiciones sanitarias.

El Código Penal lo recogía en el Título XXI, CAPÍTULO IV, Sección 20, «De los delitos contra la libertad de conciencia, los sentimientos religiosos y el respeto a los difuntos». En el artículo 526 se encontraba el hecho delictivo: «el que, faltando al respeto debido a la memoria de los muertos, violare los sepulcros o sepulturas, profanare un cadáver o sus cenizas o, con ánimo de ultraje, destruyere, alterare o dañare las urnas funerarias, panteones, lápidas o nichos, será condenado con la pena de prisión de tres a cinco meses o multa de seis a diez meses».

Así pues, no le importaban ni la cuantía económica ni las penas de cárcel que le podían caer si era sorprendido, a lo que se sumarían, sin duda, cargos por haber allanado bienes del Patrimonio Nacional. Todo aquello, para tranquilizarlos, se lo comentó a sus cómplices, como si fuera una clase de Leyes en la facultad. La banda, pues ya podía denominarla así, de la operación Chaplin, había dejado aparte sus escrúpulos, más que por miedo a quebrantar la ley, por la suma prometida, gracias a que «poderoso caballero es don Dinero».

Pero, a pesar de haberlo estudiado, no entraba en los planes de Alfredo que fueran identificados y detenidos, pues eso suponía que no podría llevar a cabo su venganza, algo a lo que había dedicado ya su vida. Sabía también que aquello tendría un precio no sólo económico, sino vital. Tendría que salir de España para el resto de su vida, renunciar a su estatus, a su bufete, a sus negocios, al ascenso social, incluso a una boda de postín, aunque con cierta edad. No, aquello no importaba nada e incluso sería una liberación: salir de aquel país en el que había nacido pero del que ya no se sentía parte, como no se sentía parte de la Iglesia católica en la que había militado, y dejar atrás unas creencias políticas que ahora para él sólo eran basura e hipocresía, sustentadas en actuaciones criminales, difícilmente justificables.

Siguieron los preparativos. Tal y como comprobaron gratamente cuando recogieron al gran Marcel para hacer la prueba de vestuario, descubrieron que se había ido identificando con su papel. El sastre quería comprobar las hechuras y si tenía que arreglar alguna de las prendas que había confeccionado a medida, desde el hábito hasta la ropa interior. Por precaución, habían citado al sastre en la habitación de un hotel y le habían rogado que no dijera su nombre.

—Gracias, hermanos, les estoy muy agradecido. Rogaré por vosotros. Espero que estemos de vuelta para vísperas, que me cierran el convento.

—Bueno, no hace falta que te pasés en la interpretación, de momento.

—*Quid nos facere bonam diligentiam ...*

—Que quiere decir...

—Hagamos lo que tengamos que hacer con diligencia y buen espíritu. Lo bueno de este personaje es que he vuelto a recordar el latín.

El hábito le quedaba muy bien y el sastre tuvo que hacer pocos arreglos.

—Quedó pintado, ¡pareces un monje de verdad! —le decía Rodrigo al salir.

—*Ita habitus facit monachus*, o lo que es lo mismo, en este caso, el hábito sí hace al monje.

—Bueno, procurá, que, aunque con hábito, no te saquen las cámaras de la basílica, están frente al coro.

—¿De qué basílica?

—La del Valle de los Caídos. Tu destino es el monasterio que está detrás, pero puede que tengás que visitar la basílica con los monjes.

—*Exercitus meretrix!* O lo que es lo mismo, ¡Hostia puta! ¡Joder, eso se avisa!, deja que me haga a la idea, por eso hay tanta pasta, ya decía yo...

El argentino, en su papel de uruguayo, llevó al gran Marcel una copia de un documental, *La sombra de la Cruz*, de Alexandro Pugno, que se había grabado unos años antes sobre la comunidad benedictina del Valle de los Caídos. Lo vieron juntos en un ordenador portátil, y allí el mago y futuro monje por unos días estudió a los miembros de la comunidad y comenzó a familiarizarse con la estética benedictina. Eso y los libros que se estaba empollando dieron su resultado.

Llegó el día en el que, convenientemente respaldado por una llamada telefónica y un correo electrónico falso enviado dos días antes, con documentación falsificada a nombre del benedictino hermano Marcel Duchamp García y un billete del Ave a su nombre, asimismo falsificado, llegó el gran Marcel, con su hábito y a bordo de un coche alquilado con conductor. Le dejó en la puerta de la abadía, con su maleta, y el mago llamó al timbre.

Durante una semana estuvieron en vilo, vigilando las llamadas y los correos que salían de la abadía, temiendo que en cualquier momento fuera descubierto.

—Si le pillan y llaman a la policía o la Guardia Civil, nos caemos con todo el equipo —decía Alfredo.

—Bueno, solo sabe que le contrataron un uruguayo y un señor que se llama Roberto. Y ni siquiera sabe cómo se llamaba el sastre.

—Pero pueden tirar del hilo, y si el sastre ve una noticia de que han descubierto a alguien que se hacía pasar por benedictino, puede atar cabos y llamar a la policía. Y ese sastre me conoce.

—Ya lo decía mi padre: no te fies nunca de los sastres. Siempre quieren cobrar por sus trajes.

Sin embargo, no hubo ninguna señal de alarma. Y tal como habían convenido, a los tres días un coche alquilado y a cuyo volante iba Zacarías, uno de los figurantes, acudió a recogerlo por la mañana y lo llevó a un hotel de El Escorial, donde Alfredo y Rodrigo esperaban con inquietud.

—¿Cómo ha ido?

—Todo muy bien —respondió Marcel, que aún estaba con el hábito—. En mi maleta están los moldes. Si os parece, voy al baño, me cambio y os cuento.

Mientras se cambiaba, Zacarías, el figurante, decía admirado:

—Teníais que haberlo visto. Casi toda la congregación, e incluso algunos niños de la escolanía, acudieron a despedirlo. Se ve que le habían cogido gran cariño en este poco tiempo.

—Bueno, hice algunos trucos de magia; a los chicos les fascinan y todo fue sobre ruedas —contó por fin cuando se cambió—, me recibieron con esa alegría de la hospitalidad cristiana y me dieron una buena habitación, un poco austera, pero la comida, desde luego, era mejor que la de la residencia, se cuidan bien. Como venía a visitar la abadía y a comprobar todo lo que hacían, no

dejaron rincón del monasterio que no me enseñaran ni acción o actividad que realizaran donde no estuviera yo presente. Fue un poco agotador, sobre todo esa sonrisa idiota que espero que no se me haya pegado...

Se paró de pronto y volvió a mostrar esa cara beatífica con la que había estado toda una semana y con la cual había salido.

—¿A quién quiero engañar? La verdad es que me lo he pasado muy bien. Los horarios son un poco espartanos, y las oraciones, algo pesadas, pero el gregoriano me ha encantado, hasta el punto de que he cantado varias veces con ellos.

—¿Has cantado misa? —se escandalizó Alfredo.

—No, les dije que aún no había sido ordenado sacerdote. Y ya me ocupé de que no me sacara la cámara de la basílica.

—Seguí...

—El padre Filiberto, el jardinero, quería que me llevara un cactus. Tiene un jardín precioso y ha logrado que a esa altura se le aclimaten los cactus muy bien. Estuvimos hablando mucho tiempo de la euphorbia, del aporocactus, o cactus de cola de rata, cactus colgante, flor del cuerno, flor del látigo, yerba de la alferecía y del astrofito, que nos hacía mucha gracia, también llamado bonete de obispo, mitra episcopal, mitra de obispo, birrete de obispo...

Alfredo y Rodrigo se miraban como si hubieran fabricado un monstruo que se les había ido de las manos.

—Y con el hermano sastre también me llevé muy bien. Había aprendido en Silos, de un sastre local, y se quedó admirado de mi hábito, no solo de la calidad de la tela, sino de cómo había sido confeccionado. Creo que va a incorporar alguna de las hechuras de mi hábito.

—Lo que faltaba, ahora estamos modernizando el convento. Alucino.

—Sólo hubo un momento en el que lo pasé mal.

—¿Sí?

—Yo había notado que el prior me miraba con seriedad, que no compartía los momentos de ocio conmigo como el resto de los hermanos, que, en los pocos momentos libres después de la comida y la cena, charlan y agradecen cualquier presencia nueva que les hable, además, de un mundo al que han renunciado. Se supone que yo soy un visitador, viajo y veo cosas de las que ellos tienen noticias siempre tarde y de una manera parcial. Incluso no puedo jurarlo, pero creo que alguien registró mi maleta. Menos mal que la caja con la masilla la tenía escondida siempre debajo de mi hábito, en el bolsillo secreto que me hizo el sastre. Al segundo día supongo que no pudo más y me mandó llamar a su despacho. Allí fui, me ofreció un asiento y me suelta:

—Yo sé por qué está usted aquí, hermano, yo sé la verdad y a mí no me va a engañar.

Me quedé de piedra. Empecé a pensar con rapidez en qué detalle había fallado, qué le había hecho sospechar. Quizá mi latín, pero no había hablado tanto.

—Está aquí para ver si tengo el apoyo de toda la congregación, y, si no es así, si puede promover a otro al cargo de prior, otro que sea más manejable.

Suspiré. El buen hombre temblaba por su puesto. Insistió:

—Han dicho algunos medios que algunos benedictinos han vivido los últimos meses con cierta angustia, y han puesto en boca de un miembro de la comunidad, que no dio su nombre, que soy un elemento político que fomenta la crispación, porque me niego a exhumar a Franco y no cuento con el apoyo de la mayoría de los veinte que vivimos en el convento; porque, de hecho no fui elegido abad, sino prior, cuando sustituí al abad Anselmo Álvarez. Le he visto hablar con él, dado que sigue viviendo en la abadía.

—Como con todos los demás...

Le repliqué, argumenté, hablé de que cada prior tiene la autoridad de su congregación, que nadie del exterior puede interferir, como dice la regla de san Benito, y, por último, le lancé un órdago.

—¿Y qué hiciste?

—Le dije que me confesara. Y lo hizo. Le dije entonces que le podía asegurar y jurar por lo más sagrado que no estaba allí ni para sustituirle ni para conjurar contra él. Es un tremendo reaccionario, pero me dio penita. Parece que está anclado en la Contrarreforma, en el siglo XVII o XVIII.

—¿Y te creyó?

—Por supuesto, vio que no mentía. A partir de entonces se relajó.

—Normal que esté imitado —dijo el argentino—, y que además se oponga a la exhumación por ideología, lo haga porque atenta contra la supervivencia... Sin las tumbas de Franco y de José Antonio, habría muchos menos visitantes y no recibirían el porcentaje de las visitas que les permiten vivir bastante bien.

—¿Y cómo hiciste para hacerte con las llaves?

—Él tiene copia de las más importantes. Le hipnoticé con mi rosario benedictino y así pude sacarle el molde a cada una.

Alfredo puso cara de no creerle. En cualquier caso, fuera de la forma que fuera, allí tenía el molde de las llaves.

—Ya me ocupo yo de las copias de las llaves —dijo el argentino.

—También puse el pincho que me disteis en el ordenador de la basílica durante treinta minutos. Y este es el número del móvil del prior.

—Oro puro, gran Marcel, nombre absolutamente merecido. Entre lo visible y lo invisible. ¿Viste el túnel y el ascensor que unen el monasterio y la basílica? —preguntó Alfredo.

—Sí, fui con ellos dos días a la misa en la basílica. Corredores largos, mal iluminados, un poco tétricos. El ascensor es un poco más ancho de lo normal. Lo que no sé...

El gran Marcel calló de pronto. No sabía si continuar.

—¿El qué no sabés?

—Bueno, quizá no sea de mi incumbencia. Pero no creo que haya nada de valor en ese monasterio.

—No estamos pensando en el convento, ni tampoco en la basílica —indicó el uruguayo.

—Ahí te equivocas. Hay algo valioso para muchos, aunque no se trata de ningún cuadro o tapiz.

—Entonces no me cuentes nada más. Creo adivinar y mejor no saber nada.

—Eso pensamos también nosotros. Aparte del adelanto que ya te dimos, toma el resto —dijo Alfredo, dándole un abultado sobre.

Se despidieron del mago, que antes de montar en el coche que, conducido por Zacarías, le llevaría otra vez de vuelta a la residencia, se volvió.

—Una última cosa, te pediría un favor.

—Dime.

—Quiero quedarme con el hábito, si puede ser.

—Tuyo es.

—*Gratias frater, Dominus vobiscum*. Gracias hermano, que el señor esté contigo.

—Para que luego digan que el latín no sirve de nada —filosofó Alfredo.

Mientras Rodrigo se reía, el gran Marcel, con el hábito y la maleta, se dirigió al coche. Zacarías aprovechó para decirle:

—Dos compañeros y yo estamos montando una obra y quizá le gustaría trabajar en ella. Estamos ahora seleccionando los personajes, y quizá usted podría encajar...

—Vaya, eso se llama sinergia —dijo el argentino mirando a Alfredo.

—Cada vez tengo más la sensación de que, en lugar de ser unos delincuentes, somos una ONG.

—Bueno, ahora nos queda el CAPÍTULO de la empresa de ascensores. Algoritmus debería romper la seguridad de la empresa y conseguir que, de pronto, se disparen las alarmas del ascensor del monasterio. Todos ahora tienen un teléfono conectado con la empresa de mantenimiento. Esa línea y esa llamada tendremos que interceptarla. No me importaría parar a los monjes en el ascensor y que tuviera que acudir una brigada de técnicos de emergencia, aunque sea ese domingo del final del mundial que pensamos, con una gran furgoneta. Les sacaremos y les diremos que hay que cambiar poleas y demás, y que tenemos para todo un día. Cuando se vayan, y por la noche, una vez que esté controlada la cámara por nuestro pirata informático, entramos en la basílica con las llaves duplicadas y terminamos la operación, sacamos el féretro y lo metemos en la furgoneta.

—Te veo un poco sádico —dijo el argentino—. ¿Y si hay alguno que sufre claustrofobia?

—Que se ponga a rezar en las horas que tardemos. Lo fundamental es lograr que no intervenga nadie más, ni Guardia Civil ni los de la seguridad privada. Vamos a hablar con Algoritmus. Aparte de lo que haga sobre la cámara de vigilancia y los correos, habrá que ver quién se puede hacer con credenciales de la empresa Otis. Estamos a finales de mayo, cada vez queda menos para el mundial y aún hay que atar una gran cantidad de cabos.

—Me gustaría saber si España logra llegar a la final —dijo el argentino.

—Estaría buena una final Argentina-España. Aunque te digo que cada vez me importa menos el fútbol.

—Aún pueden pasar muchas cosas. Sorpresas te da la vida.

9 CAMBIO DE PLANES

Tan concentrado estaba en la preparación de la operación que había desatendido no solo a sus clientes, su despacho —que ya no pisaba— y sus obligaciones laborales, sino que había dejado de lado la actualidad. Vivía en una burbuja, intentando resolver las múltiples dificultades que tenía una acción de aquel tipo, no solo para su consecución, es decir, su éxito, sino también para que los realizadores no fueran identificados, sorprendidos y detenidos.

La llamada de Rodrigo le sorprendió en su casa, mientras estudiaba la mejor forma de neutralizar las cámaras, ya fuera con un corte eléctrico o, el pirateo de Algoritmus. La última opción era la más viable, ya que los cortes eléctricos no solían ser muy duraderos y además había fuentes de alimentación auxiliares, como grupos eléctricos autónomos. El «hackeo» de la imagen de las pantallas y su duplicación, respetando el reloj que las acompañaba y que mostraba la hora, era quizá la mejor opción, pues necesitaban al menos tres horas para realizar la operación. Era algo de lo que había hablado con el pirata informático, y en eso estaba cuando sonó el teléfono.

—Bueno, vaya cagada, ¿no? Tener que suspender la operación cuando tenemos tanto adelantado... —dijo el argentino.

—Pero ¿qué dices? ¿Suspender la operación? ¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

Alfredo pensó por un momento en un accidente: un desprendimiento de la montaña, un deterioro de la cruz o del monumento, que se hubiera desprendido una parte, cualquier desastre natural. Pero no, lo ocurrido era otro desastre, aunque de diferentes características.

—¿No te enteraste? ¿No seguiste lo de la moción de censura? ¡Tenemos nuevo presidente! ¡Pedro Sánchez, del PSOE! ¿Y sabés lo que eso significa? Que van a desarrollar la Ley de Memoria Histórica para exhumar a Franco del Valle de los Caídos. Es de las primeras cosas de las que están hablando, ya que cuesta poco... Como dicen ustedes, nuestro gozo en un pozo.

Alfredo tardó unos segundos en reaccionar.

—Bueno, aún no lo han anunciado. Y esos procesos llevan su tiempo. Quizá podamos hacerlo todavía...

—Lo veo muy precipitado. Ya íbamos mal de tiempo para aprovechar el mundial, pero ahora toda la atención mediática se concentrará en esa tumba, y de seguro refuerzan la vigilancia. Es mejor abortar el plan. ¡Qué se le va a hacer! Si, además, de eso se trataba, de sacarlo de ahí, acabará saliendo...

—De momento no se aborta nada. Estaremos muy atentos y comprobaremos si las medidas de seguridad aumentan, en cuyo caso desistiremos.

—Además hay otra cosa. No creo que España llegue a la final de la copa del mundo. Tiene buen equipo, pero los tiempos del tiqui-taca ya pasaron. Te lo dice un argentino, que, como cualquiera en el país, sabe un huevo de fútbol.

—O sea, que ganará Argentina.

—Tampoco, pibe. Que sea argentino no quiere decir que sea tonto. Tenemos muchos defectos y un ego inflado, pero no veo a Argentina campeona del mundo, por mucho Messi que tengamos.

Los días fueron pasando. Alfredo sentía la vida a contrarreloj, una opresión en el pecho y las sienes que le producían continuos dolores de cabeza. El médico le diagnosticó una crisis de ansiedad y le recetó ansiolíticos. Para el galeno estaba claro que la cercana muerte de su madre le estaba produciendo aquellos síntomas. Era conveniente descansar y prestar atención al cuerpo,

olvidarse de todo e incluso tomarse unas largas vacaciones. Todos tenemos que elaborar el duelo y asimilarlo.

—Bueno, mis temores se van confirmando —dijo Rodrigo en la visita que le hacía casi todos los días, cuando repasaban el plan y lo perfeccionaban, así como los posibles imprevistos, las variantes, los mecanismos de fuga.

—¿Cómo? ¿Han incrementado la vigilancia, han puesto nuevos sensores?

—No, me refiero a tu selección, al equipo nacional de fútbol. Destituyeron al seleccionador, a Lopetegui, porque lo fichó el Real Madrid; lo anunciaron y el presidente de la federación tiene un rebote... Ficharon a Fernando Hierro, que no tiene ni tanta experiencia, ni tanto carisma. Suerte van a tener si pasan de ronda. Y hay otra cosa: el portero está deprimido. Con un portero así, que además mantienen como tercetos, no hay nada que hacer.

Entonces le contó la depresión que seguramente tenía De Gea ante la llegada del nuevo presidente de Gobierno, que hacía un par de años, en unos tuits, había criticado al jugador que había sido acusado de abusos sexuales a una menor, acusación que se demostró falsa. En la concentración previa al viaje a Rusia, el portero había aceptado las disculpas del nuevo jefe del Ejecutivo, pero se había negado a aplaudirlo y estaba visiblemente molesto. Junto con eso, el cambio a última hora del entrenador había desestabilizado a una selección que partía como una de las favoritas.

Las predicciones del argentino se confirmaron en los días y semanas posteriores. No sólo las relativas al nuevo Gobierno en relación con la exhumación de los restos del dictador, sino en la actuación de la selección española.

—¿Te a crees que me ha dejado de interesar el fútbol? —contestaba Alfredo—. Como tantas otras cosas que antes eran muy importantes y ahora, como diría un argentino que conozco, me importan un carajo.

—¡Pero, che, pará, no hablés así de una de las cosas más serias e importantes de la vida, lo único que le da sentido! —replicaba el argentino, y por su tono no se podía saber si había sorna o lo decía convencido—. ¡Bueno, eso... y el blues! ¡Larga vida al blues! —añadió, por si no lo tomaba en serio.

Alfredo siguió con el plan. La siguiente etapa era entrar en la red de Ombuds, la seguridad privada que vigilaba el Valle de los Caídos.

—Mirá lo que dice aquí, en la página de Ombuds —le señaló Rodrigo—: «El problema para calcular la efectividad de las medidas de seguridad es que ellas mismas eliminan sus trazas cuando hacen correctamente su trabajo». ¿No pensaste en sobornar a alguien de la seguridad privada?

—De eso te vas a ocupar tú, que conoces el sector. Por lo que me dijiste, hay mucho vigilante y exvigilante dolido por el trato que les ha dado la empresa, aparte de lo rancos que son al pagarles. Yo creo que con un anzuelo de treinta mil euros en efectivo será posible.

Tardó el argentino unos días en conseguirlo, pero un día apareció eufórico en el chalet, donde había citado también a Algoritmus.

—Lo conseguí. Me costó los treinta mil euros que me diste, pero conseguí todas las contraseñas.

—¡Maravilloso! —exclamó Alfredo.

El argentino podía haberle engañado y haberse quedado parte de ese dinero, pero no le importaba mientras hubiera conseguido la manera de entrar en su sistema.

—Tomá, probalas. —Le alargó un papel a Algoritmus—. Me dijo mi contacto que las cambian cada semana, tendrás que introducir un troyano ya mismo. Y tener cuidado. No le hablé del

objetivo, pero me soltó el dato de que en algunas misiones de vigilancia tienen una conexión con el CNI.

Algoritmus se puso a trabajar. Alfredo y Rodrigo le dejaron un par de horas, hasta que escucharon un grito de triunfo y acudieron junto a él.

—¡Bingo! ¡Lo logré! La mayoría de las cámaras de vigilancia son muy fáciles de controlar. No se molestan en cambiar la contraseña 1234 que les dan por defecto. Aquí no, claro está. El tema ha sido no sólo averiguar la contraseña del sistema sino la clave de las cámaras, pero siguen una secuencia lógica de números de los días del año y letras del alfabeto. Pero lo más difícil ha sido pasar inadvertido a los controles del CNI, que tienen monitorizado todo el Valle; no en vano están prácticamente enfrente. Hay cámaras en la cruz, en los sistemas de ventilación y hasta en los lugares altos. Cualquier intento de control externo lo detectarían de inmediato, así que he tenido que hacer una especie de *by-pass* para poder acceder. Mira, esta es la cámara que enfoca directamente a la tumba de Franco.

Al tocó unas teclas y en la pantalla surgió, nítida, la imagen de aquella sala. Alfredo y Rodrigo se quedaron callados unos segundos, observando todos y cada uno de los detalles de lo que transmitía la cámara que apuntaba a la tumba de Franco, donde había depositadas unas flores y por cuyas cercanías pasaban los visitantes y, de vez en cuando, el vigilante, que daba vueltas por el círculo central.

—De momento no he intentado nada, *sino* sólo acceder a esa señal.

—¿Te podrán rastrear?

—Todo es posible, pero tengo varios métodos alternativos para impedirlo. Eso sí, cuanto menos estemos en su red, mejor.

—Tenemos que hacer un seguimiento durante 24 horas para ver la frecuencia con la que pasan los vigilantes, sobre todo por la noche. Ese vigilante solo está ahí las horas en las que está abierto al público.

—Detecto también otro dispositivo, puede ser una cámara térmica, pero no puedo identificarlo si no se activa. Vale, veré por la noche cuándo hacen la primera ronda. Supongo que lo harán como se hace en estos casos, pasan delante de la tumba y así el del control tiene constancia de la hora exacta. Me imagino que hasta dentro de dos o tres horas después no volverán a pasar.

—Ojalá no pasaran en toda la noche. No sé si tres horas serán suficientes.

—Hoy mismo lo sabremos.

Desde que se había hecho pública la intención de exhumar los restos de Franco había seguido la actualidad casi al minuto. Si en un momento dado había pensado en abandonar aquella operación, el instinto le había hecho solo ralentizarla, abandonando desde luego la prisa por ejecutar el plan coincidiendo con el mundial de fútbol. Aquello requería un poco de sosiego, que le vino muy bien para meditar y para hallar una idea que consideró luminosa, la única posible y que, aunque aumentaba los riesgos porque había que utilizar más personas, era un golpe de audacia que haría innecesaria una serie de medidas en las que se habían centrado hasta hora, como las cámaras de vigilancia y el acceso al recinto. Era un plan maquiavélico, que había ido tejiendo a partir de aquella primera idea. Iban a entrar a cara descubierta, a plena luz del día, como si fueran los encargados de revisar y preparar la futura exhumación. La iluminación la había tenido cuando había revisado noticias anteriores sobre el Valle de los Caídos, y, sobre todo, la exhumación que los jueces habían permitido a cuatro familias para sacar los restos de sus deudos de allí y enterrarlos en sus lugares de origen. Para ello, a finales de abril de 2018 había entrado en el Valle, un lunes que estaba cerrado al público, un grupo de técnicos del Instituto Torroja, que habían realizado las catas con trajes blancos impermeabilizados y mascarillas de doble filtro. Una

actualización de aquella noticia explicaba que la exhumación de los cuatro cuerpos del valle se realizaría cuando se exhumara a Franco.

Reunió una tarde al equipo de figurantes y, frente a la pantalla gigante, les comentó el cambio de planes.

—El plan primitivo era entrar por el monasterio, como si fuéramos técnicos de mantenimiento de ascensores, después de que Al disparara artificialmente la alarma varias veces. Para eso introdujimos a una persona y conseguimos las llaves, además de comprometer el ordenador de la comunidad. Pero después hemos sabido que es posible que haya detectores de movimiento en el crucero y que rastrean la seguridad de las cámaras cada tres horas, según ha contado Algoritmus. No podríamos estar seguros de que no nos detectaran si alteramos la imagen de las cámaras.

—¿Y entonces? —preguntó Julio.

—Mirad estas imágenes —contestó, y conectó la pantalla.

Era un resumen de noticias del mes de abril, cuando se realizaron los trabajos previos a la exhumación de los restos de cuatro personas en el Valle de los Caídos. Los peritos y técnicos que lo hicieron entraron en varios coches, escoltados por patrullas de la Guardia Civil y un estricto dispositivo de seguridad, aunque no pudieron evitar la gran expectación.

—Bueno, hubo un gran despliegue mediático de cámaras y periodistas, y en la puerta de las instalaciones se presentaron miembros de las cuatro familias de los que solicitaron la exhumación, más el abogado, Eduardo Ranz —siguió Alfredo—. Esos peritos pertenecían al Instituto de Ciencias de la Construcción Eduardo Torroja, adscrito al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y realizaron varias catas como trabajo preliminar para la exhumación de los restos de esas cuatro personas. Analizaron la situación del osario de la cripta del sepulcro y emitieron un informe técnico para comprobar su estado y cómo acceder a la zona donde se supone que están los restos de las cuatro personas buscadas.

—¿Estos son? —Señalaron una foto en la que se veía a dos técnicos con un traje biológico y hasta con fundas en los zapatos.

Los dos técnicos estaban vestidos, o más bien enfundados, de blanco desde la cabeza a los pies, zapatos incluidos, con unas gafas transparentes y herméticas y una doble máscara para filtrar el aire.

—En efecto, traje de protección completo tipo 4 o NBQ contra riesgos biológicos y partículas sólidas suspendidas en el aire. Creo que la solución está en esos trajes del Instituto Torroja. Cuando visitaron el osario para preparar la exhumación de los cuatro cuerpos reclamados por sus familias, iban de esta guisa.

Los tres figurantes no pestañeaban. Intuían que todo aquello que estaban viendo repercutiría en lo que tendrían que hacer y esperaban a que Alfredo les explicara el nuevo plan.

—Vamos a entrar como si fuéramos técnicos de ese instituto para estudiar el estado de la tumba y el féretro de Franco y preparar la futura exhumación. El Instituto de Ciencias de la Construcción Eduardo Torroja fundamenta su actividad en investigaciones científicas y desarrollos tecnológicos en el campo de la construcción y sus materiales. Tiene un eslogan curioso: «Technicae Plures Opera Unica», es decir, varias técnicas para un trabajo único. Podía ser también el lema de esta operación Chaplin. Mirad esas fotos, tendríamos que tener al menos dos vehículos como esos blancos, esos Nissan pick-up 4 × 4 Navara, cubiertos, con los anagramas del Instituto Torroja, del CSIC y del Ministerio de Economía, Industria y Competitividad, exactamente igual de los que aparecen en la foto. También habrá que conseguir una furgoneta grande blanca y ponerle esos anagramas. Así podemos introducir una gran caja con el féretro.

—Paso a paso. Las pegatinas o la pintura con los anagramas no serán tanto problema, pero dos

Nissan pick-up 4 × 4 y la furgoneta cuestan un dinero —intervino Rodrigo.

—Ya sabes que no hay problema a ese respecto. El tema es dónde los vas a comprar. Después de la operación indagarán e irán a los concesionarios. Aunque eso ya no nos importará. Tendrás que comprarlos con tu habitual disfraz de peluca, bigote y gafas. Y te puedo asegurar que no te pondrán pegatas si se los pagas al contado. Pensarán que estarás lavando dinero, pero harán la vista gorda, no todos los días venden dos unidades de golpe. Y, además, apunta el número de matrícula verdadero para hacer unas placas iguales y ponerlas en nuestros vehículos.

»Agradecería algún comentario, alguna pega. Esto es lo que se llama una lluvia de ideas. O también podría hablar de la democracia de los malhechores.

—¿Y en cuanto al material que vamos a llevar y manejar? —preguntó Julio, que era siempre el más rápido de los tres—. Meter una grúa como la que habíamos hablado al principio para mover la losa exige una logística complicada ¿Con qué excusa los técnicos del Instituto Torroja meterían allí aunque fuera alguna máquina ligera, capaz de levantar mil o dos mil kilos, con baterías?

—Tenemos que buscar algo para alzar la losa que no sea tan complicado. En realidad, podríamos hacerlo tal y como se hizo en el entierro. Deslizarla por unos cuantos rodillos —apuntó Enrique, que también era rápido. Dentro de su juventud, no llegaría a pasar mucho de los treinta años, era un hombre prudente y amante de los detalles.

—Con la diferencia de que, en esa ocasión, se jugaba con la ley de la gravedad a favor —objetó Zacarías, que era el que desplazaba más masa corporal y el que parecía ir más al gimnasio.

—Gravedad la que nos va a entrar si aquella losa de tonelada y media se nos cae por no calcular bien las resistencias.

—Esa losa lleva sobre el país más de cuarenta años. Ya es hora de quitársela de encima —dijo entonces Alfredo, que se sorprendió a sí mismo.

—Me tenés anonadado, gallego. O como decís por acá, ¿quién te ha visto y quién te ve!

No quiso entrar Alfredo en aquella contradicción y dio la palabra a Julio, que había vuelto a levantar la mano.

—He leído que hay escáneres portátiles 3D, con brazos articulados...

—Aparatos que exigen grandes maletas o cajas metálicas donde luego se puede ocultar el ataúd —añadió Enrique.

—Me parece muy buena idea como camuflaje. Tendremos que diseñar algo que se le parezca, porque lo de comprar un escáner así no será fácil sin dejar rastro. Habrá que encargar también tres grandes cajas metálicas y distribuir los dispositivos de tal manera que luego podamos liberar una y meter los dispositivos en las demás. Iremos, pues, ataviados como un equipo de esos técnicos, convenientemente acreditado, que se dispondrá a trabajar desde la noche del domingo y, si es preciso, parte del lunes, que ya sabéis que el monumento permanece cerrado. El secretismo de la operación, que tanto Patrimonio Nacional como la empresa de seguridad comprenderán, será nuestro mejor aliado para que desconecten las cámaras. Ahora el desafío es realizar las comunicaciones necesarias, correos, autorizaciones, credenciales. Todo eso lo iremos haciendo mientras seguimos con los preparativos sobre el único punto que no está resuelto sobre el papel, y es cómo encontrar una manera de abrir la losa, para que todo dure lo menos posible. Seguramente tendremos que incorporar algún miembro más al equipo.

—Y una cosa más —dijo Rodrigo—. Tendremos documentación falsificada, con los nombres que cada uno elija, que destruiremos después. No seremos grabados por las cámaras, pero cuando todo se destape, interrogarán a los vigilantes de seguridad y a los guardias civiles, y con sus recuerdos visuales realizarán un retrato robot. Quiere decir que van a tener que cambiar de aspecto de forma radical. El que es rubio —señalaba a Julio— se teñirá el pelo de oscuro, se

dejarán desde hoy bigotes y alguno barba, y el que la tiene habitualmente se la afeitará, como Zacarías. Si os preguntan vuestros amigos o vuestros familiares, es por exigencias de una nueva obra para la que habéis sido contratados. Cosa, por otra parte, que no es contraria a la verdad.

—En su momento estudiaremos un tipo de maquillaje para la operación —remachó Alfredo—. En esta representación cuidaremos hasta los más mínimos detalles.

* * *

Cuando vio en el móvil el número que le estaba llamando, torció el gesto. Había conseguido que después de la muerte de su madre nadie le molestara, y había dado órdenes estrictas en su bufete de que nadie le llamara con asuntos de trabajo. Por otra parte, contestaba con cortesía a todos los amigos que le llamaban para preguntarle por su estado. Había decidido romper con todo y con todos, pero de momento tenía que aparentar normalidad. Hubo algunos, como su amigo Javier, que creyeron que había caído en una especie de depresión, pero él lo negaba.

—Si estuviera deprimido no estaría hablando contigo. Lo que pasa es que, después de la muerte de mi madre, me ha dado por pensar cosas y estoy en período de reflexión. Seguramente daré un cambio a mi vida, me iré a un viaje largo por el mundo. Siempre quise hacerlo, pero la salud de ella, en los últimos tiempos, no lo aconsejaba. Ahora hasta creo que me vendría bien.

Así pues, rechazó con amabilidad todas las invitaciones a salir, a eventos sociales y deportivos, e incluso la posibilidad de ver con algunos amigos, los partidos del mundial en su *pub* favorito.

—Pero no vayas ahora a meterte en un luto de esos que duran años —insistía Javier—. Ya sabemos que eres muy católico, pero no es muy bueno, quedarse solo y aislado. El luto se lleva en el corazón.

Poco a poco, había conseguido que dejaran de llamarle, pero ahora estaba aquella llamada del gerente de la Fundación Francisco Franco, que en su momento le había dado el pésame. Dejó que sonara, decidido a no contestar, pero luego pensó que lo mejor era hablar con él. Así que, al poco, él mismo llamó.

—Hola, Alfredo —saludó el gerente—. Hace tiempo que no hablamos, desde la muerte de tu madre, que en paz descanse. No pude ir al funeral en la parroquia la semana después, ya sabes que últimamente tenemos muchos frentes que atender y no hay horas para esto ¿Cómo lo llevas?

—Bien, dentro de las circunstancias. Siento que me falta algo, que estoy vacío —y al decirlo, desde luego, no mentía.

—Tu madre fue una mujer excepcional, ha sido una gran pérdida, una gran española y católica. Con todo esto, he querido respetar tu dolor y no llamarte, pero ya sabes que estamos en momentos difíciles y que vamos a necesitar ayuda de todos para evitar que trasladen los restos del Caudillo.

—Sí, claro, ya sé todo este gran despropósito de ese... En fin, no lo voy a calificar. Haré una transferencia mañana. Oye, una pregunta, ¿tú crees que lo lograréis parar?

—No te engaño: va a ser difícil que no se salgan con la suya y, al final, saquen al Caudillo del Valle. Lo retardaremos todo lo que podamos.

—¿Y cuándo esperáis que ocurra? Dicen que pueden proceder en cualquier momento.

—Bueno, tenemos nuestros contactos en la Guardia Civil, en Patrimonio Nacional, y ellos tienen que estar enterados. Cuando sepamos que van a exhumarlo intentaremos hacer una movilización para impedirlo, al menos para que vean que los españoles responsables no vamos a aceptarlo así como así. Acusan al Caudillo, ese salvador, de dictador, y luego ellos se comportan como dictadores.

Alfredo sonrió. Hacía unos meses seguramente habría pensado como su interlocutor, pero ahora, en su nuevo estado, se percataba de la endeblez de unos argumentos que seguían

escondiendo odio y sinrazón.

—¿Es seguro este teléfono?

—Ya no lo sé, haces bien en preguntarlo, seguramente lo tengo pinchado por los del CNI, pero me da igual. Que sepan que no nos van a callar a los que pensamos que Franco fue lo mejor que le ha pasado a este país en los últimos cien años.

—Hazme un favor de todas maneras, mantenme informado. No salgo apenas,... ya sabes, pero sí me gustaría estar informado de todo lo que os enteréis. Y si el tema es delicado, mándame un mensaje.

* * *

—Hay que entrar en el Instituto Torroja y en otro sitio...

Alfredo le había contado a Algorismus el cambio de planes y las nuevas necesidades.

—¿Cuál?

—La Fundación Francisco Franco. Quiero saber quién les comunica cosas y qué contactos tienen en Patrimonio o en otras instancias del Estado...

Además, tenían que resolver el tema de cómo conseguir las credenciales del Instituto Torroja, que les serviría de cobertura, y las de Patrimonio Nacional, que, asimismo, necesitaban para sus planes. No podían, razonó Alfredo, perder una semana o más en vigilar a la gente adecuada para obtener datos para conseguir su contraseña. Se imponía contratar a un ladrón profesional que lograra fotografiar las credenciales con sus códigos de barras, así como conseguir comprometer los puestos de Patrimonio Nacional, el Instituto Torroja y el CSIC, de donde procederían los técnicos. El argentino convocó para ello a una persona en el chalet.

—¿Cómo se llama el siguiente?

—La siguiente. Maggie, también llamada la Maga, quizá por su particular magia haciendo desaparecer cosas. ¿Vos leíste a Cortázar? No, ya veo que no.

—¿Por qué? La verdad es que los delincuentes argentinos tienen que saber hasta de literatura y de cine, sois un poco cargantes...

—Cultura se llama eso, bolu... En fin, hablando de cine, ni se te ocurra llamarla Marnie, la pone furiosa.

Quizá por esa advertencia, o porque no le agradaba tener una mujer en el equipo, fue lo primero que Alfredo le dijo cuando el argentino le abrió la puerta y le ofreció un sillón de la habitación. Era una mujer que parecía algo vulgar en su atuendo y vestimenta, pero que tenía una belleza afilada, un tanto rara, y un buen tipo. No llevaba maquillaje y lucía cierto desaliño que, a pesar de las apariencias, en realidad estaba bien cuidado.

—Dime una cosa, tú no te llamas Marnie, ¿verdad?

—Joder, empezamos fuerte. El último que me llamó así acabó llevándose una buena hostia. Espero que haya merecido la pena venir hasta aquí —respondió ella, fastidiada.

El argentino no sabía dónde meterse. Había mirado con desagrado a Alfredo y había recibido una mirada de reprobación de la Maga.

—Ya veo que sabes controlarte.

—Aún no sé lo que haré. Depende de lo que ofrezcas. Pero, por contestar a tu impertinencia, mis íntimos me llaman Maggie. Tú no lo eres y por ese camino no lo serás nunca.

—¿Cómo te llamo, entonces?

—Marga. Ya me han hecho demasiados chistes con lo de Marnie. Aquella, la de la película, era una tarada. Y yo no lo soy. Robo porque soy muy buena en eso, y no me arrepiento ni me avergüenzo. Los gobiernos, los políticos, los empresarios, roban a gran escala. Yo no llevo a tanto. Vuelo por debajo del radar. La ambición pierde al buen profesional.

—Es muy buena en su oficio —dijo el argentino.

—Pero ya habrás caído más de una vez en las manos de la policía...

—Alguna, hace muchos años, pero salí bien librada. Entonces era una adolescente. Desde entonces estoy limpia. Voy por libre, no acepto cualquier trabajo ni me suelo asociar a bandas. Solo si el dinero y el riesgo me motivan. Y tú no has empezado precisamente con buen pie.

—Sin riesgo no hay recompensa.

—Lo sé, y eso lo sopeso. ¿Cuál es el objetivo?

—Tendrás que robar unas credenciales para hacer duplicados. Con que las distraigas unos minutos, será suficiente para hacerles fotos y poderlas duplicar después.

—¿Y a quién tengo que robar?

—A vigilantes de seguridad privados en organismos oficiales.

—Eso tiene su dificultad.

—También, tal vez tengas que hacerte pasar por periodista o entrevistadora para conseguir introducir un virus en un ordenador, en organismos oficiales.

—¿Qué organismos?

—Patrimonio Nacional y un instituto del Centro Superior de Investigaciones Científicas.

—Umm, todo esto me suena raro. ¿Se puede saber cuál es el objetivo? Me gusta robar a las personas, pero no me gusta cuando es patrimonio que nos pertenece a todos.

—Curiosa diferenciación para alguien que es amigo de lo ajeno. Podría esgrimirlo en tu defensa en los tribunales —dijo Alfredo, al que le había gustado, sin embargo, aquella puntualización—. Te podría decir que no tiene que ver con ningún objeto de Patrimonio, es sobre el Valle de los Caídos.

—Supongo que he oído bien y no es una broma.

—Has oído bien, Marga, y no es una broma.

—No me meto en política.

—Ni nosotros tampoco —mintió Alfredo.

—¿Y cuál es el objetivo final?

—¿Se lo dices tú o yo?

—No hace falta, cerebros. Leo los periódicos, vivo en este país. Si es en el Valle de los Caídos, no hace falta adivinar mucho. El objetivo es Franco. Lo que no comprendo es para qué. ¿Se trata de meter una pancarta, de poner algo en la cruz?

—Fríó, frío.

—¿Entonces? Si no me lo decís, no contéis conmigo.

—Robar el cadáver de Franco. Es un encargo que estará muy bien pagado.

—¡Joder, qué fuerte! Argentino, ¿y tú estás en esto? Yo creía que eras listo.

—Es listo y también le gusta el dinero —respondió Alfredo ante la cara de circunstancias del aludido—. Hay doscientos cincuenta mil euros para ti. No sólo por robar las credenciales. Tendrás que hacer otras cosas, participar en la operación.

Marga, o Maggie, se había quedado de piedra. Era mucho dinero para lo que estaba acostumbrada. Frunció el entrecejo con una sospecha.

—No te vamos a pedir que te acuestes con nadie.

«O sí», pensó en añadir de pronto, como una gracia, Alfredo, pero se cortó en seco y en el acto. No sería interpretado como un comentario ingenioso en un mundo en el que todos los colectivos se ofendían. Que fuera una ladrona no quería decir que le pudiera seguir esa broma. Y, además, de esa manera, nunca podría llamarla Maggie.

10 EL BLUES DE LA INCERTIDUMBRE

Una cosa es imaginarlo, donde entra la fantasía y donde, a pesar de las dificultades, siempre realizamos nuestros planes, y otra, muy distinta, es hacerlo cuando pueden entrar en juego tantos factores que el miedo al fracaso puede ser simplemente el comienzo de éste. Así cavilaba Alfredo en un momento crítico, pues las dificultades para lograr el objetivo se acumulaban y las resoluciones a los problemas de logística a veces conllevaban nuevos interrogantes que no siempre eran bien resueltas, al menos, en el papel.

—Es una cuestión de física, disciplina que siempre me gustó y que apliqué en mi trabajo — dijo Rodrigo.

También, en las conversaciones con el argentino, éste le había recordado su promesa inicial, la de abandonar si existía un 20% de posibilidades de fracaso. Aunque cada vez más les unía un vínculo de complicidad, basado en la ironía, los juegos de palabras y cierta fascinación mutua, Alfredo era consciente de que no se había despejado esa incógnita, ese porcentaje de incertidumbre.

—Dime, argentino, ¿cómo puedes calcular el porcentaje posible de fracaso?

—Cuando los datos empíricos y comprobados no siguen una pauta a la que pueda uno referirse y confiar en ella. Cuando las variantes se multiplican en número exponencial, es decir, a la variante A le siguen una serie de acciones que hacen imprevisibles las conductas y comportamientos. Por ejemplo, ¿sabemos los guardas de seguridad que habrá cuando ejecutemos el plan?

—No, de momento no.

—¿Viste? Esa es una variante imprevisible. Lo que yo llamo la teoría de la incertidumbre. Esa teoría, o más bien principio de la física cuántica, dice que introducir un elemento de medición, aunque sea un haz de luz, a una partícula para poder observar su velocidad y movimiento, hará que ese haz de luz rebote contra la partícula y modifique los valores observados, es decir, cambie el resultado del experimento. Nunca se podrá conocer a ciencia cierta y con total precisión la cantidad de movimiento y la velocidad de la partícula gracias a los agentes externos. En resumidas cuentas, observar es modificar. La única verdad de la incertidumbre es que el pronóstico más seguro es siempre imprevisible.

—Me dejas de piedra.

—Aceptar la incertidumbre es la enseñanza más difícil de la vida. Todo te puede generar ansiedad, angustia, temor, aunque esperemos lo positivo, porque todo puede perderse en cualquier momento.

—Lo que digo, anonadado es poco. No me pega que seas delincuente y que te gusten los riesgos del robo.

—Bueno, todos tenemos un lado oscuro. Empezó cuando tuve que conseguir un dinero que no tenía para pagar mis deudas y a mis trabajadores. Yo fui autodidacta, pero mis padres me transmitieron valores. Y sin embargo, me gustó el robar, eso sí, con violencia a las cosas, no a las personas, e incluso así, procurando no dañar más que lo imprescindible. La adrenalina, no sé, lo que sí te digo es que procuro correr el mínimo riesgo. La posibilidad de joderme la vida, me da pavor.

—¿Y cómo combates tú eso, la vida?

—Bueno, mi pócima mágica es el *blues*. Hay que partir de la tristeza y de la sensación de pérdida; así, si se produce, no es tan dolorosa y, además, todo va a ritmo. Y si resulta algo bueno y positivo, la sorpresa y el disfrute son mayores.

—Es decir, eres pesimista vital.

—No, no te equivoques: aceptar la incertidumbre no es ser pesimista, sino no dejarse arrastrar por los augurios derrotistas. Más bien lo contrario, resistir para no ser deterministas y convertir la vida en un repertorio de vaticinios, un círculo vicioso cerrado en el que, al final, provocamos el fracaso. En la vida todo está abierto, todo puede suceder, es necesaria una pequeña asimetría que rompa lo que tiende a la inmovilidad y la muerte. Si todo lo supiéramos de antemano, todo se colapsaría, no habría vida.

—Más a mi favor: no puedes ir pensando en lo que puede salir mal. Si no podemos prever nada, no podemos hacer nada para prevenir las perversas consecuencias. Manda narices que yo esté hablando en términos filosóficos para dar un golpe. Sin duda es porque me he asociado para hacerlo con un argentino, que sabe de casi todo. Con cualquier delincuente español seguro que no sería así.

—¿Y lo que te divertís, gallego? Pero por responderte, aunque ya sabemos que hay ilimitadas posibilidades de fracaso, también las hay de acierto, aunque en este caso se reducen más las posibilidades. Lo que yo digo es que si reducimos la incertidumbre a márgenes razonables y reforzamos la posibilidad certera de éxito, la operación Chaplin será posible. Cuando dejemos libre del todo a la incertidumbre, fracasaremos. Y ya sabés lo que significa el fracaso. A mí no me preocupa la posible cárcel o la multa, pero algunos franquistas sí, y lo que harían sería imprevisible.

—Entendido. Busquemos limitar la incertidumbre. Volvamos a las dificultades. Creo que tengo la solución para elevar la losa. Podríamos utilizar un motor eléctrico como de un *winch* y una polea industrial, montada sobre un trípode. Fijamos bien los pies del trípode, con ventosas, al mármol, sobre la tumba; colocamos la polea y los cables de acero, y atamos el cabrestante a un extremo de la losa.

Rodrigo fue de compras y se presentó en el chalet con una serie de paquetes. Aunque no abultaba mucho, y tan sólo medía veinticinco centímetros, aquella polea industrial era poderosa. Con su cabrestante se duplicaba la fuerza de tracción, que aumentaba hasta dos toneladas y media. Los cables de acero podían ser de hasta siete milímetros, con ganchos de seguridad.

—¿Y el disolvente del cemento?

—Aquí está. He traído dos, habría que probarlos.

Al final, tras varias pruebas, eligieron el disolvente Speedy Clean para el cemento y el hormigón, que suponían sería suficiente para disolver las juntas que pegaban la losa. Según decía el prospecto, disolvía mortero y hormigón, era 100% no ácido y biodegradable, y eliminaba fácilmente cualquier producto formado por cemento Portland. Había sido diseñado para convertir el cemento en barro y podía utilizarse con herramientas y maquinaria, evitando picar y utilizar fuertes ácidos.

—Nos queda un detalle, pero quizá el más importante. Vamos a suponer que ponemos las mamparas, que podemos trabajar unas cuantas horas en la simulación del escáner de la tumba mientras los productos químicos hacen su función y disuelven las juntas, sobre todo el cemento de la hendidura por donde vamos a meter la palanca. Pero en algún momento habrá que sacar ese cemento, picar en esa hendidura, meter la palanca mecánica y poner los rodillos para deslizar la losa. Eso no se hace en quince minutos. Y allí habrá vigilantes de la seguridad privada, guardias civiles en la puerta. Hay que pensar en algo para neutralizarlos o distraerlos, pero por mucha

maniobra de diversión que hagamos, se oirán ruidos. Y no digamos ya cuando extraigamos el féretro y lo ocultemos en la caja metálica.

—Esto me sugiere algo —dijo Julio—. Tengo un amigo, Borja, que es farmacéutico. Le puedo preguntar, como si fuera para una obra de teatro, lo que necesitamos: un anestésico que actúe muy rápido, que se pueda eliminar muy rápidamente cuando se deje de administrar y que no deje secuelas, salvo las que dejan todos los anestésicos, es decir, desorientación.

Al cabo de dos días tuvo la respuesta.

—El Sevoflurano, un compuesto de fluorometil y trifluoro, es un anestésico general, un éter fluorado claro e incoloro a temperatura ambiente. Se utiliza con niños y en animales, lo usan mucho los veterinarios, por inhalación, al no ser irritante para las vías aéreas. Cuenta con un perfil de recuperación rápida, se elimina por vía pulmonar. Actúa rápidamente, con muy baja concentración, un 8%, es efectivo a los dos minutos. La dosis de mantenimiento baja hasta un 2% aproximadamente, según cada individuo. Se sirve a hospitales y veterinarios en un frasco de 250 ml. Pero tiene una pega.

—Ya decía yo que nada era perfecto.

—El problema es que hay que administrarlo con un aparato que mide unos $13 \times 20 \times 15$ centímetros, una pequeña mochila. Puede hacer dormir durante varias horas, pero hay que ir suministrándolo con una mascarilla sobre nariz y boca y vigilar la tensión y frecuencia cardíaca, para que no cause un cuadro, propio de los anestésicos inhalatorios, que se llama hipotermia maligna, que se presenta en muy pocos casos y por problemas congénitos.

—Puede utilizarse tal vez una pequeña ampolla, que se pinche cuando le demos al vigilante la máscara con el doble filtro —apuntó Julio—, y a los dos minutos, que hace efecto, ya se le puede tumbar y dar una mascarilla.

—Tenemos la ventaja de que podemos decir que estamos manejando productos químicos y que es peligroso quedarse allí, donde estemos trabajando —apuntó Enrique.

—Tú, si fueras el jefe de la seguridad, y recuerda que puede estar, es parte de su trabajo, ¿te irías del lugar a pesar de eso? —preguntó Alfredo.

—No, eso es cierto; todo esto es tan importante y secreto que no querrá irse de ningún modo —confirmó el argentino.

—Bueno, sabemos por el ordenador de la empresa y por los correos que el director general ha previsto que sean dos dentro de la cripta, más otros dos en el exterior. En este caso su cicatería nos favorece. El asunto es que se quede solo uno dentro para que podamos ponerle el traje y la mascarilla con doble filtro donde irá el Sevoflurano para que tenga una siesta de varias horas y nos permita trabajar.

—Hay que ver si esa ampolla pequeña funcionará. Y luego, ¿quién le administra el anestésico? Habría que resolver el problema de la cantidad de líquido que hay que emplear.

—¿Quién es un manitas y se le ha ocurrido la idea? —dijo el argentino mirando a Julio—. Tu siguiente propuesta actuarial es cómo conseguir introducir la ampolla en el filtro, y un pequeño mecanismo al dárselo, para romperla y que libere al líquido volátil. Yo conseguí dos envases preparados de 250 ml en una veterinaria, y tengo varias ampollas y recipientes. Pagando bien se obtiene todo. Así que a trabajar.

El experimento tuvo un éxito rotundo. Tras varios días, algunos ensayos y alguna que otra mascarilla con filtro que se quedó por el camino, Julio los citó a todos y anunció que creía que lo había solucionado.

—Está bien, probalo —dijo Rodrigo—. Ponete la máscara y decime dónde tengo que apretar para reventar la ampolla.

—Pues aquí delante.

Julio señaló una zona disimulada con una espuma que apretaba la ampolla contra una aguja. Rodrigo la pinchó e hizo una seña a Zacarías y Enrique para que estuvieran cerca. A los dos minutos y algunos segundos, Julio se derrumbó sobre sus brazos. Le dejaron sobre un banco y a los veinte minutos comenzó a abrir los ojos.

—¡Uff! ¿Qué pasó? ¿funcionó?

—Desde luego. Esto quiere decir que hay que suministrar otra dosis como a los veinte minutos, unas tres por hora. Todavía tendremos que hacer alguna prueba más. ¿Alguien quiere ser voluntario?

—Míralos, huyen como ratas —dijo el argentino a Alfredo.

—Otro refrán más para ti: a enemigo que huye, puente de plata.

* * *

—Tendríamos que citar al presidente de Ombuds seguridad al despacho del presidente de Patrimonio con un correo, diciendo además que el tema es secreto.

—Para eso sería básico poder controlar el correo de Patrimonio, porque él estará coordinado con la Guardia Civil y Moncloa —dijo Alfredo.

—¿Y luego? No podemos hacernos pasar por el presidente de Patrimonio —respondió el argentino.

—No, pero podemos estar dentro, interceptarle en el camino al despacho y llevarle al patio, con la excusa de que es secreto y de que no quieren ser escuchados.

—¿Quién podría hacerlo?

—Nuestros dos figurantes. Sería su primer papel importante.

—Desde luego, es audaz. Pero hay que tener credenciales a la vista, habrá que lograrlo... Eso es trabajo de la Maga. Dejame diseñar un día con ella en la Residencia de Patrimonio. Tendremos que tener una tapadera para que entremos varios.

La clave para poder llevar a cabo aquella operación estaba en el ordenador del presidente de Patrimonio Nacional, así que debían llegar a su despacho. La excusa fue una entrevista para una productora extranjera que estaba realizando un documental sobre los monumentos en España y su gestión. Alfredo le encargó la gestión a Julio, el figurante que parecía más despierto, y conformó un equipo con ellos y con Maggie, que haría de reportera. Manejar la cámara, el trípode, el monitor y todos los aparatos necesarios no fue muy difícil, y Maggie resultó que daba bien en cámara, con aplomo. Se equivocaba a veces, lo que le ponía un poco nerviosa, pero Alfredo la tranquilizó porque no tendría que presentar ningún programa, sino tan solo situarse delante del presidente de Patrimonio y hacerle unas preguntas, antes de pasar a la acción que habían diseñado.

—Siempre huyendo de las cámaras y ahora este lío —dijo ella.

—No tienes por qué salir. Hemos visto cómo das en cámara para que el anzuelo sea tragable. Tienes que hacer al contrario de tus hábitos: atraer todas las miradas hacia ti; así Rodrigo podrá colocar el pincho en el ordenador que, sin duda, tendrá en el despacho. Tienes cuerpo y actitud para ello, explota tu indudable atractivo.

—Vaya, gracias —respondió, extrañada ante el cambio de actitud de Alfredo.

Hubo que esperar algo más de una semana a que el gabinete de comunicación de Patrimonio contestara a los varios correos que, en nombre de una famosa productora italiana, habían dirigido a la institución para entrevistar a su presidente, Eduardo Rodríguez de Gríñán. La excusa era un documental para la cadena Arte, que tendría una proyección de millones de espectadores en Europa, además de los de España. Al final el gabinete contestó proponiendo una serie de fechas, y ellos eligieron la más cercana. Iría un pequeño equipo de cuatro personas: con cámara, trípode y

luces.

El día elegido, la Maga, Rodrigo y los dos figurantes, Julio y Enrique, se presentaron, con su documentación falsificada, en el Palacio Real, sede de la presidencia de Patrimonio Nacional. Los vigilantes les pidieron el DNI, apuntaron sus nombres y los anotaron en una lista, y les dieron unas credenciales de visitantes. Luego pasaron el material por el escáner y, por último, avisaron al gabinete de comunicación que había llegado el equipo de televisión que esperaban. Una joven periodista bajó a recibirles y acompañarles, y en el camino al despacho del presidente fue interesándose por la productora, el programa en el que iba a salir aquella entrevista y cómo podían estar en contacto para enterarse.

No todo iba a ser tan rápido. Tuvieron que esperar unos quince minutos en la sala de espera, aunque los atendió un solícito camarero que les preguntó qué querían y les trajo las botellas de agua y los cafés que habían pedido. La encargada de la comunicación, en un momento en el que estaba cerca de la reportera, a salvo de otros oídos, le preguntó admirada:

—¿Dónde sacas a tíos tan buenos?

—La verdad es que hacemos un *casting*.

—Ja, ja, es una suerte tener hombres tan guapos... Y a tu servicio —dijo con intención.

Al fin la secretaria del presidente les comunicó que ya podían pasar y entraron en un despacho amplio, ricamente decorado con maderas, carísimas alfombras y enormes tapices que decoraban las paredes.

—¿No querían hacer la entrevista en otras dependencias? Mire que aquí, en el Palacio Real, tenemos muchas y muy vistosas. Me han hecho fotos en sitios preciosos.

—No, no, preferimos los despachos, queremos ver los escenarios del poder, desde donde se dirige algo tan importante como la gestión de los grandes documentos de España.

—No sé por qué, creí que era usted italiana...

—Ah, por mi nombre, Patricia Chingletti. Bueno, mis ancestros, yo vengo de Chile, trabajo para la productora en Italia, me han mandado para hacer este documental.

Mientras uno de los figurantes trabajaba montando el trípode y la cámara, el otro ponía dos pies para las luces.

—Y entonces, ¿dónde quiere hacerla?

—Ahí, delante de la mesa sería un buen lugar, puede usted apoyarse ahí, o bien en este magnífico sillón, delante, sentado, sí, eso va a ser mejor. Pongamos una luz por detrás, de contra, allí.

Maggie señalaba hacia el ordenador. Rodrigo avanzó con una pantalla de LED que daba muy buena luz y muy poco calor, y se situó al lado.

Fue entonces cuando la Maga, que se había vestido para la ocasión realzando sus encantos, se adelantó hacia el presidente.

—Déjeme que le coloque el micro. Somos un equipo pequeño y tenemos que hacer de todo.

Mientras lo hacía, exagerando el contacto físico y apoyando con intención sus tetas sobre el pecho del presidente, Rodrigo llegó a la esquina; y encendió el foco, que deslumbró a la periodista del gabinete que, en un rincón, asistía a la escena. En ese momento introdujo el pincho en el ordenador. Debía permanecer allí al menos unos minutos para comprometer el equipo e inyectarle un troyano.

La entrevista comenzó con una serie de preguntas que Alfredo había preparado y escrito para Maggie y que ella iba haciendo. En un momento dado, cuando ya había pasado tiempo suficiente desde que introdujera el pincho, Rodrigo, que manejaba la cámara, objetó ruidos en el micro y detuvo la grabación.

—Esta última pregunta tendremos que repetirla —dijo la Maga—. Déjeme ver el micro, normalmente los coloco bien.

Mientras se acercaba y manipulaba el micrófono con una pequeña espuma negra para amortiguar el ruido, Rodrigo dijo que iba a cerrar un poco más la luz de contra y se acercó al ordenador. La periodista no le quitaba ojo de encima y no podía volver a realizar el mismo truco del fogonazo. Marga tuvo que improvisar.

—Por cierto, ahora que no estamos grabando, vaya lío tendrán ustedes con lo del Valle de los Caídos.

—Pactamos que no habría ninguna pregunta a ese respecto —saltó la periodista del gabinete, que fijó sus ojos en Maggie.

—Y no la hay, desde luego. Lo decía por hablar.

—Desde luego, son temas delicados, pero nosotros obedecemos al Gobierno de la nación —añadió el presidente, que no había retirado su cuerpo del de la entrevistadora.

—¿Todo listo ya? Preguntó la reportera a Rodrigo, que actuaba como director de fotografía.

—Sí, sí, todo listo de nuevo —contestó el aludido que había extraído ya el pincho del ordenador.

La entrevista aún duró quince minutos más, ante la impaciencia de la periodista, que les había advertido que su presidente tenía después una importante reunión. Recogieron los bártulos lo más deprisa que pudieron y, cuando ya se despedían, el presidente, dando dos besos a la reportera, le alargó su tarjeta.

—Por si necesita alguna aclaración posterior. Le he apuntado mi número personal.

—Se lo agradezco —contestó sonriente la reportera, que pensaba para sus adentros: «Ya me aclaro yo sola, descuida».

Cuando la periodista les dejó solos en la escalera de salida, Rodrigo dijo:

—Ya solo quedarían las credenciales de alguno de la seguridad.

—La última parte del plan. Allá voy —contestó Maggie—. Dejadme la última.

Mientras el resto del equipo se acercaba al control de salida, ella, con la blusa desabrochada un par de botones más de lo habitual, se acercó algo tambaleante a uno de los guardias de seguridad de la entrada del Palacio Real, el que le pareció más feo.

—Por favor, necesito ir a un baño, tengo una subida de azúcar, soy diabética, tengo que inyectarme.

Su mirada era de súplica, y el vigilante, que tuvo que ayudarla, temió por un momento que se cayera redonda al suelo. Rodrigo, desde la puerta, y el resto del equipo, vieron cómo se agarraba a él, que no podía evitar, mientras trataba de ayudarla, admirar el paisaje que se vislumbraba de su sujetador bajo la blusa.

—¡Pooor favooor, acompáñeme!

Todo parecía desarrollarse según lo previsto, pero entonces surgió una variante:

—María, necesito ayuda, código 10.

Cuando, aún bajo la mirada de algunos visitantes que los observaban, sin hacer ademán de ayudar o preguntar, ya habían recorrido unos metros, apareció una vigilante, a la que el hombre le pasó como pudo aquella mujer desmadrada que parecía que se iba a desmayar de un momento a otro.

Las dos desaparecieron en el baño. Rodrigo dijo a los vigilantes de la puerta que la esperarían allí, en la salida, fumando un cigarro.

—A veces le ocurre, pero se inyecta insulina y se le pasa.

Alfredo, que aguarda desde la calle, lanzaba miradas al argentino, que le daba a entender que

todo marchaba. A los quince minutos volvieron a aparecer las dos, la Maga y la vigilante, aquella ya con otra cara, después de ponerse un poco de colorete.

—Muchas gracias, ya estoy repuesta. Dé las gracias a su compañero, han sido muy amables los dos.

Maggie se separó de la vigilante. Alfredo y el argentino vieron cómo esta no le quitaba ojo de encima cuando se alejaba, y temieron que hubiera sospechado algo. Afortunadamente, llegó el otro vigilante que rondaba por la puerta.

—Ya estoy mucho mejor, gracias, voy a descansar a mi casa.

Fuera ya de la visión de los seguratas, en el aparcamiento de Ópera, donde habían dejado los coches, el argentino pasó al de Alfredo, y tuvo la confirmación de que lo había logrado. Fue ya en el chalet, mientras la ladrona se servía una copa, cuando supieron lo que había pasado.

—La muy pájara... Ya me di cuenta por cómo me agarraba cuando íbamos al baño, que era lesbiana. Y esas miradas al escote, mucho más descaradas que la del otro pasmado. Pero gracias a eso no he tenido mucho problema. Le he escamoteado la credencial y la he fotografiado a conciencia en el baño. Cuando he salido, me he restregado con ella un poco para que, al menos, se llevara algo.

—Ya sabía yo que eras una profesional...

—La verdad es que no era mi tipo.

—Enhorabuena. Lo has hecho bien. Y lo mejor de todo, o casi lo mejor de todo, ha sido esto. —Enarboló la tarjeta con el número personal del director de Patrimonio—. Lo aprovecharemos, vaya si lo aprovecharemos.

Enseguida llegó Algoritmus, que por primera vez se encontró con el resto del equipo. Alfredo y Rodrigo, que estaban eufóricos, habían evitado hasta ese momento que todos los que trabajaban en la operación Chaplin se conocieran, pero una vez que los figurantes habían conocido a la Maga, pensaron que no habría demasiado problema en que todos entraran en contacto.

—Una empresa lo denominaría un ejercicio de coaching. Hay que confraternizar —dijo el argentino, que no aclaraba si, en realidad, quería confraternizar más con Maggie.

—Bueno, quizá no venga mal, después de todo —asintió Alfredo, que veía a la recién estrenada reportera, de pronto, con ojos golosos, tras lo que había hecho aquel día. Ella le devolvía las miradas, aún sin mucha confianza.

Algoritmus, con su portátil, comprobó que, en efecto, el troyano se había instalado correctamente y que le permitía controlar el ordenador. Revisaron su correo, pero era una ardua labor rastrear los mensajes de la empresa de seguridad del Valle y la Guardia Civil.

—Esto llevará tiempo —anunció el *hacker*— Y me distrae tanta cháchara.

—Está bien, salgamos, dejémosle trabajar. El resto de los Chaplins, si queréis una copa pasemos al salón y sigamos hablando de la operación —anunció Alfredo.

—Ya me ocupo, ¿qué queréis? —se ofreció Maggie.

—Estos solo zumos —dijo el argentino refiriéndose a los figurantes y a Alfredo—, para ti y para mí una copa. Hoy nos la ganamos.

—Mira que si descubre Al que el presidente del Gobierno ya se ha puesto en contacto con el de Patrimonio...

—Eso puede que lo haga por teléfono. Y, en ese caso, sólo podremos enterarnos si hace alguna alusión en los correos —contestó Rodrigo.

—¿Y si en esa conversación le dice que todo va a ser muy secreto?

—Espero que no tengas dotes premonitorias, porque, si es así, puede que lleguemos tarde.

La Maga fue sirviendo las bebidas y algunos aperitivos desde el generoso bar de Alfredo y

salieron todos al jardín. Una valla verde de árboles tupidos les separaba de las calles de la urbanización.

—Después de esto, puedes llamarme Maggie —dijo la Maga con ojos chispeantes.

Con cierto entusiasmo étlico, fruto de los *gintonic*s ingeridos, Alfredo habló de que la losa de Franco la iba a levantar la cultura, es decir, el teatro, la música, la mujer, la emigración, las víctimas de su régimen. Era toda una metáfora.

—Estamos haciendo una operación que es una metáfora. Lástima que nadie la pueda saber nunca. Habéis jurado no contarle a nadie jamás. Ni siquiera cuando estéis borrachos. Lo que vamos a hacer es muy importante, es lo más importante que ha pasado en este país desde la guerra civil.

Y el caso es que no se sentía embriagado, aunque sí con los sentidos extraños, como si todo vibrara y él estuviera en esa vibración. Se quedó mirando al cielo, el atardecer y unas nubes naranja y luego malvas, y todo el firmamento de astros, al menos los que podían ver entre las luces de la urbanización. En un momento dado todos se fueron. La noche se quedó solo para él y las estrellas.

—Es mi destino. Haga lo que haga, acabo solo. Ahora puedo cantar aquella canción de «el huerfanito» —se dijo con sarcasmo, absolutamente encantado de vivir y contemplar un cielo como aquel.

* * *

El presidente de Patrimonio Nacional recibió la llamada a primera hora de la mañana. No aparecía ningún número en la pantalla, solo un «Oficial, Moncloa». Una voz le preguntó por su nombre y, acto seguido, le anunció:

—No se retire, el Presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, le va a hablar.

Era raro que el presidente le llamara directamente. Él había sido nombrado por el anterior equipo del Gobierno, del PP, y no era cargo de su confianza. Intuyó por qué podría ser.

—¿Señor presidente de Patrimonio Nacional? Al habla el presidente del Gobierno. Le llamo directamente, por un asunto delicado, que imagino que usted ya intuye. Se trata de la exhumación de Franco.

—Le escucho, señor presidente.

—Estamos hablando a muy altos niveles con la Iglesia, puede usted figurarse, para que no pongan pegas absurdas y podamos resolver este asunto antes de Navidad. Esa es nuestra intención y para ello ya se ha aprobado el decreto ley correspondiente, como ha podido usted ver, así como todos los españoles.

Eduardo Rodríguez Griñán pensó por un segundo que Pedro Sánchez le iba a lanzar una especie de mitin electoral. Pero el presidente del Gobierno continuó.

—Como el monumento y el Valle dependen de ustedes, les llamo para decirles que queremos hacer esto con la máxima rapidez, diligencia y limpieza. En su momento ya recibirá un correo y las órdenes oportunas, pero antes de eso un equipo del CSIC irá a preparar la exhumación y estudiar el asunto técnico, así como a comprobar el estado de la tumba.

—¿Como la otra vez?

—¿Qué otra vez?

—La de la exhumación de cuatro cuerpos que pedían sus familias y fueron autorizados por el juez. Fue un equipo del Instituto Torroja, que pertenece al CSIC.

—¡Exacto! Irá un grupo de técnicos... ¿Con qué aparatos, decía? ¡Ah sí, los escáneres 3D! — El presidente debía de consultar con algún miembro de su gabinete, algún asesor presente que sabía de esos temas—. Perdona, sí, me dicen que irán con aparatos escáneres en 3 D, yo creía que

serían georradares, pero parece que esa técnica está ya muy obsoleta.

—¿Y necesitan algo en especial?

—Supongo que, si tienen alguna petición especial, se lo dirá el presidente del Instituto Torroja, pero yo sí tengo una petición muy especial que hacerle.

—Dígame, señor Presidente.

—Que guarde el más absoluto secreto. Lo peor en este asunto no es ni la Iglesia, ni la Fundación Francisco Franco, sino las filtraciones. Esto lo saben muy pocas personas, y se le comunicará un par de días antes de que vayan los técnicos. No se lo diga a nadie de su equipo, ni de su familia. Confío en usted.

—Desde luego, señor presidente, no se preocupe. A su disposición.

—Que tenga un buen día.

—Lo mismo le deseo, señor Presidente.

—Lo voy a necesitar. Hoy voy otra vez al Parlamento y me quieren reprobar otro ministro. Así no hay quien gobierne. En fin, encantado de hablar con usted. Algún día tendremos que hablar de todos los asuntos del Patrimonio Nacional.

—Cuando guste y pueda, señor Presidente.

—Guarde este número pero sólo para usted.

—Me sale número Oficial Moncloa en la pantalla.

—¡Ah, bueno!, no sé de esas cosas, este es un teléfono de aquí. Seguiremos hablando, un cordial saludo.

—Otro.

Cuando colgó el argentino, Alfredo no pudo contenerse y le abrazó.

—Joder, Rodrigo, no sabía que eras tan bueno imitando voces. He hecho la prueba de cerrar los ojos y creía que eras el mismísimo Pedro Sánchez. Hemos despejado una incógnita, y avanzado mucho. Eso se merece una buena comida. Te invito a almorzar en uno de los restaurantes más famosos de Madrid, así pensamos en las próximas fases de la operación.

* * *

—Mirá, como me digás otra vez cómo tenés que enfocar el personaje, o tu propuesta actoral, te tiro por la ventana.

El argentino parecía cabreado.

—Joder, es que esto de hacer de villano con diálogo inteligente es nuevo para mí —replicaba Julio.

—¡Pero qué hostia te voy a dar! Lo que tenés que hacer es ir a dar un palo por ahí, robar algo, no sé... Bueno, mejor no, no sea que te detengan y tiremos todo por la borda. ¿Es que no viste nunca películas de malos?

—Pero tú mismo has dicho que pocas veces reflejan la realidad...

—Buscate la vida, pero no me preguntés más eso, a mí o a Alfredo. Hagan la llamada que tenéis que hacer al gabinete.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como tu principio de la incertidumbre —intervino, riendo Alfredo.

Julio y Enrique, miembros del equipo que había grabado el documental, llamaron al gabinete de comunicación de Patrimonio Nacional para llevarles una copia de la entrevista con el presidente. Quedaron en pasarse un día por la mañana, el mismo en el que, mediante un correo, habían citado allí al presidente de Ombuds.

—¿Qué, vamos bien? —preguntaron los figurantes la mañana de la cita.

—Perfectos.

—¿Os han gustado los ensayos? ¿Qué os parece nuestra propuesta actoral? Hemos pensado...

—¿Vuestra..?

—Contenete, Alfredo, comprendé que no suelen tener público. Ya les contesto yo.

Alfredo guardó silencio y el argentino, entonces, con una sonrisa, se dirigió a ellos.

—Vamos a ver, chicos, esta es mi propuesta actoral: no están aquí para pensar. O lo hacen bien o, de lo contrario, los cuelgo de las pelotas. Los avisaremos por el móvil, pónganlo en modo vibrador, cuando llegue el objetivo. Ya salió de la empresa hace diez minutos, según nos dijo Maggie, que está allí de vigilancia, así que está por caer. Vayan, lleven la copia de la entrevista y entreténganse viéndola en el gabinete con cualquier excusa técnica hasta que les demos el aviso. Por lo que sé, a alguna del gabinete les cayeron muy bien, explótenlo. ¡Pero no me hablen más de propuesta actoral! Me la puedo imaginar. Y cuando salgan del gabinete, cámbiense las credenciales de visitantes por las de personal de Patrimonio falsificadas que tan bien quedaron.

—Eso se llama dirección de actores, sí señor —comentó entre risas Alfredo cuando los dos figurantes, con semblante serio, se encaminaron a la puerta del Palacio Real para llevar la copia.

El director general y consejero delegado de la empresa de seguridad Ombuds llegó al Ministerio con puntualidad. Intuía que aquello que iba a hablar con el director de Patrimonio tendría que ver con la exhumación de Franco, una complicación que pretendía solventar con seguridad y eficacia. Las buenas empresas de seguridad demostraban su eficacia en casos como esos, y él sabía que no podía fallar, por más dolores de cabeza que le diera el asunto.

Se dirigió al despacho del presidente, y, justo cuando iba a entrar por la puerta del gabinete, salieron Julio y Enrique, los dos figurantes, perfectamente trajeados, con una credencial y le llamaron por su nombre:

—¿Don Juan Fernández Quintana?

—En efecto, soy yo.

—El presidente ha tenido una llamada urgente y no podrá atenderle, pero nos ha encargado que le trasmitamos lo que tiene que decirle, y que llegará, asimismo, en un correo privado, de máxima seguridad. Él quería adelantarle el asunto. Pero, por favor, vayamos al patio. No queremos que los cien ojos y oídos de este lugar nos oigan.

La cara del delegado mostró extrañeza, ante lo que Julio remachó:

—Luego le contaremos la razón. Como sabe, dentro de poco, aunque no sabemos la fecha exacta, se procederá a exhumar el cuerpo de Franco de Valle de los Caídos. En espera de conocer la fecha, y una vez que ya se ha aprobado el decreto ley por el gobierno, acudirán en las dos próximas semanas una serie de técnicos para preparar la exhumación.

—Serán técnicos del Instituto Torroja, del CSIC, que ya intervinieron cuando se comprobó el estado de los cementerios laterales para exhumar cuatro cuerpos que habían pedido sus familias.

—¿Vendrán los mismos?

—Creo que esta vez serán otros, aunque estarán perfectamente identificados, y recibirán la lista, como es costumbre, por la vía reglamentaria. En el Instituto nos han dicho que, dada la responsabilidad del tema, irá seguramente algún jefe de sección. También mandaremos la misma lista a la Guardia Civil, pero será un día o dos como mucho antes. Tememos las filtraciones que se están produciendo.

—Tendrán que apagar las cámaras —continuó Enrique—, dejar libre el paso a la cripta y colaborar en todo momento para que el trabajo de los técnicos se realice en el menor tiempo posible. Llevarán una carpa, debajo de la cual trabajarán haciendo un escáner especial de la tumba para ver en qué estado se encuentra, y seguramente tendrán que introducir por las juntas una cámara milimétrica, como ya hicieron en el osario en la otra ocasión, para hacer las catas y

saber el grado de conservación, humedad, en fin, esas cosas. No queremos ver teléfonos móviles de ningún vigilante, ese día se dejarán abajo, en la garita. Los propios técnicos documentarán todo el proceso, que ha sido declarado secreto por el Estado, y, por lo tanto, sujeto a la Ley de Secretos Oficiales.

—En cualquier caso, recibiremos ese correo con anterioridad...

—Por supuesto, ya le decimos, un día o dos antes de que vayan, que será, como bien sabe, un lunes, como la otra vez. Aunque no descartamos que acudan el domingo, porque quizá la complejidad de los trabajos lo aconseje y así puedan tener ese tiempo, más el del lunes, cerrado al público.

—De acuerdo, ¿alguna cosa más?

—Sí, y ese es el motivo para hablar aquí, lejos de posibles oídos o micrófonos. Sabemos que la Fundación Francisco Franco es informada puntualmente de lo que pasa en el Valle. No sabemos aún, pero lo averiguaremos, si esas filtraciones provienen de la Guardia Civil, de Patrimonio o de la seguridad privada. Nos gustaría que el día que vayan los técnicos del Instituto Torroja seleccionara a los empleados que sean más leales.

—¿Tiene alguna pista de lo que me dice?

—La tenemos, pero no se la puedo contar. No tiene usted que temer, si, claro está, no es usted el responsable.

—¡No, yo no! ¿Cómo pueden ustedes pensar? —El director general enrojeció.

—Por eso, porque precisamente, pensamos —Julio sonrió al lanzar la última frase, que recalcó con énfasis teatral. Le hubiera gustado que Rodrigo, el argentino, estuviera allí para valorar aquel guiño. Aquella había sido una gran actuación.

11 ÚLTIMOS PREPARATIVOS

Varias veces habían repasado las imágenes que había grabado Rodrigo con la cámara espía, más la selección de No-dos y el documental que había filmado la empresa Filmarte sobre la construcción del Valle de los Caídos, así como el documental sobre la comunidad benedictina, *A la sombra de la Cruz*. Como lo denominaban, aquel era el cinefórum, que daba pie a todo tipo de comentarios. Además, en dos grupos de dos personas —Julio y Enrique por una parte, Maggie y Zacarías por otra—, habían visitado el Valle de los Caídos en las excursiones que se organizaban desde Madrid y El Escorial, aprovechando el interés por el Valle suscitado por la anunciada exhumación de Franco. Tenían, pues, conocimiento del escenario donde tendrían que operar. En la visita al crucero, habían tenido cuidado de no ser registrados por la cámara de frente. Era difícil, por no decir imposible, que les reconocieran más tarde comprobando las imágenes.

Junto con el conocimiento del terreno, lo más importante era lograr levantar la piedra de la tumba en un tiempo razonable. Habían comprado una losa similar, aunque más cuadrada, a un cantero de Alpedrete. Luego alquilaron una grúa de una empresa de construcción, a la que pagaron en efectivo y sin factura, para depositar la losa en el jardín. Allí habían hecho un pequeño hueco en el empedrado, cerca del templete y la piscina, donde acabó por encajar tras varios intentos. Una vez que la grúa se fue, todo el equipo rodeó la losa y la miró sin decir palabra durante un tiempo. Estaban los tres figurantes, el argentino, Maggie y Alfredo. Había llegado la primera prueba y todos, inconscientemente, pensaron en lo que les esperaba en la cripta.

—Bueno, vamos a intentarlo. Primero lo ensayaremos como estamos ahora, y cuando salga bien, con los trajes puestos. Vamos a ver cuánto tardamos. Tenemos varios días para hacerlo. Julio, trae los rodillos y ponlos cerca. Zacarías, Enrique, Rodrigo, acercad el trípode y el motor, la polea y el cabrestante. Y, sobre todo, poneos los guantes y el casco, y prudencia, no quiero accidentes.

El primer ensayo fue algo frustrante. Aunque colocaron bien el trípode con la polea y el cabrestante, la pieza metálica que debía enganchar la losa se soltó con el primer impulso y salió por el aire, con el consiguiente peligro, aunque no dio a nadie.

—Eso hay que solucionarlo, puede ser muy peligroso.

—Quizá haya que construir una pieza más grande, que abarque todo ese lado y sea más profunda, y que tenga unos tornillos palomillas para ajustarlos perfectamente a la losa. Y sujetarla, además, con cables a los propios trípodes para que no salga volando. Diseñaré la pieza e iré a un taller para que me la hagan, pero eso tardará unos días —anunció Rodrigo.

—Está bien, al menos probemos si el motor y las poleas pueden con el peso. Levantad la losa con la palanca y meted los cables atados con los mosquetones.

—Tardaron casi una hora en hacerlo, y al fin, con cuatro cables que rodeaban la piedra por los cuatro lados, los engancharon al cabrestante de la polea que estaba suspendida con el trípode desde el centro, un metro y medio por encima.

—Ahora todos fuera de ahí. No me gustaría que se rompiera ningún cable y os alcanzara.

—Bueno, son de acero y están homologados —replicó el argentino.

—¿Te recuerdo tu teoría de la incertidumbre?

Todos se pusieron a cubierto detrás de Rodrigo, que manejaba el motor y el rotor de aquel mecanismo que se parecía a un *winch* de los modelos todo terreno.

—Venga, dale.

—El cable del rotor del motor se tensó, la polea chirrió un poco y, tras varios intentos, fue levantando la losa centímetro a centímetro. Hasta que de repente uno de los brazos del trípode cedió, y, a pesar de que estaba bien clavado en el jardín, todo se derrumbó con un ruido tremendo, que pensaron que alertaría a medio vecindario. Desde luego, los perros de los chalets cercanos ladraron durante un buen rato. Afortunadamente, todos estaban lejos como para que los alcanzara cualquier elemento, cable o incluso gravilla de los caminos del jardín, que había saltado.

—Qué desastre. Y si eso pasa así, imaginaos los brazos del trípode sobre las losas de la cripta. Hay que diseñar un sistema para que no se muevan, no sé si unas ventosas especiales y, desde luego, comprar otros brazos más fuertes —se lamentó Alfredo.

—Pesarán más. Y no sé el tiempo que tardaremos. Respecto al mármol, había pensado en unas ventosas de succión al vacío. Para asegurarnos, pondremos un triángulo con tres para cada pata del trípode. Una vez colocadas, con una palanca se hace el vacío y se agarran a cualquier superficie. El secreto es repartir el peso entre las nueve ventosas —replicó Rodrigo.

—Habrá que calcular muy bien la distancia de la tumba al coro, pues tendremos que sacar la losa con los rodillos por el lado que no tengamos la pata del trípode, y luego habrá que sacar el féretro por allí —apuntó Julio.

—Bueno, el tema es levantar la losa y deslizarla con los rodillos. Luego se puede desmontar el trípode y la polea y después, sacar el ataúd. Solo hay que volver a deslizar la losa con los rodillos, como cuando le enterraron. Tenemos a nuestro favor la ley de la gravedad, tal y como Zacarías dijo —intervino Enrique.

—Es cierto —confirmó Alfredo—. La polea, el motor y el trípode solo son necesarios para levantar la losa, y los rodillos, para desplazarla. Después, no hace falta. Lo que sí necesitamos es resolver esto en un tiempo prudencial. No nos podemos eternizar en los preparativos. Estamos a finales de agosto. Debemos hacerlo en septiembre. La exhumación será seguramente en navidad y la familia Franco, que se pelea por la herencia, quiere trasladar el féretro a una cripta de la catedral de la Almudena, donde están su hija y su yerno.

—Joder, eso sería un gol al gobierno, que creía que lo iban a enterrar en el cementerio de El Pardo, con su mujer Carmen Polo —exclamó Julio.

—No, si hasta le puede venir bien al gobierno que se lo birlamos —dijo divertido Rodrigo.

—No has dicho mala cosa, argentino, puede que tengas mucha razón.

Después de conseguidos los nuevos materiales, la pieza metálica que abrazaría la losa, las ventosas de succión de vacío y los nuevos tubos del trípode, comenzaron otra vez los ensayos. La preparación del dispositivo duró casi ocho horas, una jornada entera, pero al final, y con un grito de triunfo, lo lograron. La losa fue elevándose, el trípode aguantó, así como los cables y las piezas, y pudieron introducir los rodillos por debajo. Solo faltaba poder hacerlo en el mínimo tiempo posible, que Alfredo y Rodrigo habían fijado en algo más de dos horas.

Durante dos días, y a lo largo de varias horas, desmontaron y volvieron a montar el equipo, colocando losas de pulido mármol para sustentar las ventosas y las patas del trípode. La última de las veces, por fin, emplearon una hora y diez minutos para levantar la losa y deslizar los rodillos.

En esas estaban, a punto de completar el trabajo, cuando de pronto, oyeron el timbre. Si hubieran estado en silencio habrían advertido el motor del coche y cómo descendían de él varias personas y llegaban hasta la puerta.

Alfredo miró a todos.

—No esperamos a nadie —dijo el argentino.

—Iré a ver quién es. Quedaos aquí, me desembarazaré de ellos en un momento y seguiremos.

Cuando llegó a la cocina y vio, por la cámara, que eran su amigo Javier y dos amigas, Laura y Estrella, frunció el ceño. No podía aparentar que no estaba, seguramente habrían oído cierto movimiento. Puso una cara seria y arrugada y fue a la puerta.

—¡Hoooooaaaa! ¿Hay vida ahí? —dijo, gracioso, Javier cuando él abrió la puerta.

—Hola, chicos. Perdonad, pero no estoy para visitas. No quiero ser descortés, pero...

—¡Pues no lo seas! —exclamó Laura llegando a su altura y plantificándole un par de besos—. Invítanos a pasar. Estás desaparecido...

—En combate —completó Estrella—. Ya nos hemos cansado y hemos venido a ver qué te pasa. El luto no te puede eclipsar de esta manera. Vale que no quisieras aparecer con el mundial, además con lo que fue, no me extraña, pero que no quieras saber de nosotros y no contestes a las llamadas y los mensajes, no nos parece bien. Tienes que volver a la vida.

En ese momento Alfredo, que estaba en traje de faena, se percató de que los tres venían bien trajeados, como dispuestos a llevarle a una fiesta.

Las dos mujeres pasaron tras besarle y Javier le dio un abrazo que Alfredo devolvió mínimamente. No sabía dónde meterse, qué hacer y, sobre todo, cómo echarlos.

—Los amigos preguntan por ti, dónde te has metido, qué haces. Es como si te hubiera tragado la tierra.

—El caso es que he estado bastante ocupado por una parte y, por otra, solo me apetecía meterme aquí y no salir.

Se sintió ridículo quitando, como si hiciera sitio en el salón, algunas carpetas y pertenencias del equipo. También había unos vasos y unas huellas de platos, pero eso podía ser normal.

—¡Pues eso se ha acabado! Ahora mismo te preparas, te duchas, te vistes y te vienes a dar una vuelta con nosotros. Conocemos un sitio en El Escorial de lo más molón...

—¡Venga!, ¡Vamos de fiesta, yupi! —exclamó Laura, que le miraba con cierta intención, lo que él ya conocía. Desde que se había separado, le rondaba con constancia felina.

Por la cabeza de Alfredo pasaban muchos pensamientos, pero en lo esencial se centraban en que ninguno de sus amigos descubriera lo que estaban haciendo en la parte de atrás, con la polea sujetando la losa y los rodillos debajo, y en cómo podía evitar el desastre. Supuso —al menos eso deseaba— que los miembros del equipo le habrían escuchado y que intentarían desaparecer en silencio por la puerta del garaje.

—Aunque también podemos hacer la fiesta aquí —propuso Javier—. Alfredo siempre tiene de todo, y además de copas hay un buen equipo de música.

—De verdad os digo que no estoy para muchas músicas. Mirad, si queréis, quedamos mañana que es sábado y podemos ir adonde queráis, pero hoy no, por muchas razones.

—¿Qué, Alfredo, no me vas a presentar a tus amigos? Ya que no vienes a la habitación, al menos haz las presentaciones.

No hubiera querido en la vida haber vivido aquella escena. La Maga, o más bien Maggie, vestida tan sólo con una camisa blanca que dejaba ver sus piernas y un generoso escote, y con los labios pintados, había hecho su aparición en la puerta. Aquello los dejó a todos boquiabiertos; al primero, a Alfredo, que no sabía qué decir, y sobre todo, donde meterse. Había decidido no volver a ver a sus amigos, pero allí, en directo, estaba tan desconcertado como ellos.

—¡Ya veo que él, desde luego, sí tiene su fiesta privada! —exclamó, con una mezcla de ira y contrariedad, Laura.

—¡Vaya! —se atrevió a decir Estrella—. Esto sí que no me lo esperaba. Y nosotras que creíamos que estabas deprimido...

—Mucho gusto... —se atrevió a decir Javier, que recibió una mirada fulminante de Laura.

—¡Mucha leche! ¡Vámonos, aquí no pintamos nada! —exclamó Laura, y cogió su bolso con furia, arrastrando de paso a su amiga.

—Bueno, creo que hemos venido en mal momento —dijo Javier mirando a Alfredo, que no sabía qué hacer, aunque ya veía que tendría que seguir a las dos mujeres.

—Sí, creo que sí, no es el mejor momento. Ya hablamos.

—Si hubieras contestado el teléfono...

—Tienes razón. Perdóname. Perdonadme. Desde hace tiempo no soy el mismo. Te debo una disculpa y una conversación.

—¡Adiós, Alfredo!

—Adiós, Javier.

Alfredo sintió una punzada en el corazón. En aquellas palabras y aquellas miradas había una despedida para siempre y en toda regla, y, a pesar de que lo había decidido, le dolió, sobre todo por la forma en que se había producido. Javier no era mala persona, y le había agradecido su apoyo en el entierro de su madre. Por otro lado, era un pijo recalcitrante, egoísta como todos los de su clase; una clase a la que hasta hacía poco él había pertenecido, a pesar de ciertas críticas que a veces se hacía por la superficialidad y tontería que la acompañaban.

Cuando Alfredo miró a Maggie con una sonrisa, pensó si aquella escena, o alguna parecida, no la había visto en alguna película. Oyeron cómo sus amigos se metían en el coche y desaparecían como almas que llevara el diablo. O almas que hubieran visto al mismo diablo.

—¡Qué buena actuación! —dijo Julio, saliendo por la puerta de la cocina, como los demás.

—¿Y las caras que han puesto?

—Pero bueno, ¿lo habéis visto todos?

—Emboscados en la cocina, a través de la celosía —completó el argentino—. Tenías que habernos contemplado, allí tirados unos sobre otros. De foto.

—Desde luego, había tensión sexual entre mujeres —añadió Zacarías.

—¡Venga, vamos de fiesta, qué molón, yupi! —se mofó Enrique.

—Bueno, chicos, eso no está bien. Estaban preocupados por mí, eran viejos amigos.

—Ya sé por quién estaba preocupada esa —dijo Maggie.

—Lo que decía, tensión sexual no resuelta. Si las dejamos, hay pelea de gatas.

—Que conste que yo lo he hecho por salvar la operación y que no se coscaran de nada.

—Ya... —Alfredo la miró con retranca.

—Menos mal que con la aparición no se han percatado de que era la puerta de la cocina y no venías del dormitorio.

—Huy, huy, huy, aquí hay temita... —se burló Enrique.

—¿Cómo se te ocurrió? —preguntó Alfredo, algo intrigado.

—Vimos el apuro en el que estabas y que no ibas a poderte desembarazar de ellos fácilmente, y ante la posibilidad de tener que salir a escape por la puerta del garaje, decidí actuar y salvar la situación. Cogí una de tus camisetas que tenías en el tendedero y me pinté los morros.

—Fue una bonita visión —dijo el argentino con la aprobación de los demás, a tenor de lo que decían sus caras—. Cuando se desvistió y se puso tu camiseta.

—Eso que me he perdido —dijo el abogado.

—Desde luego, eres un poco viciosillo —contestó Maggie.

—La verdad es que te sienta mejor la camiseta que a mí, puedes quedártela.

—Pero no voy a volver a montar números como éste.

—Qué lástima. —Alfredo expresó el deseo de todos.

—Bueno, basta ya, hay que volver al trabajo, si no, no lo acabaremos nunca —zanjó Maggie, a

la que ya no le agradaba la conversación ni las miradas que le echaban todos. Demasiados hombres juntos.

* * *

En el Instituto Torroja repitieron la fórmula del documental que producía una empresa italiana. Lograron una cita y cuando llegaron a la sede, en la calle Serrano Galvache, se encontraron al director y a la subdirectora, que asistía también a la grabación. No pudo desplegar Maggie sus artes de seducción, pero se las ingenió para hablar con los dos, mientras los técnicos ajustaban las luces y, de paso, introducían el pincho con el troyano. En la red del propio Instituto figuraban los correos personales de todos los que trabajaban en sus áreas: riesgo y seguridad, ensayos físico-químicos, estructuras y sistemas constructivos. Todo lo que componía el organigrama y funcionamiento de aquel organismo, que quizá por su carácter específico y técnico solo tenía un nivel de seguridad informático medio, sin excepcionales medidas de seguridad, según comprobó Algoritmus.

—Es el más vulnerable de todos los elementos que necesitamos controlar para poder realizar la operación con un mínimo de seguridad —dijo el *hacker*. Por cierto, tus sospechas son ciertas: alguien de Patrimonio Nacional alerta a la Fundación Francisco Franco, es un director técnico; algo ha oído, dice, sobre un próximo equipo que irá al Valle para preparar la exhumación.

—Eso, aunque no lo creas, nos favorece. No tienen dudas en Patrimonio.

También fue fácil para Maggie sustraer una credencial y fotografiarla de uno de los guardias de la entrada del instituto Torroja, que la ayudó en una caída bastante aparatosa cuando ya se iban y la acompañó al baño para que se recompusiera. Tenía, además de la foto, un código de barras. Con aquellas fotos de las credenciales del instituto Torroja tenían que realizar otra de las fases de la operación, pero antes tenían que falsificarlas.

Alfredo quería conocer al falsificador que les proporcionaba la documentación que necesitaban. Se lo dijo al argentino.

—¿Es que querés hacer un máster en delincuencia? Mirá que no te voy a poder regalar un título oficial, como otras universidades.

A los dos días Rodrigo le citó en la estación de metro de La Latina.

—Vamos ver a Engracia —le dijo al llegar—. Cuando le encargué las otras credenciales, sin decirle nada más, me preguntó que dónde me había metido todo ese tiempo, si había estado en cana, en chirona.

Bajaron luego la calle Ribera de Curtidores tres manzanas hasta llegar a un edificio antiguo, en cuyo portal entraron. En el lado derecho se encontraba un taller de relojería y correas, un cuchitril adosado a la pared, estrecho y con unas cristalerías donde se veían modelos de relojes y, sobre todo, de correas. En aquel agujero trabajaba una señora mayor que alzó la cabeza al verlos.

—Vaya, hace tiempo que no te veía, argentino, y ahora dos veces seguidas. No me digas en lo que andas metido... Esperad, que cierro un momento el chiringuito. Pasad por el portal y esperad a que abra.

La vieja descorrió los cerrojos de la puerta.

—Pasad y bajad por las escaleras.

Por una trampilla abierta a la derecha de la puerta, bajaron a un sótano amplio que no podía sospecharse en principio. Allí, Engracia fue hacia una puerta metálica, que estaba cerrada con una cerradura electrónica. Y cuando cruzaron, ante ellos se desplegó todo el mundo de la falsificación: impresoras digitales, escáneres, guillotinas, encuadernadoras, baldes y barreños de agua y aparatos de difícil identificación.

—Sentaos. Os he hecho pasar porque te conozco, argentino, y sé que no vendrías con alguien

de la pasma.

—Él es el pagano, el que patrocina el golpe.

—¿Funcionaron las otras credenciales que me encargaste?

—Perfectamente. Contale tus tarifas y reglas.

—No trabajo con prisa, aquí no hay urgencias. Cobro por adelantado el 70%, cinco mil euros por DNI, diez mil por pasaporte, mil por otro tipo de credenciales o documentación. Lo que hacemos pasa los controles normales, pero pueden saltar en ciertos dispositivos. No hago billetes falsos, ni nada que me huela a terrorismo. ¿Entendido?

—Desde luego —dijo Alfredo.

—¿Seguís trabajando con el chinito? —preguntó el argentino.

—Desde luego. Es el mejor para ciertas cosas. Por ejemplo, para los chips de los DNI. Hay que reconocer que los chinos son grandes falsificadores. Pero, bueno, supongo que no venís a hacer una encuesta sobre el sector ¿Qué es lo que necesitáis?

—Seis DNI y seis credenciales de una empresa. Y unas pegatinas para unos vehículos. Aquí te traigo el archivo con la foto y las medidas.

—Y también un par de pasaportes.

Aquello sorprendió a Rodrigo.

—Vaya, no sabía...

—Pues ahora te enteras. Después del golpe me iré una larga temporada, como tú.

—Todo eso son cuarenta y seis mil euros... Las pegatinas te las regalo, solo te cobro el material... ¿Lo traéis en efectivo? No acepto billetes de quinientos. Últimamente la cosa se ha puesto más seria.

—Traemos un adelanto, el resto te lo puedo traer mañana.

—Ya sabes que hasta que no lo tenga no empiezo. Trae mañana también los nombres para cada documento, si no, los elegimos nosotros, y a veces al cliente no le gustan.

—Hecho.

Cuando salieron, Alfredo comentó a Rodrigo:

—La verdad es que me esperaba otra cosa. Y cuando vi a la señora en ese cuchitril pensé que era de la vieja escuela.

—Y lo es. Ella heredó la profesión de su marido, que ya murió. Pero este mundo ha cambiado mucho. Antes las buenas falsificaciones las hacían verdaderos artesanos, que, por ejemplo, hacían planchas de impresión para producir billetes o te duplicaban documentos en las imprentas ófset. Hoy en día, como ves, todo lo que se necesita es un buen escáner, una impresora cara a color de chorro de tinta o láser y papeles parecidos, o incluso de otros documentos, convenientemente lavados con un limpiador especial. Para los DNI y los pasaportes me imagino que lo que hacen es reciclar los que los carteristas les proporcionan. Pero no te preocupes, Engracia y el chinito son de los mejores, lo que necesitamos.

—Pregunta a los demás el nombre que quieran. El mío será Alberto Gómez, y de segundo, García, para no dar pistas.

* * *

Aquella última noche antes de la operación, le resultaba muy difícil dormir. Todo estaba preparado. Habían repasado y comprobado hasta el último detalle, los posibles imprevistos, los planes de aborto y fuga alternativa, y los pasos a dar si todo seguía el plan previsto.

Había llegado el momento. Tal como había recomendado Rodrigo, se fueron pronto a dormir, y él se tomó una pastilla para que los nervios no le tuvieran insomne. Cuando se derrumbaba en la cama deseó, por un momento, que todo hubiera pasado. Mañana era el gran día, para ejecutar

aquella operación o para ser detenido y arruinar su vida. Era una apuesta muy arriesgada. No quería ser agorero, pero un oscuro temor le atenazaba.

Luchó con esa sensación hasta que, agotado, se quedó dormido.

12 TEMORES

No era posible. Simplemente, aquello era lo último que se podían esperar. Al terminar de retirar la losa, que se había deslizado por los rodillos como hiciera en dirección contraria aquel día de noviembre de 1975 en el que quedó allí el cadáver de Franco, habían abierto el féretro para ver el estado de aquel cuerpo embalsamado y de más de una boca surgió una exclamación de espanto. No por el estado de los restos, sino porque el ataúd estaba vacío. Simplemente, aquello desafiaba la razón. El cerebro de Alfredo se encontraba ante dos estímulos contradictorios, que se anulaban mutuamente hasta bloquear cualquier reacción. Por una parte rechazaba aquella imagen, y por otra buscaba una explicación lógica. La única posible era que alguien se les hubiera adelantado. Podía haber sido trasladado en secreto en cualquiera de esos cuarenta y tres años en los que se suponía que había permanecido allí, desde noviembre de 1975, pero un palpito le decía que no había sido hacía mucho tiempo. Quizá por eso había sido tan sencillo mover la losa, hacer palanca y luego deslizarla por los rodillos. Miró al argentino y al resto del equipo, como los demás le miraban a él. Alguno decía tan solo: «¡No puede ser!». Otro se lamentaba ya, en voz baja, del esfuerzo realizado, seguramente por el temor a no cobrar la mitad de lo convenido. ¡Después de lo que había costado, alguien había escamoteado ya el cuerpo! ¡Qué jugada maestra!

Fue en ese momento, cuando aún estaban paralizados por la sorpresa y nadie sabía qué hacer, cuando irrumpieron los Geos que salieron de varias partes del recinto. Alfredo pensó que incluso habían bajado con cuerdas desde el techo, desde el balconcillo de la cúpula. Lo que temía, una filtración, se había producido. Alguno de los miembros del equipo trabajaba para el CNI o había ido con el soplo, sin duda a cambio de una buena recompensa. Aquellos agentes, fuertemente armados, apuntando sus metralletas, se les echaron encima, y cuando le agarraron, él pensó que algo allí estaba descuadrado.

Cavilaba sobre la traición en la que habían caído, cuando oyó que el jefe de aquel comando, ufano por haberlos sorprendido con las manos en la masa, les acusaba de haberse llevado el cadáver de Franco. Un cadáver que nunca había estado allí. Iba a replicar a aquella figura cuando sintió que le golpeaban en el estómago y, fuera por la fuerza del impacto o por la impresión y el grito que soltó, se despertó en medio de la cama, agitando los brazos. Había sido una pesadilla, pero tan vívida y tan real que aún estuvo dudando unos momentos en la semioscuridad, hasta que sus ojos se adaptaron a la penumbra y recorrió con la mirada la habitación para reconocer todos los detalles de su cuarto, los cuadros, el sillón donde dejaba la ropa, el picaporte y la puerta algo abierta, manía de una infancia en la que no sabía por qué, no podía a veces disolver los miedos a la noche.

Se incorporó para beber algo. Repasaba sus últimas tareas personales. Había realizado en los dos últimos días los envíos de cheques a los miembros de su familia biológica, explicándoles, en la carta en la que se los enviaba, que era un regalo de su hermano perdido y que, al estar en el extranjero, no podía encontrarse con ellos. Eso sí, prometía visitarles cuando volviera a España. De momento no podía decirles más por razones de seguridad, pero aquel dinero era limpio y, además, estaba garantizado su origen lícito por el abogado que había logrado dar con él.

Había utilizado esa fórmula del cheque de tal manera que pudieran cobrarlos incluso si todo, de repente, se torcía y eran detenidos. Se levantó y fue al garaje, donde estaban los dos Nissan Navara pickup 4 × 4 de color blanco, con las pegatinas falsificadas del Instituto Torroja, que

también tenía la furgoneta de color blanco donde cabría sin problemas el féretro. Dentro, en las maletas metálicas correspondientes, el motor, las poleas, los cabrestantes, los productos químicos, los trajes con sus mascarillas de doble filtro, las cámaras milimétricas y todos los aparatos del sofisticado equipamiento que había diseñado el argentino. En una de esas grandes maletas metálicas, vacía, introducirían el féretro. Hasta media mañana no vendría el resto del equipo menos Rodrigo, que se había apuntado a una excursión al Valle para comprobar que no se había registrado ningún cambio significativo en la seguridad y que vendría a la hora de comer.

Aquel día iba a ser muy largo y él no podía dormir. El corazón le bombeaba a mayor velocidad de lo acostumbrado, y tuvo que tomarse la tensión. Estaba en 14/8, algo más alta de lo habitual. No quería ingerir ningún tranquilizante, no fuera a ralentizarle en las siguientes horas.

El amanecer le sorprendió en el patio, recostado en el balancín, en una duermevela nerviosa. La vida era una aventura incierta y maravillosa, se dijo, pensando que si a primeros de año le hubieran dicho cómo iba a estar ahora, amaneciendo en el patio de su chalet a punto de dar un golpe insólito y extraordinario, habría tachado de loco o iluminado al que lo hubiera hecho. Miró su documentación falsificada y sonrió: el nombre y el primer apellido que había dado, Alberto Gómez, era el que debería haber tenido si no hubiera sido robado de su cuna y entregado a su otra familia, la que le había criado.

Iba a echar de menos a aquellos locos de la operación Chaplin, desde Rodrigo, el argentino, Maggie, Julio, Enrique y Zacarías, Algorismus o como se llamara en realidad, hasta el gran Marcel. Escribirían una página de la historia que jamás podría conocerse.

Había tenido, claro está, desfallecimientos, pero en los momentos de duda tenía un talismán. Sacaba del cajón de su escritorio dos fotos, una de su madre y otra de sus padres. Para obtenerlas había llamado a Dolores, su verdadera hermana. Con una excusa, volvió a quedar con ella en el parque de la Concepción y le rogó que le llevara una foto de su madre, sola o con su padre. Aunque tenía la fotocopia del libro de familia, quería tener una buena foto de ella. Esta vez estuvo enigmático. Confió a su hermana que tenía una pista sobre el paradero de su hermano y que para eso necesitaba aquellas fotos. También le preguntó la manera de hacerles llegar, a ella y a sus hermanos, un sobre o un paquete cuando fuera preciso. Ella le dio la dirección de todos y se mostró intrigada con aquellos propósitos.

—Le he traído una de las últimas fotos de mi madre, antes de enfermar. La de los dos, cuando vivía mi padre, son un poco más antiguas. Yo casi ni las veo, me entra un poco de tristeza, sobre todo cuando veo la cara de mi madre.

En efecto, aquel rostro desprendía un aura de melancolía, pensó Alfredo, que comenzó a sentir un ligero temblor en la barbilla y en las manos, pero que pudo dominar.

—Paciencia, paciencia. Estoy en la buena dirección, pero ya sabe usted cómo somos los abogados: hasta que no tenemos algo claro y seguro, no actuamos. Confíe en mí, no se arrepentirá.

—Será la primera vez en mi vida que me ocurre algo bueno, y sin buscarlo.

—Ya sabe, la vida es una tómbola. Estoy casi seguro de que podré localizar a su hermano. Aunque viva en el extranjero.

—¡Dios le oiga! Aunque tarde, mi madre, si nos está viendo desde alguna parte, descansará en paz.

—Bueno, Dios no tiene nada que ver. O quizá sí. Quién sabe.

—Era una manera de hablar.

Miraba pues aquellas fotos, sobre todo la de su madre, y aquella visión le daba fuerzas en los instantes difíciles. Gracias a ello pudo superar dos momentos críticos en los que estuvo a punto de abandonar toda la operación. Pasaba la mano por los contornos de la cara de su progenitora,

mirando sus ojos arrugados y cansados, y le entraba una ternura infinita y volvía a su primera determinación.

Miró también las cajas y los maletines donde había repartido en efectivo el dinero de los que habían participado en la operación. Era incluso más de lo que habían pactado, y lo único que deseaba era que llegara el momento de poder repartirlo, porque eso sería señal de que todo había salido bien. Lo guardaba en uno de los armarios del chalet. El último que había preparado era el de Maggie, con un regalo muy especial, y al mirarlo recordó alguna de las escenas vividas con ella, como la aparición con su camisa en la puerta de la cocina, o una conversación en la que ella se había sincerado.

Todo había empezado porque Alfredo, en un impulso, le había enseñado las fotos de sus padres, y sobre todo las de su madre.

—Las madres son muy importantes —dijo ella—. No sé si yo fui buena hija, supongo que no.

De pronto se paró, cambió su gesto y dijo:

—Tengo que confesarte una cosa. Me gusta robar, como te dije, se me da bien, disfruto, y nunca, si puedo evitarlo, robo a los pobres.

—Sincera, rara cualidad. Todos tendemos a autojustificarnos, pero tú asumes lo que eres con normalidad. Quiero que me aceptes un regalo. Te voy a dejar un piso en Madrid que he comprado hace muy poco, en la calle Mayor, al final, en el número 81, un bajo. Solo con una condición: puede que un día vuelva y lo tenga que utilizar.

—No me acostaré contigo por eso.

—No te lo estoy pidiendo.

—Si nos acostamos, será porque te lo mereces. Y punto.

Eran imágenes, retazos de conversaciones, elementos de un *collage* que pasaba por su cabeza y que era achacable al estado de ansiedad que padecía. Como en los juicios más importantes a los que se había enfrentado, la espera final, las horas antes de la apertura del tribunal, eran las peores. Luego, en la acción, él se crecía. Le gustaba enfrentarse a los retos, descubría recursos donde otros se habrían perdido. Era, quizá, una adicción a la adrenalina, pensó. Pronto vendría la acción, y ahora era conveniente no descuidar los detalles.

Los componentes del equipo fueron llegando por la mañana, revisando de nuevo el material que habían preparado el día anterior: la gasolina de los coches, las placas cambiadas de las matrículas. Nadie podía estarse quieto. Comenzó el maquillaje, que incluía lentillas para cambiar los colores de ojos, el recorte de pelo o aumento de cejas y patillas, incluso algunos detalles como falsas cicatrices o manchas en la cara. Hasta tal punto que los que no les conocieran darían detalles por los cuales, con esa imagen que proyectaban, jamás serían identificados, ni, desde luego, nadie los relacionaría con un retrato robot.

—Sin novedad en el Valle —dijo Rodrigo cuando llegó de la excursión—. Esto parece una película de verdad. ¿Se miraron al espejo?

—Hasta Maggie parece distinta. Se ha puesto tetas y culo, además de teñirse el pelo y lucir unas lentillas azules.

—No sé si no parece demasiado buena.

—Así los vigilantes pensarán en otra cosa. Está comprobado que el 90% son sensibles a ciertas partes de la anatomía femenina.

—Salvo que sean mujeres.

—Ya, como la de Patrimonio —replicó Maggie, que avanzó hacia ellos.

Acabadas las bromas sobre el aspecto de cada uno, comieron prácticamente en silencio, empezando de vez en cuando conversaciones anodinas o intrascendentes que les servían para

pasar el tiempo y que se diluyeran los nervios. Después volvieron a repasar minuciosamente el plan, minuto a minuto: la labor de cada uno, el funcionamiento de los intercomunicadores. Algoritmus revisó los ordenadores de Patrimonio, la empresa de seguridad, las cámaras, que registraban una asistencia grande de público.

—¿Quieres ver cómo está la cripta? —preguntó el *hacker* a Alfredo.

—¿Para qué? Intento estar tranquilo. ¿No ha habido respuesta a los correos?

—No. Mandé un correo a Patrimonio como si fuera la Moncloa, utilicé como base un auténtico correo de la Moncloa que les envié cuando fueron los primeros cuatro técnicos. Y la empresa de seguridad ya se dio por enterada, contestó a Patrimonio que tendría a cuatro personas, dos para acompañar al equipo al interior de la cripta y otras dos fuera. Esperan a los técnicos del Instituto Torroja a las 21 horas. Está mandada la lista.

—¿Y Patrimonio?

—Parece que de ellos no habrá nadie, quizá porque es domingo. Los vigilantes no dejarán pasar a nadie una hora antes de las 20 horas, cuando cierran, y si por casualidad se presenta cualquier periodista, lo remitirán a la Dirección General.

—Cuando lleguéis a la puerta, borraré todos los correos que pueda, para que no puedan localizarlos después. De algunos puestos no tengo contraseñas.

La última hora, antes de salir, se hizo casi insoportable. Por fin llegó el momento y todos ocuparon sus puestos en los coches, dos en cada uno.

—¿Todos listos? ¿Se ha hecho el repaso final? No quiero que cuando llegue el momento se haya olvidado un destornillador o una tuerca.

—Todo perfecto y en su sitio. Todos listos para culminar la operación —dijo el argentino.

—Pues bien, vamos allá.

Quizá la impaciencia hizo que los tres vehículos llegaran cinco minutos antes de las 21 horas. La barrera estaba echada. Se aproximaron un vigilante y un guardia civil.

—Somos los técnicos del Instituto Torroja.

—Sí, les esperábamos. Déjenme los carnets.

—¿No tiene los nombres?

—Sí, precisamente para comprobarlos.

Cada uno le dio su DNI falsificado, que el guarda de seguridad anotó en la lista.

Por la rendija de la puerta de la garita que había dejado entornada, Alfredo y Rodrigo distinguieron varios monitores. Uno de ellos enfocaba un local y una pantalla de televisión, seguramente sería la cafetería. Así, por esa cámara se podrían ver los partidos de fútbol de pago.

—Se nos olvidó lo del fútbol —dijo el argentino mientras el vigilante comprobaba los DNI de los otros miembros del equipo.

—¿Quién juega hoy? ¿El Real Madrid? —replicó Alfredo.

—No, jugó y perdió ayer, con el Alavés. Me jodió la quiniela. Hoy, 7 de octubre, es el Barça-Valencia, a las 20:45.

—No vienen los mismos de la otra vez —dijo el guardia civil al mirar los DNI que el vigilante les devolvía.

—Pues no, somos de otro negociado, el de los escáneres. Mi director ha querido que viniera yo como jefe de sección y ya ve, nos han chafado a todos el domingo.

—Yo quería ver ese Barça-Valencia, a ver si pincho.

—El deber es el deber —dijo el agente con resignación.

—Y que lo diga, total, lo nuestro es sólo una vez, ya veo que para ustedes no hay fiestas tampoco. Espero que al menos les den luego días libres.

—Si yo le contara...

—Déjelo, ya me imagino. Nos dijeron que iban a estar pendientes los de la seguridad, por si tenían que ayudarnos.

—Están a la entrada de la basílica, junto con una patrulla nuestra. Cualquiera cosa, ya saben.

—Sí, muchas gracias. Otra cosa. ¿Saben que tienen que desconectar las cámaras? El Gobierno no quiere que, de ninguna manera, se filtre ninguna imagen, ya sabe usted lo que se puede organizar.

—Sí, nos han dado la orden. Cuando lleguen, antes de entrar, los compañeros nos avisarán.

Pasaron por fin y ascendieron por la carretera los cinco kilómetros hasta la entrada de la basílica. Allí se encontraron, tal y como había dicho el guardia de la puerta, a la patrulla de la Guardia Civil y a los de la empresa de seguridad.

—Hola, buenas. Lamento que todos tengamos que trabajar un domingo como este —dijo Alfredo con aplomo—. Meteremos el material tras poner las rampas para salvar las escaleras y, acto seguido, nos pondremos los trajes biológicos. Han insistido en que nadie tenga teléfonos móviles y en que, desde luego, nadie saque ninguna imagen. Ya documentamos nosotros.

—Descuide —dijo el cabo de la guardia civil—. Ahora mismo avisamos para que apaguen las cámaras.

—Bien, en esto nos la jugamos todos. A ver, Pablo, Pedro, comencemos el trabajo; cuanto antes lo hagamos, mejor para todos, antes nos iremos a casa.

Los figurantes y el argentino sacaron las grandes cajas metálicas.

—¿Necesitan ayuda? —dijo el que parecía mandar sobre los vigilantes.

—Vamos a ver si pasan bien por las rampas. Si no, tendrán que ayudarnos a subir los tramos. Esto de los escáneres 3-D pesa.

—¿Escáneres 3-D?

—Sí. Y mire que el aparato en sí no es tan complicado, pero el brazo articulado y el soporte sí que llevan su complejidad y su peso. Pero es lo único que nos va a garantizar una imagen real de lo que hay dentro. Con eso y la cámara milimétrica que introduzcamos por una pequeña ranura de los bordes, tendremos una radiografía exacta y la exhumación podrá ser más rápida y limpia.

—¿Cree que finalmente lo harán? Quiero decir, la exhumación... —preguntaba uno de los guardias civiles.

—Bueno, a nosotros no nos compete esa decisión. Yo ya estoy bastante jodido teniendo que venir aquí un domingo, y más si tengo que volver otro día con el equipo necesario para hacerlo.

—¿Y por qué no han venido el lunes, que está cerrado, como la otra vez?

—Porque han estimado que podía haber complicaciones y que se podía tardar más de lo que se estima, que esperamos que no sea más de tres o cuatro horas. Preparar el tema lleva lo suyo, y si no salen bien a la primera las imágenes, quizás tendremos que llamar para que nos envíen otro equipo menos portátil. Y montar ese otro escáner, que es el que han utilizado en Egipto, en la tumba de Tutankamón, se lleva sus buenas seis horas.

—¡Qué bárbaro! —exclamó otro de los guardias civiles.

—¿Son ustedes los que nos acompañarán dentro? —preguntó a los vigilantes.

—En efecto, dos de nosotros —contestó el que estaba a cargo del grupo.

—Les voy a contar entonces nuestro protocolo de actuación, aunque puede que lo hayan visto de la otra vez. Primero nos vestimos con los trajes especiales, biológicos BNQ, montamos una carpa holgada sobre la tumba y luego desplegamos en ella el escáner, que pasaremos varias veces, hasta ver si las imágenes son buenas y nítidas. Después tendremos que hacer una hendidura en las juntas de la losa e introducir por ella un vástago con una cámara milimétrica para hacer una

cata, tal y como hicieron nuestros compañeros en el osario. Para esta última actuación será necesario utilizar un líquido, que no es peligroso pero que, por precaución, todos los que estamos dentro de la carpa, tendremos que llevar no solo el traje biológico, sino una máscara con doble filtro. ¿Quién de ustedes va a estar presente? Porque solo tenemos un traje y una máscara.

—La otra vez no tuvimos necesidad de eso —replicó uno de los vigilantes.

—Por el espacio, seguramente, y la cata, que era pequeña. Pero si tiene que estar con nosotros bajo la carpa, es absolutamente necesario. Son nuestras normas de seguridad.

—Tú mismo, que eres el jefe —dijo el otro vigilante—. A mí no me pagan un plus de peligrosidad.

El aludido se sintió incómodo. A él no le pagaban tampoco por aquello. Viendo su cara, Alfredo les ofreció otra posibilidad.

—Como quieran. Tampoco tienen ninguna obligación. Si quieren, esperen fuera de la carpa, incluso fuera de la nave. Nosotros dejaremos todo como está, volveremos a sellar la juntura. En total, esperamos no tardar más de tres horas, aunque depende de en qué estado esté la tumba por dentro.

—No, tengo la orden de que al menos uno esté presente.

—Está bien, le avisaré desde dentro cuando tengamos todo listo.

—Bueno, entonces les dejo, vamos a la tarea —dijo Alfredo, despidiéndose de los guardias.

—Muy apropiada esa comparación de los faraones, sí, señor —dijo el argentino por el intercomunicador cuando penetraban en la basílica.

Pasaron el atrio, y en la gran nave central Alfredo dio la orden de colocarse los trajes biológicos, aunque no se pusieran aún la mascarilla. No quería arriesgarse lo más mínimo. Aunque le habían dicho que las cámaras estaban desconectadas, cualquier precaución era poca. Esa era una de las razones para montar la carpa, además de que debajo de esa estructura acolchada que habían diseñado los ruidos se amortiguarían un tanto. Todo parecía marchar sobre ruedas, pero se olvidaban de que estaban en un templo, y ya se sabe: con la Iglesia puede pasar cualquier cosa.

13 CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

De todos los imprevistos posibles, jamás habían supuesto aquel. En la basílica, sentados en primera fila del coro, frente a la tumba de Franco, esperaban tres monjes benedictinos con su hábito negro, afortunadamente sin la capucha echada sobre la cabeza. Uno tenía en sus manos un libro, que parecía leer y que cerró cuando oyó cómo se acercaban al crucero. Cuando Alfredo y Rodrigo, vestidos con los trajes biológicos, los distinguieron, se dirigieron una rápida mirada.

—Pero ¿no le había dicho que no quería a nadie presente aquí mientras se realizan las pruebas? —preguntó Alfredo con cara de pocos amigos al máximo responsable de Ombuds Seguridad que, con un intercomunicador en la mano, les había acompañado desde la entrada hasta la tumba y que estaría presente en los primeros preparativos.

—Y yo lo dije muy claro —contestó el interpelado mirando a su segundo, que le acompañaba.

—A ver cómo les convence usted. No sé cómo se ha enterado la comunidad de frailes y el prior de que venían, pero lo han hecho.

Alfredo pensó, pero no lo dijo, que con la Iglesia habían topado. Era demasiado obvio. Pero si algo podía dar al traste con la operación, ese algo era la sacrosanta religión católica, apostólica y romana, a través de la orden benedictina.

—Seguramente será el espíritu santo en forma de paloma mensajera —dijo, ácido, sin pensar que la acústica de la zona le podía jugar una mala pasada y que el monje tenía un audífono de última generación.

—Pues no, no fue el Espíritu Santo. Tenemos influencia ante el Altísimo, pero no a tan alto nivel. Buenas noches, soy el padre Valentín. El prior me ha mandado para atenderles, para rogarles compostura y discreción y que desistan de sus propósitos. Intentaremos oponernos a esta exhumación pacíficamente, dado que es sitio sagrado.

Una alarma, una sensación de peligro se había encendido. Era evidente que Alfredo tenía que atajar a aquel monje, que, no importaba de qué forma, quizá supiera sus verdaderas intenciones. De todos los medios posibles que intervenían en aquel asunto, con varios servicios de información y empresas de seguridad, había olvidado lo que eran los servicios secretos vaticanos. Todo miembro de la Iglesia era un agente en potencia que podía trabajar para la Santa Sede. «Estoy ya un poco paranoico», pensó, pero reaccionó enseguida.

—Nosotros no venimos a exhumar nada, padre Valentín, sino a realizar pruebas, mediciones, y a preparar la exhumación para que ésta se pueda producir, cuando se decida, en las mejores condiciones de trabajo y seguridad y con la mayor rapidez. No sólo hay que tener en cuenta la dignidad de los restos, sino a los técnicos y la maquinaria necesaria.

—En ese caso, con más motivo, no les importará que esté presente.

—Lo siento, padre, pero esto es secreto y sólo pueden estar presentes los técnicos y la seguridad. Tenemos que montar una carpa impermeabilizada y sellada, y sólo hay sitio dentro para los técnicos, que debemos llevar estos trajes. Son operaciones complejas y, a partir de cierto momento, necesitamos protección total, con gafas especiales y mascarillas antigás, y no tenemos más que las nuestras. No se ha previsto la presencia de ningún civil ajeno... ni de ningún eclesiástico. En el tema de la futura exhumación yo no soy quien tiene la última palabra. Así que le rogaría que nos dejara hacer nuestro trabajo y volviera al monasterio.

—Al prior no le va a gustar que me echen. Si se lo digo, es capaz de venir él con la

congregación entera. Todos tenemos derecho a visitar la basílica a cualquier hora, y si nos lo impiden por la fuerza, mañana saldrá en todos los medios.

Era el momento de tomar una decisión. Había que ganar tiempo, ver de qué manera lograban que aquel pesado monje se fuera. Era evidente que los benedictinos no se fiaban: aquella podía ser la exhumación de verdad, en secreto, que se anunciaría más tarde.

—Esto es muy irregular. Tendré que consultar con mis superiores. Compréndalo, padre. Usted tiene sus directrices y yo las mías.

—Hágalo, ya le digo que no me voy a mover de aquí.

—Está bien, lo único que le diría de momento es que permanezca fuera de la zona de intervención que vamos a acotar ahora con una serie de mamparas, antes de levantar la carpa e introducir la maquinaria.

Alfredo había tenido una idea que podía salvar la situación, pero para eso necesitaba algunos minutos. Mientras daba orden al equipo de que empezara los preparativos y el despliegue, hizo una seña al argentino y los dos salieron de la nave.

—Siempre se olvidan cosas —dijo al grupo de guardias y vigilantes que, en la puerta, departían en corro.

Los dos entraron en uno de los coches y Alfredo realizó una llamada. Era a Algoritmus, que estaba de guardia en el chalet.

—Al, tienes que llamar al monasterio con el número de Roma y lo pasas al teléfono de Rodrigo. En cinco minutos. Llama al móvil del prior y, si no contesta, a la centralita, que lo localicen. Rodrigo tendrá que imitar al Papa, a su compatriota. Nadie como él para hacerlo.

El argentino miraba con cara alucinada, pero comprendió enseguida la jugada.

—Rodrigo, ya me has oído. Finge ser un secretario en italiano, pregunta por el prior, Santiago Carrera, y cuando se ponga, le dices en tu acento argentino y con tu mejor interpretación de Bergoglio, que la Iglesia ha autorizado todos los trabajos de preparación de la exhumación y que siga las instrucciones de los técnicos. Que estás seguro de su máxima colaboración ¿No me dijiste que ya lo habías hecho una vez, el imitar al Papa? Lúcete, yo sé que eres bueno.

—Comprendido —dijo el argentino.

Alfredo temía que Rodrigo le pusiera alguna pega, pero sin duda no iba a desaprovechar aquella oportunidad de hacerse pasar por el Papa, su compatriota.

—Yo voy a salir a ese corro y les voy a dar palique, para que no oigan tu conversación. Y mira que daría cualquier cosa por ver cómo imitas al Papa, después de lo de Pedro Sánchez.

Alfredo tuvo que hacer un ejercicio de contención para que la sonrisa no le asomara a la cara. Aunque el movimiento era arriesgado, podría salir bien. A pesar de los nervios, la verdad es que estaba disfrutando. Estaba claro que amaba la acción. Aquellos cinco minutos pasaron lentos, mientras él contaba a los guardias civiles y los vigilantes que se habían presentado los frailes y que aquello era muy incómodo para el trabajo del equipo. Aquellos hombres comprendían al director del grupo, aunque, por supuesto, no podían hacer nada, dado que aquel era territorio de la Iglesia. Los figurantes, por otra parte, y Maggie, iban armando la carpa con la capa insonorizada que se pondría encima de la tumba, donde luego introducirían la maquinaria.

Puntualmente, el *hacker* llamó al teléfono del argentino, que, como el resto, estaban en modo vibración.

—Todo tuyo. Procedo a llamar al prior del monasterio.

Sin embargo, no pasó nada. El móvil del prior no contestó. O estaba apagado o en otra parte.

—Llamé a la centralita, rápido, y si no, a la hospedería —urgió Rodrigo.

Rodrigo registró seis toques, y ya empezaba a desesperarse cuando una voz contestó a la

llamada:

—Monasterio del Valle de los Caídos, dígame.

—Buona sera. Sono il segretario del Santo Padre; per cortesia, potrei parlare con il priore?

—¿Cómo dice?

—Esta es una llamada oficial de la Santa Sede. Preguntamos por el prior.

—El prior estará en sus habitaciones, seguramente en oración.

—Lamentamos mucho interrumpirle, pero Su Santidad quiere hablar con él.

El hermano que atendía el teléfono sufrió un pequeño temblor. Nunca hasta ese momento había sucedido algo así. Rodrigo sonrió por lo bajini. Su italiano era perfecto, no en vano su madre era del Véneto. Imaginó que iría a todo correr a despertar al prior, al que le comunicaría que había una llamada de la Santa Sede para él, del secretario del pontífice.

—¿Has comprobado que la llamada es de Roma, del Vaticano?

—Desde luego, los prefijos que aparecen en la pantalla coinciden. Y se parecen a los de la sede de la congregación benedictina en el vaticano.

—Dígame —dijo a los pocos minutos el prior.

—¿Reverendísimo Padre? La chiamo dalla Santa Sede. La prego di attendere, il Santo Padre vorrebbe parlarle.

Tras un par de segundos en el que, por lo bajo se oía al fingido secretario hablar con el Papa, y algún ruido, el papa Bergoglio se puso al teléfono con voz suave.

—¿Reverendísimo padre Santiago Carrera, el prior? Que Dios le acompañe e ilumine. Usted me va a disculpar porque lo llamamos con un poco de retraso, debíamos haberle comunicado que van a empezar los trabajos para la exhumación de Franco del altar de la basílica, pero quería pedirle que diera toda la máxima colaboración al asunto. Le dijimos al abad del monasterio de Solesmes, el abad presidente de su congregación benedictina, el reverendísimo padre Philippe Dupont, que llevaríamos el asunto directamente.

—Beatísimo Padre, he enviado al padre Valentín a que vigile los trabajos en la tumba. Ese es suelo sagrado y su cuidado y vigilancia nos corresponde a nosotros.

—Alabo su celo, reverendísimo prior, y su diligencia, pero quisiera hacerle ver que esa presencia es contraproducente. Ya nos han acusado muchas veces de injerencia en el pasado y no nos gustaría que se repitiera. Sabemos que se trata de suelo sagrado, pero hemos dado nuestra autorización para la exhumación y, por supuesto, para los trabajos preparatorios. Queremos tener las mejores relaciones con el nuevo Gobierno de España. La Iglesia tiene muchos enemigos, y no queremos incrementarlos. Hay muchas cosas en juego: la educación, la propiedad de las iglesias y catedrales, por ejemplo, y no deseamos entorpecer esos trabajos.

El prior tragó saliva. Esas injerencias eran las que él había realizado para evitar las exhumaciones de cuatro cuerpos que estaban en los osarios, interponiendo una denuncia que, ante el tirón de orejas del arzobispado de Madrid y la conferencia episcopal, pero, sobre todo con el toque de atención del abad Philippe Dupont, de la congregación de Saint Pierre de Solesmes, el monasterio benedictino al oeste de París del que dependía eclesiásticamente, había tenido que retirar.

—Comprenda, reverendísimo, que tengo muchas obligaciones y no puedo estar pendiente de este delicado asunto.

—Santidad, esa exhumación es obra del diablo.

—Hijo mío, usted no está capacitado para identificar una acción mundana como proveniente del Maligno. Creo que en esa oposición férrea que su reverendísima está haciendo se encuentra un pecado de soberbia, de destacarse y distinguirse. Yo, que además de pontífice soy argentino, sé

mucho de eso; allá le llaman un ego desmedido. Si yo fuera como usted, reverendísimo, ni siquiera habría condescendido a hablar con usted, ¡tengo muchas ocupaciones y no pocos dolores de cabeza! La Santa Madre Iglesia no se merece que la señalen con el dedo. Por mucho que le guste el anterior régimen que había en España, no estamos en él, y la Iglesia tiene que adaptarse y acatar las normas en las que hoy convive España. Caridad, hijo, piedad. Ejercite las virtudes cristianas y no entre en el pecado de la ira, aunque le parezca santa.

—Entendido, Santo Padre.

—Gracias, hijo mío. Valoraremos mucho su colaboración. *Buona sera* y que el Señor sea contigo.

Cuando colgó, Rodrigo no pudo reprimir una carcajada de triunfo.

Rodrigo volvió al interior de la basílica con una bolsa. Al llegar donde Alfredo hablaba con guardias y vigilantes, sólo dijo:

—Aquí está, por fin, sin estas llaves no funcionará el escáner.

Entraron de nuevo los dos en la nave.

—Hecho. Ahora sólo hay que esperar. Se lo tragó enterito. Mi mejor actuación, y no tuve público —se lamentó—. Para que luego hablen del ego de los argentinos.

No tuvieron que esperar mucho. Acabaron de montar la carpa alrededor de la tumba, con los aislantes y absorbentes del ruido que habían diseñado. A la media hora, el tiempo sin duda en el que el prior había reaccionado y había mandado a uno de los hermanos del monasterio, éste llegó a la carrera a la puerta del coro, se acercó al padre Valentín y le dijo algo al oído. Alfredo vio de perfil como el monje miraba con cierta rabia a los técnicos que estaban levantando aquella carpa y salía, seguido de los otros dos monjes y el recién llegado. No pudo evitar que se le escapara una risita y un comentario por el intercomunicador.

—El espíritu santo en forma de papa argentino ha venido en nuestra ayuda.

—O, como dirían los Blues Brothers, «esta es una misión divina», bromeó el argentino en voz baja.

—¡Padre, padre, por favor! —gritó entonces Alfredo.

Los monjes se volvieron.

—Les rogaría que dejaran la puerta abierta, así todo esto se ventilaría mejor. Si lo desean, podemos avisarles cuando hayamos terminado para que comprueben que todo está en su lugar.

—No es necesario. El prior nos ha ordenado volver al monasterio, volveremos el martes, para la misa.

—Para entonces todo estará listo y de nosotros no habrá ni el más mínimo rastro.

Una vez que los monjes desaparecieron, comenzaron de verdad los preparativos. Dos vigilantes de la seguridad privada estaban presentes, y a ellos se dirigió Alfredo.

—Muy bien, el que vaya a entrar dentro de la carpa debe ponerse este traje biológico, con las fundas para los zapatos y después, la mascarilla con los filtros. Ya sabemos que es incómodo, pero son nuestras normas de seguridad. No sólo para que no inhale los vapores de ningún producto químico, sino por lo que podría salir al hacer la incisión en las juntas para introducir la cámara milimétrica. Y puede que salgan vapores de sulfatos.

—Bueno, yo me voy a la entrada —dijo el otro segurata—; allí esperaré, podré fumar con tranquilidad y charlar un rato. Ya sé yo cómo son estas cosas. Llevan su tiempo.

«Bienaventurados sean los fumadores recalcitrantes», se dijo el argentino.

Rodrigo ayudó al otro a vestirse con el traje y le ilustró sobre la manera de ponerse la mascarilla.

—Es muy fácil, sólo hay que fijar estos tirantes y ya está. Si quiere le ayudo.

Le puso la mascarilla y, al hacerlo, pinchó el mecanismo de la ampolla que liberaba el sevoflurano, el anestésico que llevaba uno de los filtros. Había avisado a Enrique y Zacarías, los más fuertes, para que estuvieran cerca, porque a los dos minutos se produciría el desmayo. Y así fue. No habían pasado dos y medio cuando el vigilante se derrumbó. Afortunadamente, le cogieron en brazos antes de que cayera al suelo y le llevaron a uno de los bancos.

—Ahora, Maggie, debes sacar la mochila con la mascarilla quirúrgica e ir suministrándole el anestésico, cada quince minutos, yo diría por su peso. Ponle el medidor en el brazo y vigila la tensión y la frecuencia cardíaca.

Aplicaron a las baldosas los productos que disolverían el cemento. En ese momento, como si fuera el mecanismo de una película a cámara rápida, todos se aceleraron. Sacaron los hierros del trípode, las ventosas para fijarlos al suelo, la polea, el cabrestante, la pieza metálica para sujetar un extremo de la losa y los cables al motor eléctrico que la levantaría, tal y como habían hecho en los ensayos. También sacaron los rodillos, que dejaron preparados a un lado.

A pesar de que habían probado el producto en el patio de Alfredo, donde había disuelto varias juntas pegadas con cemento, ahora el Speedy Clean parecía no funcionar de la misma manera, o al menos, a la misma velocidad. Había pasado media hora y las baldosas seguían unidas por aquella mezcla que las tenía agarradas al piso y a la losa de piedra de la tumba. Los nervios comenzaron a hacer efecto.

—Vamos a tener que introducir un pequeño taladro para sacar las baldosas. Si no, emplearemos mucho tiempo. Y ya vamos contra el reloj: entre una cosa y otra llevamos más de una hora perdida.

—De acuerdo, metamos el taladro. Enrique, vigila. Si de pronto entran más vigilantes, Maggie, quita la mascarilla y desmontamos motor y polea, dejamos trípode y sacamos la pantalla del escáner y los cables.

A pesar de la protección de la carpa que habían diseñado para absorber el sonido, les pareció que el taladro se oía mucho. Rodrigo se había quitado la parte de arriba del traje para trabajar mejor.

—A la mierda. Estamos bajo la carpa. Con estos trajes no acabaremos nunca.

Los figurantes le imitaron, y hasta Alfredo. Todos se concentraron en levantar las losas que darían paso al hueco desde donde se podría utilizar la palanca para despegar un poco la piedra y enganchar la pieza metálica que levantaría el motor con la polea y el cabrestante.

El segundo de los taladros, que habían traído como precaución, comenzó asimismo a funcionar, manejado por Zacarías. En diez minutos habían picado todas las juntas y Rodrigo metió una espátula y levantó una de las baldosas. Se oyó un «¡Bien!» contenido.

A partir de ese momento todo fue más fácil. Picaron fácilmente la mezcla y llegaron al borde de la losa, donde en quince minutos descubrieron el hueco en el que podían introducir la palanca. Los minutos pasaban, y ya llevaban cerca de dos horas. Era en esos momentos cuando los nervios les podían jugar malas pasadas. En un momento dado, viendo la aceleración de todos, Alfredo tuvo que poner calma.

—Tranquilos, amigos. Lo lograremos. No cometamos ningún error por ir de prisa y, sobre todo, no nos lastimemos. Hemos aprendido a hacer las cosas con tranquilidad y seguridad. Sigamos así.

Aquellas palabras lograron que todos se concentraran en lo que estaban haciendo y se olvidaran del entorno, del momento crítico en el que podían ser sorprendidos.

Con algo de ruido, introdujeron la palanca en la abertura y a su extremo cuatro personas hicieron fuerza hacia la tierra hasta que se abrió un pequeño hueco. Rápidamente, Rodrigo, el más

cercano, ajustó la pieza metálica al grosor de la losa, la enganchó al cabrestante y a la polea industrial que, con un largo trípode, se había colocado sobre la piedra. Cuando arrancara el motor eléctrico, la losa debería empezar a elevarse. Aquello era el momento más crítico de la operación, y Alfredo contuvo el aliento, mirando al equipo y su colocación en el esquema, listos los rodillos metálicos para deslizar la pieza de granito de tonelada y media.

No había peligro, según decía Maggie, que seguía administrando anestésico al guardia de seguridad con la máscara, cada quince minutos.

Era el momento decisivo, en el que terminar la acción demandaba una gran responsabilidad. En unos segundos consideró las consecuencias de todo tipo. Pero había llegado tan lejos que ahora no iba a echarse atrás. Recordó a la justicia y esos conceptos abstractos que le habían llevado hasta allí, y se preguntó si en realidad había sido venganza. Venganza por lo que el régimen había hecho a su verdadera familia, por el engaño al que había sido sometido toda su existencia. Lícita en todo caso, decretó para sí mismo, que sentía aquella aventura como lo mejor que había hecho en su vida.

Con esa pequeña reflexión, miró a todos los miembros de la operación Chaplin y dio la orden: —¡Adelante, acabemos esto de una puta vez!

El argentino pulsó el interruptor, el motor eléctrico tensó el cabrestante en la polea y se elevó la losa por la parte del pie de la tumba, con un sonido chirriante y entre metálico y pétreo. Fueron dos segundos de cierto suspense, hasta que se vio que la polea respondía. Con alegría y gritos contenidos, al elevarse la losa y permitir que se deslizará el primer rodillo, la exhumación de Franco había comenzado. Alfredo pensó en su madre, aquella mujer que no había conocido, y en la promesa que le había hecho, aunque ella estuviera muerta.

Llegó aquel momento único. Todo había salido según lo previsto, más o menos, pero aún quedaba lo esencial. Deslizar la losa y sacar el féretro. Por un momento, Alfredo temió que sucediera lo que había vivido en la pesadilla de la noche anterior y ésta se revelara como un sueño premonitorio. Que, después de abrir aquella tumba, se encontraran con el vacío.

Pero no, lo primero que encontraron y que les atacó los rostros fue un olor nauseabundo, de sulfatos de plomo, junto con madera podrida y humedades de la piedra.

—Joder, las mascarillas de doble filtro, que sirvan para algo.

Se las pusieron y observaron que el féretro estaba casi intacto, tan solo un poco de humedad había afectado una de las esquinas. Ahora el siguiente movimiento, que no habían podido ensayar antes, era deslizar dos cuerdas por debajo, tal como había descendido, para izarlo de nuevo a la superficie. Julio y Zacarías bajaron con cuidado y, sobre los bordes del ataúd, tardaron un poco en introducir la cuerda. Alfredo, por un momento, pensó que aquello, que parecía insignificante después de la hazaña de sacar la losa, podía dar al traste con la operación. Al fin pudieron pasar las cuerdas y subirlo. Ya arriba, recuperados del esfuerzo, el argentino hizo una seña y las cuatro personas, ayudadas también por Alfredo, empujaron a un lado el ataúd. Hubo sonidos de madera y el féretro pasó por encima de la losa con los rodillos. Allí descansaron un momento, mientras traían la gran caja metálica del escáner 3D, la única cuyas dimensiones podían contenerlo.

Por un momento Alfredo pensó con horror que no sabían las dimensiones del ataúd, que la leyenda imaginaba ancho, y que quizás no cabría en la caja. Y lo cierto es que entró muy justo, y hasta con alguna presión, rozando las paredes, incrementando la resistencia y haciendo que el instante pareciera interminable. Quizá fuera la tensión de aquellas horas, los nervios a flor de piel, el galopar de los latidos de su corazón mientras extraían el féretro con las cuerdas y lo sacaban de la tumba, en un movimiento inverso al que había llevado el cuerpo del dictador a aquel hueco cuarenta y tres años atrás, pero el hecho es que, cuando lo sacaron, Alfredo y Rodrigo se

derrumbaron en el suelo. Los demás también parecían exhaustos, como si el esfuerzo realizado hubiera sido ciclópeo y hubieran tenido que levantar la losa con sus propias manos.

—¡Ya está! —dijo Rodrigo.

—Aún no, hay que dejar todo como estaba para que nadie sospeche nada. Rápido, hay que darse prisa, hasta ahora todo ha salido bien, no lo echemos todo a perder. Pero aún falta un detalle.

Sacando fuerzas de donde no sabía que las tenía, y aunque todos los miembros le pesaban como si fueran de plomo y de su cuerpo hubiera huido la glucosa necesaria, e incluso la sangre, Alfredo se levantó, sacó el móvil, hizo un par de fotos y después sacó un sobre con un papel del bolsillo y se agachó para depositarlo en medio de la fosa. Hizo también un par de fotos.

—Ahora sí, cerrad.

Volvieron a deslizar los rodillos con la losa y, amortiguando como podían el ruido al sacarlos, la piedra fue ocupando su lugar. Por último, y con un golpe seco, pero que resonó dentro de la nave como un cañonazo, la losa volvió a encajar en su hueco. El vigilante se agitó en su sueño.

—Rápido, el borde, el cemento y las losas —ordenó el argentino.

Alfredo se había quedado sin voz, y por un momento temió que aquel desfallecimiento fuera algo peor, que le abandonaran las fuerzas, el ánimo, y sufriera un desmayo o un verdadero colapso físico y emocional.

—Quita la mascarilla al segurata y que se vaya recuperando, levántate y vigila, que no se tuerza todo en el último momento —el argentino tomó el relevo de Alfredo.

Todo parecía haber salido de la mejor manera, a pesar de las dificultades encontradas. Pero aún estaban en marcha muchas fuerzas y podía funcionar la teoría de la incertidumbre.

14 UN MOMENTO DE PÁNICO

Todos funcionaron como un reloj, tal y como habían hecho en los ensayos. Parecían estar poseídos por un raro frenesí, no sólo por acabar cuanto antes y salir de allí, sino porque se habían contagiado de un extraño espíritu, como si el alma de Alfredo, que se recuperaba sentado en el suelo, les poseyera de alguna manera. Colocaron de nuevo las losas con un cemento rápido y especial que fraguaba en media hora.

Poco a poco, fueron reanimando al vigilante, que aún parecía estar un poco grogui. Le quitaron la mascarilla y pasaron casi veinte minutos, mientras recobraba la compostura y los demás bromeaban con él. Le ayudaron también a quitarse el traje biológico.

—Desde luego, vaya sueñecito...

—No sé, no sé... Quizá he sufrido un vahído. Deben de ser esos productos químicos que han utilizado. Estoy desorientado...

—Quizá, a pesar de todo, no se ajustó bien la mascarilla e inhaló algo. Menos mal que hemos terminado.

Ya estaban recogiendo todo cuando Maggie, que estaba en el borde del crucero, vio llegar a dos guardias civiles junto a los tres vigilantes. Llevaban cara seria. No los había visto entrar en el fondo de la nave, pendiente de la recuperación del segurata, y tampoco había oído sus pasos con el ruido de la recogida. Cuando dio el aviso ya estaban los guardias y vigilantes, prácticamente encima.

—Calma —dijo Alfredo—. Aquí el único responsable soy yo.

—¿Ha estado ahí todo el rato? —preguntó al llegar el guardia civil al vigilante.

—Pues sí, no me he movido de aquí.

—¿Y no ha oído nada? ¿Unos golpes?

—Pues no.

—¿Qué le pasa en la voz?

—No sé, quizá los vapores de los productos químicos, creo que me he mareado un poco.

—Y ustedes, ¿qué llevan ahí?

Fue un momento de auténtico suspense, por no decir de pánico contenido. Alfredo les respondió, bien es cierto que con menos voz de la habitual.

—Pues nuestra maquinaria, ya hemos acabado.

Alfredo temió que en aquel momento alguien, presa del miedo, reaccionara saliendo a la carrera. Él había analizado en aquellos segundos que no había peligro, porque, si no, el guardia civil llevaría desenfundada su arma, y habría venido todo el destacamento, además. Esa sangre fría y ese razonamiento fueron los que les salvaron.

—¿Y no tienen ustedes algo para poder abrir las puertas de un ascensor?

La pregunta era tan surrealista que a todos les pilló desprevenidos.

—Pues no, destornilladores todo lo más. Lo que llevamos es maquinaria de precisión, ya sabe: escáneres 3D, cámaras milimétricas, algunos productos para realizar las catas, no sé...

—Es que tres de los monjes se han quedado atrapados en ascensor del interior, en el pasadizo desde el monasterio a la basílica, desde hace tres horas. ¿No les han oído? Por lo visto, han estado gritando y dando golpes durante ese tiempo. A nosotros nos acaban de avisar. No sé si es que, al final, alguien les ha escuchado arriba, en el convento, o ha sido por la alarma del propio

ascensor.

—Pues no, la verdad, nosotros hemos estado a lo nuestro y no hemos escuchado nada.

Más de uno, incluidos, desde luego, el argentino y Alfredo estuvieron a punto de soltar una carcajada. Maggie volvió la cara para dominarse y que no se le notara la risa.

—Si hubieran dejado abierta la puerta del coro, tal vez los hubiéramos oído.

—Han llamado a los de Otis, que están a punto de llegar, pero están desesperados. Incluso hemos avisado también a los bomberos de El Escorial.

—Pues lo mejor que hacemos es dejarles expedito el camino. Nosotros nos vamos, esperemos que todo se solucione bien. En unas horas se quitará un poco este olor, es de los productos químicos. A ver, vosotros, poned las rampas en las escaleras. Y usted debería salir a que le diera un poco el aire, normal que se maree. Nosotros estamos acostumbrados, pero usted no —dijo esto último dirigiéndose al vigilante.

—Quédense ustedes aquí, a ver si traen la llave del coro y podemos entrar por aquí —ordenó el guardia civil a dos de los vigilantes antes de volver rápidamente por donde habían venido. El vigilante, que se había recuperado de los efectos de la anestesia, se encaminó a la salida, andando con bastante torpeza y ayudado por uno de sus compañeros.

Los tres figurantes confesaron luego a los demás que cuando habían iniciado el camino de salida con las tres grandes cajas metálicas, amén de las maletas, les temblaban las piernas. Afortunadamente, la actividad física que tuvieron que desarrollar con las rampas y guías para salvar las escaleras, tanto las de bajada del crucero como las de subida en el atrio, antes y después de la reja, les ayudaron.

—Como alguien me diga que esta caja pesa como un muerto, se la carga —amenazó Rodrigo, de buen humor.

Una vez en el exterior, bajaron, asimismo, con las rampas los ocho escalones de la entrada, hasta los vehículos blancos y, con algo de tiempo y algunos nervios, finalizaron la operación. Un coche de los vigilantes seguía en la puerta, mientras que el de la Guardia Civil estaba saliendo a escape, más pendientes de lo que ocurría con los monjes. Le vieron coger la senda de la derecha de la arquería para volver al monasterio, donde debía de haberse montado el operativo de rescate.

Fuera ya de las fundas de los trajes biológicos, Alfredo miró a lo alto, a un infinito cuajado de estrellas. La brisa fresca que se sentía en la sierra era una bendición para sus rostros sudados y cansados. Era hora de salir. Fue en ese momento, cuando estaban ya fuera de la cripta, cuando Algoritmus entró en comunicación, una vez que se había restablecido la cobertura.

—¡Atención, hay una alarma general en todo el recinto del Valle! Están en alerta la empresa de seguridad, la Guardia Civil y la empresa de ascensores. También registro actividad en el monasterio. Creo que tiene algo que ver con un ascensor.

—¡Noticias frescas! —respondió el argentino.

—¿No habrás tenido algo que ver y habrás hecho saltar la alarma, no? —preguntó Alfredo, por los acasos.

—Juro que no. La alarma debe de haber saltado por otras causas.

—Sería el peso de la rabia que llevaban los monjes, que hizo saltar a los sensores —dijo Rodrigo.

—No te cebes, argentino, los hombres tienen su opinión.

—No te preocupes, Al, ya te contamos, vamos de vuelta.

Ya en los coches, Rodrigo y Alfredo en uno, Maggie y Zacarías en otro, Julio y Enrique en la furgoneta, dijo Maggie por el intercomunicador:

—¡Qué sangre fría! ¡Yo me hubiera cagado por la pata abajo y tú ni siquiera pestañeaste!

—¡Impresionante, gallego! Me dejaste admirado, ¡qué dominio de la situación! —añadió Rodrigo.

—Nada, la experiencia de los procesos. Hay que manejar los tempos y no inmutarse, aunque parezcan que condenan irremediabilmente a tu defendido. Conviene esperar siempre unos segundos más, un minuto. Dicen que esa es la esencia del heroísmo, pero yo creo que es simplemente técnica procesal.

—No te quites mérito. Fue un momento difícil muy bien resuelto por tu parte —dijo Julio.

—¿Pero qué me decís del ascensor y los monjes? ¿Es o no es justicia poética?

—Creo que estamos abusando de esa expresión, ja ja...

Siguió un rato de alegres risotadas, que también servían para relajar la tensión sufrida. En los vehículos estaban eufóricos, y a ninguno le extrañó que llegaran casi en ese estado a la puerta de entrada al recinto.

—¡Ahora, circunspección, seriedad, falta la última puerta! —dijo Alfredo por el intercomunicador.

Las dos barreras, la de entrada y de salida, estaban levantadas cuando llegaron. Seguramente, estaban esperando a los bomberos o a la brigada de rescate de la empresa de mantenimiento de ascensores. Un vigilante estaba fuera, esperando al contingente.

Alfredo se asomó por la ventana, antes de salir, y le dijo alzando la voz.

—Bueno, nosotros nos vamos. Cuando quieran pueden conectar otra vez las cámaras.

—¿Quién ha ganado?

—Empate.

—Ya me ha jodido la quiniela. Entre eso y el Madrid de ayer...

—¡Copión! —se oyó a Rodrigo por el intercomunicador.

—Veremos a ver si como dicen algunos madridistas Lopetegui no llega a Navidad —sentenció y saludó.

El vigilante devolvió el saludo con la mano y los coches salieron, giraron a la izquierda, hacia el chalet de la urbanización de Guadarrama donde entraron cerca de las dos de la mañana. Algoritmus, que estaba esperando, les abrió las puertas.

Ya a cubierto, con los coches en el garaje, salieron todos y se abrazaron, felicitándose. Comentaron lo sucedido con el *hacker* y entre ellos.

—Yo no las tenía todas conmigo —dijo Zacarías—. Cuando llegó el guardia civil creí que todo estaba perdido. Menos mal que Alfredo, que es un monstruo, tuvo sangre fría.

—Pasemos, pasemos, hay que reponer fuerzas. Comamos, bebamos...

—Y nada más —terminó Rodrigo—. Hay que acabar todo bien, cambiar las matrículas de los coches por las que tenían, quitar las pegatinas y sustituir las de la furgoneta por la de la empresa funeraria. Y destruir toda la documentación falsa. Échenla en esta bolsa. Aún hay un viaje pendiente y debíamos hacerlo mientras dura la oscuridad de la noche. Les quiero frescos, descansados, tomen café. Ni por lo más remoto quiero un accidente en carretera por cansancio y tensión.

—Por cierto, Al, mira a ver si hay alguna novedad, y, si todo va bien, desconéctate del sistema y pon a dormir los troyanos. Incluso, si puedes, destrúyelos o vuélvelos obsoletos.

—Está bien, cerraré y anularé a anti-Franky.

Mientras Rodrigo comprobaba que tenía todos los documentos falsificados —los DNI, las credenciales del Instituto Torroja y las de Patrimonio, las acreditaciones de la productora—, que iba a destruir de inmediato en la caldera de la casa, el aludido fue a comprobar las últimas novedades y les trajo una buena noticia.

—Ya han sacado a los monjes. Se han quedado los técnicos para arreglar el ascensor, porque el martes vuelve a haber misa.

Alfredo fue a su habitación y abrió el armario donde guardaba una serie de maletines. Los bajó en dos viajes ante la mirada expectante de todos, que suponían ya de lo que se trataba.

—Bueno, ahí está lo convenido, en metálico. Os lo habéis ganado. En billetes de cincuenta euros, aunque en algún momento hay alguno de quinientos. Era mucha cantidad para que todo fuera de esa manera.

Todos menos Rodrigo fueron desfilando para hacerse con el maletín que llevaba su nombre puesto en una etiqueta. Tal vez alguno pensara que así no sabrían la cantidad que se le pagaba a cada uno.

—Está todo contado, pero comprobadlo. La cantidad pactada con cada uno, menos el adelanto. Os aconsejo que no hagáis grandes movimientos de dinero, ni grandes transferencias. Id gastándolo en efectivo, poco a poco, y no tendréis problemas.

—Decime una cosa —dijo entonces el argentino, con una cerveza en la mano—. ¿Y si nos hubieran detenido?

—Algoritmus tenía instrucciones precisas para haceros llegar las cantidades de cada uno. Claro, podría haberse quedado también con todo, pero confié en él.

—¿Y qué hacemos con el material empleado? —preguntó Julio—. Está todo nuevo y podría servir para montajes teatrales.

—A mí, desde luego, no me sirve. Lo mejor sería hacerlo desaparecer. Como las cajas metálicas. El destino de los coches lo sabe Rodrigo. Serán donaciones para varias ONG que hacen su labor en África. Es lo mejor, que pasen a ese continente y no vuelvan más. Esperemos que salgan de España antes incluso de que se proceda a la exhumación, luego pueden rastrearlos, aunque primero irán a buscar al Instituto Torroja, entramos en el valle con sus propias matrículas. Ahora reposad un poco, si os dejan los nervios. Saldremos con el coche con el féretro en dos horas, ya sabéis, Julio, Enrique, Zacarías y Rodrigo, para realizar la inhumación antes de que amanezca. Al y Maggie se quedan y se pueden ir cuando quieran, han acabado sus tareas.

Nadie durmió en esas horas. Fueron preparando sus cosas para cuando regresaran del cementerio y volvieran a sus vidas, pero eso sí, con una importante cantidad de dinero.

Cuando llegó la hora, todos estaban preparados. Era el momento de las despedidas de Algoritmus y Maggie, y hubo abrazos y hasta gargantas emocionadas. Sentían que habían hecho algo importante, habían funcionado como un equipo y, de alguna manera, se sentían partícipes de aquel espíritu justiciero de Alfredo. Sus vidas se separaban a partir de ese momento, y era probable que no volvieran a verse en la vida.

Un golpe científico, calculado con minuciosidad, resolviendo todos los obstáculos e impedimentos, con planes alternativos para conseguir el objetivo, elaborado de forma brillante... no. Al final, era la picaresca, la idea genial, basada en la interpretación, el descaro, la audacia y con algunas dosis de improvisación. La incertidumbre había jugado a su favor, como no podía ser menos. Alfredo pensó que aquella teoría o principio debería conjugarse con la justicia poética. Quizá así diera lugar a otra teoría. Rodrigo se alegraría mucho de hablar sobre aquella variante. Pero, en cualquier caso, estaba feliz, y era una emoción agrisulce. Habían conseguido lo que parecía imposible, se encontraba muy a gusto entre aquellos delincuentes, y todo iba a desaparecer muy pronto, en cuanto pusiera tierra de por medio.

Quizá, si todo salía bien y no conseguían saber quién había realizado aquello, podía invitar a Maggie al paraíso tropical al que se trasladaría. Quién podía prever el futuro. Era una pregunta, como la final de *Blade Runner*: «Lástima que ella no pueda vivir, pero, ¿quién vive?».

15 SIEMPRE HAY UN FINAL

En el aeropuerto que le conduciría a Brasil primero, y luego al Caribe, borrando en lo posible su rastro, Alfredo pensó en el vuelco que había dado su vida desde hacía varios meses. Sabía que en unos días, o semanas, todos los servicios secretos le buscarían, iniciarían su caza, así como del equipo que había conseguido algo que parecía imposible. Buscarían en las imágenes de las cámaras grabadas en su primera visita o en los otros hilos de los que pudieran tirar y, poco a poco, darían con su rastro. Todo eso lo había previsto, así como su operación de cirugía estética en Brasil y su estancia final en un paraíso tropical donde esperaba que, con nombre y documentación falsos y bastante dinero para sobornar, no sería localizado ni molestado. Había gastado casi toda su fortuna en la operación y el escape, pero le quedaba lo suficiente para vivir con holgura el resto de sus días y algunas propiedades con testafierros en España. Todos los que habían participado habían recibido medio millón de euros. Rodrigo, que era quien los había reclutado, recibió un millón de euros y se trasladó a Argentina. No era improbable que a él, a Alfredo, lo localizaran, pero aunque los servicios secretos lograsen averiguar su identidad, ya habría puesto tantos países de por medio que suponía que iba a ser muy difícil ubicarle.

Había introducido un cambio en el guion final. En vez de enterrarlo con su padre, en el pueblo de Burgos, en la cripta familiar, optó por hacerlo en uno de los nichos que había reservado y pagado. Allí lo llevó con ayuda de Rodrigo y de los figurantes. Cuando acabaron la tarea, en un cementerio vacío de aquel páramo, amanecía.

—Hoy es un gran día. El primero del futuro de este país —dijo Alfredo, quizá de una forma algo rimbombante.

A pesar de todo, para poder hacer aquello de lo que ahora se jactaba sabía que había vulnerado sus propios códigos. Había tenido que recurrir al engaño, al soborno, a la corrupción, había tenido que conspirar para delinquir y no se sentía demasiado orgulloso de aquello.

A su cabeza volvía una y otra vez las imágenes de la despedida del grupo, en el que había sido su cuartel general durante semanas y que Alfredo había puesto ya a la venta. Hubo largos abrazos, y hasta lágrimas, que liberaron la tensión insufrible que habían soportado en las horas anteriores.

—Bueno, es probable que no nos volvamos a ver en la vida, o al menos, durante mucho tiempo, tal vez años. Tenéis dinero suficiente para empezar a realizar vuestros sueños, o para gastarlo sin medida ni freno. Haced lo que queráis y ya sabéis, olvidaos de mí y de la operación Chaplin. Nunca hemos existido. Nunca podréis contarlo, porque si lo hacéis, os arriesgáis a perderlo todo. Todos os sabéis de memoria un correo electrónico. Si os sentís en peligro, mandad un mensaje. Ante cualquier seguimiento, ya conocéis la clave: A tumba abierta. Tal y como parecía al principio esta operación...

—Gracias, Alfredo, gracias.

—A vosotros, fue un placer.

—Hemos hecho una colecta para hacerte un regalo.

Aquello le dejó anonadado y secretamente complacido. Él también los quería.

—Tomá —dijo el argentino, y le alargó la varita mágica—. Para un mago.

—¡El gran Alfred! —dijeron todos a coro.

—¡Cuánto honor!

—Y hemos pensado en un lema para vos:

—¿Sí?

—«Ante una realidad adversa, nos queda la magia».

Alfredo estaba emocionado de verdad. No sabía qué decir ni que hacer, así que les fue abrazando uno a uno.

—Sólo una cosa, antes de desaparecer en la niebla y el olvido, antes de volver a ser invisibles —dijo el argentino—. Todos nos preguntamos que decía ese papel que dejaste en la tumba.

—Ah, eso.

Alfredo les miró a todos, uno por uno. Sus ojos pasaron despacio por Rodrigo, Julio, Enrique, Zacarías, Algoritmus y Maggie.

—Bueno, esto sí que es un momento de suspense escénico —dijo con un guiño.

—Tal vez dentro de poco, cuando se vaya a producir la exhumación, lo leáis en algún periódico. Si no, es que ha intervenido el servicio secreto y, ante el escándalo, han optado por silenciarlo y dar a la familia Franco cualquier cadáver.

Cuando ya todos iban a protestar por lo que se hacía de rogar, él hizo un gesto y miró hacia la cruz que se veía en la lejanía:

—Es un mensaje escueto, impreso en letras mayúsculas. Y dice así:

QUE EL VERDUGO TENGA EL MISMO DESTINO QUE SUS VÍCTIMAS.
HASTA QUE NO ESTÉN ENTERRADOS Y HONRADOS LOS MUERTOS DE LA GUERRA
CIVIL QUE AÚN ESTÁN EN LAS CUNETAS, LOS RESTOS DEL ASESINO NO SERÁN
DEVUELTOS A SU FAMILIA, TAL Y COMO ÉL HIZO.

AGRADECIMIENTOS

A CARMEN ESTÉVEZ, que me animó a retomar algo aplazado.

A Enrique Vila Torres, cuyo testimonio y lucha sobre los bebés robados, se merecía salir en este libro.

A Fernando Olmeda, por su magnífico libro «El Valle de los Caídos, una memoria de España» y por compartir conmigo varias veladas sobre el monumento.

A Nicolás Sánchez-Albornoz y Cecilio Gordillo, por el encuentro del café Gijón.

A José Couto, que me ilustró sobre Hackers e ingeniería social.

A Borja Lázaro, que aumentó mis conocimientos en anestésicos, que eran nulos.

A Carlos Eugenio López y Miguel Ángel Nieto, que revisaron esta novela con la urgencia que requería, y dieron consejos muy acertados.

A Verónica Lesca, que me ilustró magníficamente sobre Argentina y los argentinos.

A Carlos Estévez y Amparo Llerena, que incrementaron mis saberes futbolísticos.